

**ESTRUCTURAS DEFENSIVAS PREHISPÁNICAS EN EL VALLE DE PUBENZA, UNA
EVALUACIÓN DESDE LA ARQUEOLOGÍA DE LA GUERRA**

MONOGRAFÍA DE GRADO PARA OPTAR POR EL TÍTULO DE ANTROPÓLOGO

PRESENTADO POR:

JORGE ANDRES ROJAS LASSO

DIRECTOR:

PH.D. HERNANDO JAVIER GIRALDO TENORIO

UNIVERSIDAD DEL CAUCA

FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS Y SOCIALES

DEPARTAMENTO DE ANTROPOLOGÍA

POPAYÁN

2021

Pasó la diligencia por el camino y fuése;
y el camino no se volvió más bello, ni siquiera más feo.

Así por esos mundos es la acción humana.
Nada quitamos y nada ponemos; pasamos y olvidamos;
y el sol siempre es puntual, todos los días

Fernando Pessoa

Agradecimientos

A mis padres y hermanos, en especial a “mi negra” y Cristian por su apoyo y paciencia durante todo este tiempo. A Roberth, mi primo, sin el cual las labores de campo hubiesen sido interminables.

A mi amigo y “colega” Mateo Díaz por la motivación y ánimo brindado en los momentos más turbulentos de mi carrera. A mi maestro y amigo Javier Giraldo gracias por haberme hecho reflexionar sobre la Complejidad Social y la importancia de la teoría arqueológica. A los jurados Tulio Rojas, David Prado y Elizabeth Tabares por sus acertados comentarios de la presente monografía.

También, por supuesto, a don Jorge Ramírez y don Roberto Paz por haberme permitido excavar en sus predios. Por último, a la Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales – FIAN por la financiación del proyecto que hizo posible llevar a buen término la investigación.

Y aquellos a los que haya olvidado por las prisas. A todos mil gracias.

NOTAS DE ACEPTACIÓN

JURADO

JURADO

JURADO

TABLA DE CONTENIDO

<u>LISTA DE FOTOGRAFÍAS</u>	7
<u>LISTA DE ILUSTRACIONES</u>	9
<u>LISTA DE MAPAS</u>	10
<u>LISTA DE TABLAS</u>	11
<u>PRESENTACIÓN DEL CASO DE ESTUDIO</u>	12
<u>CAPÍTULO 1. PLANTEAMIENTO Y JUSTIFICACIÓN</u>	18
<u>Antecedentes y marco conceptual</u>	28
<u>La evidencia de conflicto en la arqueología</u>	31
<u>Traumas en restos óseos</u>	32
<u>Armas e iconografía</u>	32
<u>Fortificaciones como evidencia de conflicto en contextos prehispánicos</u>	33
<u>¿Por qué la guerra es importante en el surgimiento de cacicazgos o jefaturas?</u>	36
<u>La complejidad social en el suroccidente colombiano</u>	37
<u>Antecedentes antropológicos y arqueológicos</u>	40
<u>Antecedentes etnohistóricos de conflicto en el Valle de Pubenza</u>	49
<u>Armas</u>	50
<u>Empalizadas</u>	53
<u>CAPÍTULO 2. LOCALIZACIÓN DEL ÁREA DE ESTUDIO Y CARACTERÍSTICAS GENERALES DEL SITIO.</u>	58
<u>Estratigrafía</u>	65
<u>CAPÍTULO 3. TRABAJO DE CAMPO</u>	67
<u>Excavación de la T1</u>	69
<u>Ampliación trinchera 2</u>	117
<u>CAPÍTULO 4. LABORATORIO Y ANÁLISIS DE MATERIAL</u>	133
<u>Metodología de laboratorio</u>	134
<u>Material cerámico</u>	134
<u>Material lítico</u>	139
<u>Material orgánico</u>	141
<u>Resultados de la evaluación de la forma y espacialidad de la zanja</u>	144
<u>Discusión</u>	153
<u>CAPÍTULO 5. CONCLUSIÓN</u>	157
<u>Consideraciones finales</u>	159

<u>BIBLIOGRAFÍA</u>	161
<u>ANEXOS</u>	167
<u>ANEXO 2 - Material recolectado en la Trinchera 1</u>	168
<u>ANEXO 3 - Material recolectado en la Trinchera 2</u>	169
<u>ANEXO 4 - Material recolectado en la ampliación de la Trinchera 2</u>	170

LISTA DE FOTOGRAFÍAS

Fotografía 1: Flanco occidental de Molanga, Cortesía de Mateo Díaz.....	61
Fotografía 2: Zanja en el sector noroccidental de Molanga. Autoría personal.....	63
Fotografía 3: Terreno cenagoso junto al costado de la zanja en el sector noroccidental. Autoría personal	64
Fotografía 4: Zanja en el sector occidental de Molanga. Autoría personal.....	65
Fotografía 5: limpieza del sitio. Autoría personal.....	70
Fotografía 6: Nivel 1, trinchera 1. Autoría personal.....	71
Fotografía 7: Nivel 2, trinchera 1. Autoría personal.....	72
Fotografía 8: Nivel 3, trinchera 1. Autoría personal.....	73
Fotografía 9: Nivel 4, trinchera 1. Autoría personal.....	74
Fotografía 10: Nivel 5, trinchera 1. Autoría personal.....	75
Fotografía 11: Nivel 6, trinchera 1. Autoría personal.....	76
Fotografía 12: Nivel 7, trinchera 1. Autoría personal.....	77
Fotografía 13: Nivel 8, trinchera 1. Autoría personal.....	78
Fotografía 14: Nivel 9, trinchera 1. Autoría personal.....	79
Fotografía 15: Nivel 10, trinchera 1. Autoría personal.....	80
Fotografía 16: Nivel 11, trinchera 1. Autoría personal.....	81
Fotografía 17: Nivel 12, trinchera 1. Autoría personal.....	82
Fotografía 18: Nivel 13, trinchera 1. Autoría personal.....	83
Fotografía 19: Nivel 14, posibles rasgos trinchera 1. Autoría personal.....	84
Fotografía 20: Nivel 15, trinchera 1. Autoría personal.....	85
Fotografía 21: Nivel 16, trinchera 1. Autoría personal.....	86
Fotografía 22: Nivel 17, trinchera 1. Autoría personal.....	87
Fotografía 23: Nivel 18, trinchera 1. Autoría personal.....	88
Fotografía 24: Nivel 19, trinchera 1. Autoría personal.....	89
Fotografía 25: Huellas de poste, vista de plata. Autoría personal.....	90
Fotografía 26: Vista de perfil de las huellas. Autoría personal.....	90
Fotografía 27: Forma del rasgo interno de la zanja. Autoría personal.....	91
Fotografía 28: Resultado final de la excavación, trinchera 1. Autoría personal.....	92
Fotografía 29: Descapote, trinchera 2. Autoría personal.....	94
Fotografía 30: Nivel 1, trinchera 2. Autoría personal.....	95
Fotografía 31: Nivel 2, trinchera 2. Autoría personal.....	96
Fotografía 32: Nivel 3, trinchera 2. Autoría personal.....	97
Fotografía 33: Nivel 4; trinchera 2. Autoría personal.....	98
Fotografía 34: Nivel 5, trinchera 2. Autoría personal.....	99
Fotografía 35: Nivel 6, trinchera 2. Autoría personal.....	100
Fotografía 36: Nivel 7, anomalía estratigráfica y huellas de poste. Autoría personal.....	101
Fotografía 37: Nivel 8, trinchera 2. Autoría personal.....	102
Fotografía 38: Nivel 9, trinchera 2. Autoría personal.....	103
Fotografía 39: Nivel 10, trinchera 2. Autoría personal.....	104
Fotografía 40: Nivel 11, trinchera 2. Autoría personal.....	105

Fotografía 41: Nivel 12, trinchera 2. Autoría personal	106
Fotografía 42: Nivel 13, trinchera 2. Autoría personal	107
Fotografía 43: Nivel 14, trinchera 2. Autoría personal	108
Fotografía 44: Nivel 15, trinchera 2. Autoría personal	109
Fotografía 45: Nivel 16, trinchera 2. Autoría personal	110
Fotografía 46: Nivel 16, trinchera 2. Autoría personal	111
Fotografía 47: Nivel 18, trinchera 2. Autoría personal	112
Fotografía 48: Nivel 19, trinchera 2. Autoría personal	113
Fotografía 49: Nivel 20, trinchera 2. Autoría personal	114
Fotografía 50: Nivel 21, trinchera 2. Autoría personal	115
Fotografía 51: Nivel 22, trinchera 2. Autoría personal	116
Fotografía 52: Forma del perfil de la zanja luego de terminar la excavación del rasgo. Autoría personal	117
Fotografía 53: Nivel 1, ampliación. Autoría personal.....	118
Fotografía 54: Nivel 2, ampliación. Autoría personal.....	119
Fotografía 55: Nivel 3, ampliación. Autoría personal.....	120
Fotografía 56: Nivel 4, ampliación. Autoría personal.....	121
Fotografía 57: Nivel 5, ampliación. Autoría personal.....	122
Fotografía 58: Nivel 6, ampliación. Autoría personal.....	123
Fotografía 59: Nivel 7, ampliación. Autoría personal.....	124
Fotografía 60: limpieza y excavación de las huellas de poste, ampliación, nivel 8. Foto: Roberth Males	125
Fotografía 61: segundo día de la limpieza y excavación de las huellas. Foto: Roberth Males....	126
Fotografía 62: Perfil norte de la T2 y ampliación. Autoría personal	126
Fotografía 63: Hallazgo del material orgánico. Autoría personal.....	127
Fotografía 64: Primer plano del hallazgo orgánico. Autoría personal	127
Fotografía 65: Nivel 8, ampliación. Autoría personal (Huellas de poste).....	128
Fotografía 66: Resultado final de la excavación en la parte interna de la zanja	129
Fotografía 67: Decoración incisa y punteada. Autoría personal.....	137
Fotografía 68: Decoración angular. Autoría personal.....	137
Fotografía 69: Decoración pintura. Engobe naranja. Autoría personal.....	138
Fotografía 70: Decoración dactilar. Autoría personal.....	138
Fotografía 71: Decoración pintura vidriada, verde oliva. Autoría personal	138
Fotografía 72: Decoración punteada sobre labio. Autoría personal	138
Fotografía 73: Lasca de segundo orden en basalto. Autoría personal.....	141
Fotografía 74: Lasca de segundo orden elaborada en obsidiana. Autoría personal	141
Fotografía 75: Núcleo de Filita. Autoría personal	141
Fotografía 76: Desecho de talla y núcleo de cuarzo. Autoría personal.....	141
Fotografía 77: Fragmentos de estructura ósea. Autoría personal.....	142
Fotografía 78: Pendiente en el sector occidental de Molanga. Autoría personal.....	149
Fotografía 79: Pendiente en el sector noroccidental de Molanga. Autoría personal.....	150
Fotografía 80: Agrupaciones de Guadua angustifolia en el sector suroccidental de Molanga....	151

LISTA DE ILUSTRACIONES

Ilustración 1: Forma y diseño de las trincheras. Autoría personal.....	68
Ilustración 2: Diseño de Zanjas en V para uso defensivo (Fuente: Keeley et al 2007).....	69
Ilustración 3: Diseño de Zanjas en U para uso defensivo (Fuente: Keeley et al 2007).....	69
Ilustración 4: Dibujo estratigráfico, perfil occidental, trinchera 1. Autoría personal.....	92
Ilustración 5: Dibujo de planta, Nivel 19, trinchera 1. Autoría personal	93
Ilustración 6: Dibujo estratigráfico, perfil sur, trinchera 2. Autoría personal.....	129
Ilustración 7: Dibujo de planta, Nivel 22, trinchera 2. Autoría personal	130
Ilustración 8: Dibujo de planta, trinchera 2, ampliación. Autoría personal.....	131
Ilustración 9: Forma de bordes y vasijas. Zanja Molanga. Autoría personal	136
Ilustración 10: Diseño de Zanjas para diferentes funciones. Autoría persona (Basado en Keeley et al 2007).....	144
Ilustración 11: Diseño de la Zanja y empalizada de Molanga, flanco occidental. Autoría personal.	146
Ilustración 12: Diseño de la zanja de Molanga, flanco noroccidental. Autoría personal	147

LISTA DE MAPAS

Mapa 1: Ubicación de los cacicazgos tardíos en la cuenca del río Cauca a la llegada de los españoles. (Fuente: Modificado de Robert Carneiro, 1990).....	19
Mapa 2 Ubicación de posibles estructuras defensivas en el Suroccidente Colombiano. Autoría personal	45
Mapa 3: Ubicación de estructuras defensivas en la cuenca del río Cauca a la llegada de los españoles. (Fuente: Trimborn, 2005).	55
Mapa 4: Ubicación de Popayán. Autoría personal.....	59
Mapa 5: Ubicación de las colinas de Molanga y Morro de Tulcán (Fuente: Mateo Díaz, 2019). 60	
Mapa 6: Ubicación de la zanja de Molanga y los puntos donde se realizarán las trincheras. Autoría personal.....	62
Mapa 7: Ubicación de la empalizada y zanja de malanga. Autoría personal	145
Mapa 8: Curvas de nivel del montículo de Molanga. IGAC (Cortesía Mateo Días).	148

LISTA DE TABLAS

Tabla 1: Porcentajes y cifras totales de la clasificación cerámica, trinchera 1 y 2. Autoría personal	134
Tabla 2: Porcentajes y cifras totales de bordes de vasijas, trinchera 1 y 2. Autoría personal	134
Tabla 3: Porcentaje compendio cerámico por trucheras. Autoría personal	135
Tabla 4: Porcentajes y cifras totales de la clasificación lítica, trinchera. Autoría personal	139
Tabla 5: Porcentaje compendio lítico por trucheras y materia prima. Autoría personal.....	140
Tabla 6: Material recolectado en la Trinchera 1.	169
Tabla 7: Material recolectado en la Trinchera 2	170
Tabla 8: Material recolectado en la ampliación de la Trinchera 2.	171

PRESENTACIÓN DEL CASO DE ESTUDIO

Dentro de los estudios arqueológicos han surgido complejas discusiones sobre el tipo de conflicto, escala e intensidad en las sociedades prehistóricas y sus consecuencias (Carneiro 1970; Renfrew 1996; Keeley 1996; Ferguson 2000). Entre sus implicaciones, la guerra ha sido percibida como un elemento relevante para el cambio social. Existe evidencia arqueológica de conflicto interpersonal en diversas escalas, incluida la guerra, entre las grandes civilizaciones de América Central y del Sur (Palka 2001). La existencia arqueológica de conflicto también es evidente en las regiones del suroeste y este de América del Norte (Mahon 1958; Potter 1968; Brose y Greber 1979; Squier y Davis 1998; LeBlanc 1999; citado en Flannery at 2003).

En el suroccidente colombiano, el conflicto intergrupal aparece en las fuentes etnohistóricas como una práctica recurrente (Trimborn 2005). No obstante, las investigaciones arqueológicas en la región se han concentrado en documentar otros aspectos de sus dinámicas sociales y/o de sus manifestaciones materiales (monumentalidad, estilos cerámicos, iconografía, cronología, variabilidad funeraria, patrones de asentamientos, relaciones de intercambio), pero es poco lo que se ha avanzado en la evaluación del conflicto. A pesar de ello, las menciones de violencia intergrupal de las sociedades nativas asentadas sobre la cuenca del río Cauca han sido frecuentemente empleadas por varios arqueólogos e historiadores como ejemplo de un importante papel del conflicto en la formación de sociedades jerarquizadas (Llanos 1981; Carneiro, 1990; Redmond 1994; Trimborn 2005).

Carneiro, por ejemplo, y para el caso puntual de las sociedades nativas del alto y medio Cauca, concibió que las unidades políticas jerarquizadas emergieron como el resultado de la competencia por los recursos, tal como ‘predice’ su teoría de la circunscripción. Aunque la existencia de conflicto y la teoría de Carneiro se han intentado evaluar de manera indirecta en el valle de Aburrá,

recurriendo a la comparación de pautas de asentamiento en sus distintos periodos de ocupación (Langebaek et al 2002), no hay sustento material de las narraciones de conflicto entre comunidades nativas en el suroccidente descritas por los primeros cronistas. Las únicas excepciones son algunos casos aislados de traumas en restos óseos humanos y posibles zanjas defensivas en el Valle del Cauca (Giraldo 2016), las cuales no son suficientes para establecer evidencia sólida de conflicto intergrupar como lo sostienen las crónicas, mucho menos para establecer el grado de incidencia en el surgimiento de las jerarquías sociales. Esta ausencia de materialidad ha ocasionado que algunos investigadores no consideren la guerra como una fuerza fundamental para el surgimiento de las estructuras políticas o para el cambio social en el suroccidente colombiano.

En Popayán, como en otras regiones de Colombia, esta percepción se mantiene. Las escasas investigaciones arqueológicas que se han realizado en Popayán tampoco han tenido en cuenta el conflicto como elemento importante en las sociedades tardías. Sin embargo, el reciente hallazgo de una zanja perimetral rodeando una colina con adecuaciones antrópicas en Popayán (llamada Molanga) parece indicar la existencia de estructuras defensivas en una región en la que la complejidad social estuvo asociada a líderes guerreros (como se menciona en las crónicas españolas). Este hallazgo contrasta con la única investigación arqueológica desarrollada en el Morro de Tulcán (otro montículo adecuado entrópicamente) hasta la fecha, llevada a cabo por el antropólogo Julio Cesar Cubillos (1959). En dicha investigación el arqueólogo concluye que la función principal del sitio estuvo orientada a la realización de ceremonias, motivadas por un ambiente ideológico con un alto grado de religiosidad y donde las tensiones bélicas estaban ausentes. Cubillos, además, interpretó que el sitio fue abandonado tiempo antes de la Conquista (Cubillos, 1959: 353).

Aunque las similitudes morfológicas y arquitectónicas entre el Morro de Tulcán y el montículo de Molanga son evidentes, en el último, a diferencia del primero, se identificó una zanja o trinchera

que rodea el sector noroccidental de la colina. En el suroccidente algunos estudios arqueológicos han mencionado la existencia de estructuras similares (Urdaneta 1999; Drennan 2000; Patiño 2012; Giraldo 2016), aunque en los cuatro casos las estructuras no fueron evaluadas a profundidad. En otras regiones del mundo, algunas zanjas y/o terraplenes de tierra, han sido relacionados con la guerra (Allen 2008; Arkush 2005; Champion 1982; Dye 2006; Spencer y Redmond 1998, citados en Vargas, 2015). No obstante, también existen interpretaciones alternativas para estructuras similares (sistemas para la conducción de agua, demarcaciones de espacios, etc. (ver Keeley et al 2007), las cuales también fueron tenidas en cuenta a la hora de interpretar la evidencia arqueológica obtenida en Molanga.

Por lo anterior, existen tres razones importantes por las cuales se desarrolló esta investigación: Primero, porque el montículo de Molanga, hasta el momento, es el único donde se ha identificado evidencia arqueológica en el Valle de Pubenza con esta característica (Zanja perimetral), lo cual brindaba la oportunidad de realizar un estudio que proporcionase información respecto a la existencia del conflicto, considerando que a pesar de existir claras referencias etnohistóricas de disputa intergrupala y de líderes en esta zona del suroccidente colombiano la guerra ha sido un aspecto poco explorado por los arqueólogos en esta región. Segundo, porque Cubillos (1959), al excavar el Morro de Tulcán, infirió apresuradamente que la sociedad pubenés, responsable de esta construcción, era pacífica, en la cual la figura militar y los niveles de conflicto resultaban mínimos o inexistentes. Cubillos ignoró la abundante información etnohistórica donde se describe que las sociedades del Valle del Cauca vivían en un estado de guerra permanente (Trimborn, 2005). Finalmente, porque en caso de confirmarse la hipótesis de que Molanga fue un lugar protegido con estructuras defensivas, el sitio pasaría a ocupar un papel preponderante a la hora de comprender los procesos sociopolíticos de la zona, ya que fortalece la hipótesis de Molanga como lugar residencial de una elite y además fortificado, sugiriendo de forma indirecta el conflicto como un

papel relevante en la estructuración social de los pubenenses. Bajo esta premisa, el principal objetivo del proyecto fue evaluar si la estructura (zanja) que rodea la colina era defensiva, con el propósito de evidenciar vestigios del conflicto señalado en las crónicas tempranas, al menos para esta zona del país.

La evaluación de la hipótesis que propone a la zanja de Molanga como una estructura defensiva en el valle Pubenza constó de una sola fase de excavación y concluyó con el análisis en laboratorio del material. El análisis del material cultural recuperado en las actividades de campo arrojó elementos claves que permitieron proveer un correlato consistente con la hipótesis defensiva; y con ello responder las preguntas de investigación del proyecto, indicadas más adelante. El trabajo de campo tuvo una duración de tres meses y la metodología considerada a implementaren la fase de excavación no estuvo exenta de modificaciones. En un principio se había seleccionado tres puntos de intervención, de los cuales solo se excavaron dos (las razones se explicarán en el capítulo tres). Siguiendo las pautas metodológicas sugeridas por Keeley et al (2007),¹ para la evaluación de zanjas y empalizadas defensivas, las actividades de excavación suministraron evidencia sólida sobre la construcción de la forma de la zanja, como también el hallazgo de huellas de poste de una empalizada, asociadas a un rasgo de tierra pisada con presencia de fragmentos cerámicos, congruente con la hipótesis defensiva (y no con hipótesis alternativas). El trabajo de laboratorio tuvo una duración de dos meses, durante los cuales se realizaron los dibujos arqueológicos de la zanja (perfil y planta), obtenidos en la fase de excavación, y se clasificaron los materiales (cerámica y lítico) de acuerdo con la tipología establecida por Díaz (2019).

¹ Luego de estudiar numerosas zanjas y terraplenes de sociedades pasadas en todo el mundo, estos autores llegaron a la conclusión de que la modificación del paisaje mediante la construcción de fortificaciones ha sido un indicador constante de la guerra en contextos históricos y arqueológicos, y que las zanjas defensivas generalmente tienen secciones transversales en forma de U o V, con la tierra extraída de la zanja, apilada en la parte interior de la misma y una empalizada construida a lo largo del punto más alto formado por esta tierra.

El área de estudio donde se desarrolló la fase de excavación de la zanja corresponde al flanco noroccidental de Molanga. Afortunadamente, esta zona no presenta muchas perturbaciones modernas, excepto por las actividades de pastoreo para lo cual ha sido destinado parte del terreno, lo que ha permitido conservar la colina y desarrollar la investigación sin contratiempos. Las preguntas formuladas que guiaron la investigación y se lograron responder en el desarrollo del proyecto fueron: **¿Existieron estructuras defensivas en el valle de Pubenza que permitan inferir la existencia de conflicto como lo señalan las crónicas españolas? y ¿En qué periodo fueron construidas?**

Estas preguntas son relevantes porque la ausencia de vestigios arqueológicos asociados al conflicto en el suroccidente colombiano ha imposibilitado avanzar en la reconstrucción e inferencia del rol de la guerra en la organización social de estas comunidades. También porque la conclusión funcional ceremonial y de sociedad pacífica que dictaminó Cubillos (1959) para este tipo de sitios y su población no es la interpretación más apropiada si se contrastan con las descripciones bélicas de las crónicas tempranas y los correlatos arqueológicos tardíos en esta zona del territorio colombiano.

Utilizando los mismos supuestos que se aplican a otras estructuras arqueológicas (montículos, plazas, caminos, templos, entre otros); las zanjas ofrecen la oportunidad de ampliar nuestro conocimiento en otros aspectos sociales de sus constructores, en vista de que la elaboración de estas estructuras monumentales implica planificación y control de la fuerza laboral, propio de organizaciones políticas complejas (Erickson 2010).

En consecuencia, de lo anterior, la presente monografía también contribuye (de manera indirecta) en la reconstrucción de los procesos sociales en los cuales estaban inmersas las sociedades complejas tardías que poblaron esta zona del suroccidente colombiano.

Esta monografía está dividida en cuatro capítulos: El capítulo uno aborda el problema de investigación, antecedentes y conceptos teóricos que sustentan los planteamientos del proyecto. El capítulo dos describe la ubicación general y específica de la zona de estudio y las características generales del sitio, principalmente en cuanto a su morfología y topografía. El capítulo tres detalla las actividades de campo y la metodología empleada para la obtención de la información arqueológica durante el desarrollo de la investigación. El capítulo cuatro contiene el análisis de los datos en el laboratorio y los resultados del proyecto. El capítulo cinco se exponen las conclusiones y las consideraciones finales. Por último, se presentan los anexos complementarios de la información presentada a lo largo del texto.

Esta presentación está enmarcada en las actividades realizadas en la aplicación y ejecución del proyecto “ESTRUCTURAS DEFENSIVAS PREHISPANICAS EN EL VALLE DE PUBENZA, UNA EVALUACIÓN DESDE LA ARQUEOLOGÍA DE LA GUERRA”, aprobado por la licencia de intervención arqueológica No. 8622 expedida por el Instituto Colombiano de Antropología e Historia – ICANH a nombre del PH.D. Hernando Javier Giraldo Tenorio y el estudiante tesista Jorge Andrés Rojas, autorizados para adelantar la intervención del sitio. Con el presente documento se da cumplimiento a las disposiciones legales expedidas por el Ministerio de Cultura (Ley 397 de 1997, Decreto LEY 833 de 2002, ley 1185 de 2008 y Decreto ley 763 de 2009) respecto al manejo de los bienes de interés arqueológico dentro del subsuelo colombiano. El desarrollo de la investigación fue posible gracias al financiamiento otorgado por la Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales – FIAN, adscrita al Banco de la República (Proyecto aprobado # 521).

CAPÍTULO 1. PLANTEAMIENTO Y JUSTIFICACIÓN

Los documentos del siglo XVI describen el rol coercitivo de los cacicazgos nativos del valle de Popayán como una constante en su organización Política. Trimborn (2005) en su obra *Señorío y barbarie en el Valle del Cauca*, luego de revisar las narraciones tempranas de algunos cronistas, señala que a diferencia de los “señores” muisca (quienes adquirían su poderío mediante mecanismos mágico-religiosos sustentados por roles sacerdotales), los caciques o jefes situados en el valle del río Cauca fundamentaban su autoridad mágica en el campo de batalla mediante una marcada relación entre parentesco y líderes militares. El cronista de indias y sacerdote neogranadino Juan de Castellanos (1852) incluso menciona la existencia de una fortificación en Popayán y otros cronistas, como el explorador español Pedro Cieza de León (1553, en Trimborn 2005), describen las tácticas de combate y las armas que empleaban algunas comunidades en el valle del Cauca con las cuales tuvieron contacto. Sin embargo, los estudios arqueológicos en esta zona del país concernientes a la guerra son insignificantes al compararlos con la amplia información bélica condensada en las crónicas tempranas. A pesar de ello, las menciones de conflicto de las comunidades tardías asentadas a lo largo de la cuenca del río Cauca han sido utilizadas por varios arqueólogos e historiadores como ejemplo del importante papel del conflicto en la formación de sociedades complejas (Llanos 1981; Carneiro 1990; Redmond 1994; Trimborn 2005).

El río Cauca es uno de los ríos más importantes del territorio colombiano. Fluye desde el suroccidente al noroccidente de Colombia, se eleva en los Andes cerca de Popayán y recorre 1.349 km hacia el norte, entre las cordilleras Occidental y Oriental para unirse al Río Magdalena al norte de Mompós. En la mayor parte de su longitud, el río Cauca está delimitado a ambos lados por montañas que se elevan de 1.524 m 3,048 m. El valle en algunas zonas se ensancha hasta unos

48.280 m, por lo tanto, aunque el valle del río Cauca no está tan delimitado como muchos otros valles, sí muestra un grado considerable de circunscripción ambiental (Carneiro 1991).



Mapa 1: Ubicación de los cacicazgos tardíos en la cuenca del río Cauca a la llegada de los españoles. (Fuente: Modificado de Robert Carneiro, 1990).

Esta geografía limitada para el poblamiento prehispánico, como argumenta el antropólogo Robert Carneiro (1990, 1991), jugó un papel relevante en el origen de las jefaturas o cacicazgos de este extenso valle, de los cuales, Guacas y Popayán ostentaban una complejidad mayor que los demás cacicazgos (Catio, Anserma, Pozo, Tahamí, Carrapa, Lile, Jamundí, Arma, Lile, Pijao) que se encontraban dispersos a lo largo de la cuenca del río Cauca a la llegada de los españoles. Carneiro señala lo siguiente:

My guess, based on what we know about the application of the law in other political entities in Valle del Cauca, is that Guaca and Popayán were probably on the verge of statehood. But they hadn't really crossed the threshold. However, if the Spaniards had not arrived on the scene, it is possible that in time they would have made the transition. (Carneiro 1991:180)

Según su teoría,² las sociedades tardías que poblaron la parte suroccidental de Colombia son un claro ejemplo de “cacicazgos” desarrollados, donde poderosos líderes guerreros basaban su poder en la obtención del tributo. El desarrollo de estas sociedades habría obedecido a la presión demográfica, unido a la circunscripción geográfica y cultural donde estas jefaturas tuvieron lugar y se desarrollaron. A medida que la población aumentaba, la expansión a nuevos suelos aptos para el cultivo se fue limitando debido a la circunscripción natural impuesta por el medio, lo que provocaría una fusión inminente de las diferentes sociedades igualitarias que se habían expandido. Este proceso a largo plazo habría desencadenado un conflicto intergrupal entre las diferentes unidades políticas que traería como consecuencia la conquista de un grupo sobre otro, la formación de clases sociales y finalmente el desarrollo de sociedades cacicales. Es importante aclarar, que, en principio, la teoría se formuló para explicar el desarrollo de los estados, aunque más tarde se expandió también para articular la formación de los cacicazgos. Por lo cual, las explicaciones del autor respecto a los cacicazgos del occidente colombiano, teóricamente hablando dan cuenta del territorio denominado “Valle del Cauca”. No obstante y teniendo en consideración que su teoría se apoya en parte con las fuentes etnohistóricas recolectadas por Trimborn, de grupos muy diversos

² Fundamentalmente conocido por su teoría sobre la formación del Estado (Teoría de la Circunscripción de Carneiro), que explica cómo las restricciones del entorno interactúan con las presiones demográficas y los conflictos bélicos para formar los estados. Las sociedades han evolucionado desde unas aldeas neolíticas simples y autónomas a unos regímenes políticos, cada vez más grandes y complejos, pasando por diversas etapas de desarrollo, incluyendo las jefaturas y culminando en la formación de estados. Estos estados con una organización más centralizada y compleja se extienden a costa de otras sociedades organizadas de forma simple

a lo largo y ancho del valle del río Cauca (incluido el valle de Popayán), la teoría terminapor extenderse no solo a la zona andina colombiana, sino por todas aquellas regiones del planetadonde se desarrollaron cacicazgos (Langebaek et al 2002), de hecho, otro de los ejemplos empleados por Carneiro para sustentar su teoría fue la isla Fiji en Japón.

Si bien la propuesta de Carneiro ha tenido una aceptación plausible sobre el origen y desarrollo de sociedades complejas en diferentes lugares del mundo (Ver a Keeley 1997:104; Lumbreras 1999: 351; Marcus y Flanery 1996: 124-5; Kelenka 1998:169-71; citado en Langebaek et al 2002), en Colombia no hay muchos arqueólogos y antropólogos convencidos que el desarrollo de los cacicazgos siguió la secuencia descrita en dicha teoría. El antropólogo Luis Gonzalo Jaramillo (1995), por ejemplo, sostiene que el gran problema de Carneiro fue no haber abordado con una visión crítica los datos etnohistóricos recopilados por Trimborn:

En general, tenemos que la razón fundamental por la cual los reportes españoles son aceptados de una forma casi literal, es la creencia que los españoles, en verdad, "observaron y describieron [la guerra] en considerable detalle mientras ésta se llevaba a cabo bajo condiciones esencialmente aborígenes," tal y como Carneiro (1990:192) lo ha observado recientemente. No obstante, este planteamiento, el cual es la piedra angular de su análisis, es problemático. De hecho, las crónicas son una fuente dudosa para describir las condiciones de guerra en tiempos prehispánicos, ya que ellas no provienen de reportes hechos por observadores neutrales que describen conflictos intertribales. Por el contrario, las batallas que dan pie y sirven de base para la idea generalizada de guerras genocidas crónicas, fueron no sólo motivadas por la presencia de los españoles, sino, además, por guerras en las que ellos mismos tuvieron un papel protagónico (Jaramillo 1995: 50).

En este sentido, Pineda (1987) sostiene que esas circunstancias se dieron en <<...un encuentro

violento entre culturas (indígena versus española) que crea una "cultura del terror" y un "espacio de muerte" del cual ambos grupos participaban igualmente>> (p.93). En todo caso, Jaramillo arguye que, sin lugar a dudas, el trabajo de Carneiro es un punto de partida importante e indica claramente el potencial que tiene la región del valle del Cauca para profundizar en el estudio de la relación entre estas variables en el contexto más general de la evolución y desarrollo de las sociedades complejas y, a la vez, considera importante contrastar esta información etnohistórica con datos arqueológicos obtenidos en el estudio de patrones de asentamientos, ya que, solo de esta manera podría hacerse evaluaciones consistentes de las explicaciones causales que se ofrecen de la guerra en esta región. (Jaramillo 1995).

En el año 2002, Langebaek y compañía desarrollaron una investigación arqueológica con el objetivo no solo de estudiar los procesos de cambio social en una zona del Cauca medio (Valle de Aburrá) en términos de dinámica de población y acceso a recursos; a través de un estudio comparativo entre los patrones de asentamientos de cinco periodos (Temprano, Ferrería, Pueblo Viejo, Tardío, Reciente) en tres zonas específicas (La Estrella, Cerro del Padre Amaya y Girardota), sino también con el propósito de evaluar la propuesta planteada por Robert Carneiro, como sugería Jaramillo. En resumen, estos autores consideran que, aunque en el periodo Pueblo Viejo (Siglo III a.C. a VII d.C.) algunos datos podrían coincidir con el incremento poblacional y zonas de amortiguamiento, la evidencia arqueológica apoya la idea de: que los primeros centros regionales se desarrollaron en un medio libre de cualquier presión demográfica sobre los recursos y en un lugar donde la competencia por suelos fértiles no parece dar cuenta de evidencia de conflicto, contrariamente a lo planteado por Carneiro (Langebaek et al 2002). Sin embargo, Langebaek y sus colegas aclaran; que la información obtenida en la investigación no quiere decir que el conflicto no estuviera presente en la región en diversos momentos, o incluso a lo largo de la secuencia del cambio social. Afirman, además, que existe un alto grado de discontinuidad de un periodo a otro

en la región, lo cual es consistente con la idea de conflicto, y concluyen que, si algún tipo de conflicto tuvo lugar, este pudo haberse dado con mayor probabilidad durante el último periodo de ocupación (siglos VII a XVI d.C.) por las tierras más fértiles en la ocupación más tardía (siglo VII a XVI d.C.).

Para el caso del suroccidente colombiano aún no existe un estudio que evalúe la presunción teórica planteada por Carneiro, ni existe evidencia arqueológica inequívoca de conflicto (salvo por algunos casos aislados de traumas en restos óseos humanos y posibles zanjas defensivas) que sustenten las narraciones hechas por los primeros cronistas y mucho menos existe evidencia de su rol en el surgimiento de las jerarquías sociales. Es por esto por lo que algunos investigadores consideran que la guerra no fue una fuerza fundamental para el surgimiento de las estructuras políticas en esta zona del país (Cubillos 1959; Jaramillo 1995; Gnecco 1996).

Gnecco (2006), por ejemplo, subraya que la coerción y explotación no fueron aspectos relevantes en el desarrollo político de las sociedades prehispánicas en el suroccidente colombiano; pues según el autor, la información obtenida en los estudios regionales (por lo menos en el valle de La Plata y el Alto Caquetá) indica que no hay una relación clara entre el ejercicio de la guerra y el control del poder económico, y que ...<<las manifestaciones “guerreras” de algunas estatuas (Drennan 1991:275,279) tanto del Alto Magdalena (Reichel-Dolmatof 1972) como en la región de Tajumbina (Sotomayor y Uribe 1987) están relacionadas con prácticas funerarias y pueden interpretarse de forma más económica como guardianes que como “guerreros”>> (Gnecco, 2006:202). En cambio, considera que la obtención y tratamiento de metales preciosos (oro, cobre y tumbaga) reservados para la producción de bienes suntuosos en espacios simbólicos, conduce a una regulación del poder, sustentado por la construcción del prestigio. Extrañamente al final de estas consideraciones, Gnecco sostiene que, si no hubo coerción ni dominación, quizás el poder

pudo estar asociado a la defensa territorial, sin embargo, también menciona que no hay indicaciones de asentamientos con estructuras defensivas o armas que evidencien este aspecto (Gnecco 2006: 2002). Y sin evidencia arqueológica no es posible demostrar la existencia de conflicto, y mucho menos, determinar su impacto en la estructura organizativa de las sociedades prehispánicas. Tal vez el caso de estudio más cercano directamente relacionado con evidencia de conflicto intergrupar tiene que ver con la evaluación funcional de las zanjas y bancos de tierra, adelantada por Giraldo (2016) en el sitio arqueológico denominado Malagana (Valle del Cauca) del cual se ahondará más adelante.

Para el caso de Popayán, el reciente hallazgo (Díaz 2019) de una zanja perimetral rodeando la colina de Molanga, parece sugerir la primera evidencia de estructuras defensivas para una región en donde la complejidad social estuvo asociada a líderes guerreros.

El sitio de Molanga hace parte del sistema de colinas ubicadas sobre el sector noroeste del valle de Pubenza donde actualmente se sitúa la ciudad de Popayán (ver mapas 1 y 2). Coincidiendo con las apreciaciones de Cubillos (1959) respecto al patrón de asentamiento de este valle, los indígenas pubenenses debieron localizarse sobre estas colinas para evitar inundaciones y tener una mejor visibilidad del valle circundante. Estas deducciones concuerdan con la información proporcionada por el cronista Juan de Castellanos en su obra *Elegías de varones ilustres de Indias* (1589-1874)³, y con evidencias obtenidas de investigaciones arqueológicas realizadas en el morro de Tulcán (Cubillos, 1959) los cerros de La Eme, El Chirimoyo (Lehmann, 1953), el sitio La María (López, 1978) y recientemente en Molanga (Díaz, 2019).

La última investigación en Molanga concluyó que estas colinas con adecuaciones antrópicas tenían

³ La primera parte se publicó en Madrid, en 1589, mientras que la segunda permaneció inédita hasta el siglo XIX, cuando fue publicada en Madrid (1874).

como función principal la residencia de individuos de alto estatus, en donde también se realizaban reuniones de tipo ceremonial y/o festivo (Díaz, 2019). Sin embargo y pese a la similar morfología que comparte con el Morro de Tulcán, Molanga presenta la existencia de una zanja que rodea el sector noroccidental de la geoforma; característica ausente en el Morro del Tulcán y atípica en las demás colinas de la zona antes mencionadas donde se ha identificado ocupación prehispánica.

Teniendo en cuenta el informe del licenciado Anuncibay (1592) de finales del siglo XVI y los apuntes de algunos cronistas donde señalan las cimas de las colinas como lugar de habitación de individuos poderosos (caciques o líderes guerreros), es una conjetura razonable indicar que la zanja pudo ser parte de un sistema defensivo y presumiblemente haber incluido una empalizada. Muchas de estas empalizadas son mencionadas en las crónicas tempranas (Trimborn 2005), las cuales describen el uso de guadua y arboladas para la construcción de barreras defensivas y/o puestos de vigías, donde su principal objetivo era la protección del cacique o jefe. Desafortunadamente, la investigación de Díaz no ahondó en la función de esta zanja, ni evaluó la existencia de una empalizada asociada que pudiera dar luces sobre la existencia de conflicto en la zona.

Cronistas como Castellanos (Trimborn 2005), mencionan las tácticas militares que usaban los pubenenses, quienes ocuparon sitios altos en las montañas para atacar y utilizaban posiciones defensivas favorables para la retirada (como los pantanos de Popayán). Si el conflicto o el riesgo de ataques estuvo presente en el Valle de Pubenza, podríamos esperar encontrar (conforme lo señalan las crónicas); que los asentamientos se ubicaban en sitios altos como colinas aisladas o cerros empinados. Sin embargo, este indicador debe estar asociado a mecanismos arquitectónicos relacionados con la defensa, ya sea muros perimetrales, zanjas y accesos restringidos. El sitio arqueológico de Molanga comparte algunas de estas características (ubicación estratégica frente al valle, difícil acceso y una zanja perimetral) pero estas no son suficientes para indicar que la

ocupación de la colina fue determinada por el conflicto, ya que en la literatura arqueológica se mencionan sitios arqueológicos donde las zanjas han sido utilizadas para otros fines. Por ejemplo, en el Alto Purús (sureste amazónico) los recintos con zanjas circulares y/o cuadradas acompañados de terraplenes externos están asociados con espacios ceremoniales (Saunaluoma 2012) y no defensivos, aunque otras deducciones sugieren que estas estructuras también podrían haberse utilizado como canales de comunicación en épocas de invierno (Erickson 2010). Otro ejemplo colombiano muy conocido de estructuras de tierra son los camellones y zanjas prehispánicas del noroccidente colombiano, los cuales desempeñaron como mecanismos para el control de las inundaciones y la producción agrícola (Rojas y Montejó 2015; Posada et al 2019).

Es claro que existe una ambigüedad a la hora de identificar las zanjas como estructuras defensivas, espacios ceremoniales o mecanismos hidráulicos (ya sea para la intensificación agrícola o para la protección contra posibles inundaciones), por lo tanto, algunos investigadores han considerado que una manera para establecer la función de una zanja es determinar su forma y diseño (Keeley et al 2007). Luego de estudiar numerosas zanjas y terraplenes de sociedades pasadas en todo el mundo, Keeley y compañía llegaron a la conclusión de que la construcción de fortificaciones ha sido un indicador constante de la guerra en contextos arqueológicos, y que las zanjas defensivas generalmente tienen secciones transversales en forma de U o V, con una profundidad mayor a un metro y una longitud mayor a tres metros. Adicionalmente la tierra extraída para la elaboración de la zanja debe estar apilada junto al sector interno de la misma y presentar una empalizada construida a lo largo del punto más alto formado por esta tierra. A una conclusión similar llega Erickson (2010) en sus excavaciones realizadas en Bolivia, debido a que los bancos de tierra se encontraban hacia el lado interno de la zanja, lo que proporcionaría significativas ventajas defensivas en caso de ataque, principalmente si sobre los bancos de tierra se erigieron empalizadas. Estas deducciones de Keeley et al. son el reducto teórico más relevante a la hora interpretar el

posible uso para la cual fue elaborada la zanja de Molanga.

La estructura de tierra (zanja) en el sector noroccidental mide aproximadamente 4 m de ancho por 2 m de profundidad, y rodea el sector noroccidental de la base de la colina. Aunque se sospecha que su construcción se dio en un periodo tardío, antes de la llegada de los europeos, la época de construcción aún es desconocida, por lo que aún no es posible indicar el periodo en el cual se construyó.

Determinar la función defensiva de la estructura de tierra ubicada en Molanga, dependía del hallazgo de evidencias de una empalizada asociada hacia el lado interno (el que encierra la zanja); empalizada que debería identificarse por bancos de tierra y/o huellas de postes dispuestas como un cercado. Si es posible determinar que su época de construcción es prehispánica y que su función es defensiva tendríamos una de las primeras evidencias materiales asociadas a conflicto para el valle de Popayán en tiempos prehispánicos.

De acuerdo con esto, la presente investigación es necesaria ya que no existe evidencia arqueológica clara en el valle de Pubenza, ni en el suroccidente colombiano de las estructuras defensivas descritas en las crónicas tempranas, lo cual ha obstaculizado estudiar la incidencia (forma, escala e intensidad) del conflicto en la conformación de los cacicazgos tardíos y en general. También, porque las dos investigaciones que han abordado la función de los montículos (Cubillos 1959, Díaz 2019) presentan diferencias interpretativas sobre este aspecto. Cubillos (1959), al excavar el Morro de Tulcán, infirió que la sociedad responsable de esta construcción era pacífica, en donde la figura militar y los niveles de conflicto resultaban mínimos o inexistentes, pasando por alto las fuentes etnohistóricas, las cuales describen un estado de guerra crónico entre las sociedades que cohabitaban el valle del río Cauca. Díaz, por su parte señala que la interpretación de Cubillos (1959), respecto a los pubenenses como una sociedad pacífica tardía orientada religiosamente, en

la que los caciques están involucrados en la movilización de mano de obra para la construcción de monumentos ceremoniales, difiere con los modelos establecidos para los cacicazgos tardíos del suroccidente colombiano. Sin embargo, hasta el momento no existe evidencia clara que sugiera la existencia de conflicto como origen o indicador relevante de la complejidad social en el valle de Pubenza ni en el suroccidente colombiano.

Si es posible confirmar la hipótesis de que Molanga fue un lugar fortificado o defendido, deberíamos deducir que el conflicto fue un aspecto relevante en la organización social de estas sociedades y no que la guerra en la región fue solo un efecto de la incursión europea en el territorio. Además, el sitio pasaría a desempeñar un papel preponderante a la hora de comprender los procesos sociopolíticos de la región.

Antecedentes y marco conceptual

De todas las manifestaciones culturales humanas, ninguna ha tenido un impacto tan profundo como la guerra. Entre las múltiples disciplinas que abordan el tema, la arqueología permite examinar patrones del desarrollo de la guerra en circunstancias muy distintas a las contemporáneas. Si solo nos guiáramos por la historia o la etnografía, cuyo alcance temporal es limitado, concluiríamos con graves consecuencias geopolíticas que la guerra es omnipresente e inevitable (Haas 2001).

Las fuentes etnohistóricas en el suroccidente colombiano, por ejemplo, nos dan una idea de guerra total entre las comunidades nativas. Pero ¿sucedió de esta manera? ¿fue una característica innata en estas sociedades? ¿Es probable que la guerra producida por la incursión europea haya afectado la manera como estas sociedades luchaban entresí, como sugieren Pineda (1987) y Jaramillo (1995) o en verdad estas comunidades ya estaban inmersas en el ejercicio de la guerra mucho antes del desembarco de los europeos? Para poder vislumbrar una respuesta a estos interrogantes es necesario analizar cómo la arqueología ha revelado una gran variabilidad de la guerra en

tiempo/espacio y en diferentes grados de evolución social: desde su ausencia a la guerra total, pasando por ataques furtivos y conquistas imperiales.

LeBlanc (1999) ha argumentado que la guerra ha sido inherente en la historia de la humanidad. Esta afirmación no es del todo cierta. Si bien, muchos grupos humanos son y han sido capaces de elegir ir a la guerra, en algunas sociedades no hay evidencia de ella; además dependiendo del grado de evolución social de los grupos involucrados en el ejercicio de la guerra, la escala e intensidad del conflicto puede variar significativamente. En los últimos años, los estudios arqueológicos han prestado detallada atención a las repercusiones sociales del conflicto en sociedades de diferentes latitudes y grados de complejidad.

Keeley (1996) por ejemplo sostiene que la arqueología ha pacificado el pasado, estableciendo con ello visiones románticas de la historia humana. Evidente muestra de ello era la idea concebida por la arqueología clásica, la cual presumía que la guerra no estuvo presente en la Europa neolítica, ni en América en épocas prehispánicas (Clark y Bamforth 2018). Por fortuna, desde los años 90, estudios arqueológicos orientados por un enfoque procesual, amplían cada vez más la información de la incidencia del conflicto en los procesos sociopolíticos de comunidades pretéritas y vivas con cierto grado de diferenciación social.

Solometo (2006), por ejemplo, señala que gran parte de la disensión sobre el papel de la guerra en el pasado se debe no solo a una subestimación generalizada de los efectos del conflicto, sino a una subestimación de la inmensa variabilidad de la guerra en las sociedades no centralizadas. En especial, la rica etnografía de los conflictos “tribales” en el suroccidente de los Estados Unidos, revela que la guerra entre estas sociedades puede adoptar muchas formas, desde luchas de corta duración y pequeña escala hasta hostilidades duraderas de largos periodos y a gran escala. Estas diferentes formas de conflictos pudieron tener efectos distintos en la forma de distribución y

composición de los grupos sociales en el pasado.

Debido a la confusión continúa sobre la definición de guerra en el pasado prehistórico, es pertinente mencionar las características más destacadas de la guerra según algunos autores. Ferguson (1984:5) define sucintamente la guerra como <<acción grupal organizada y con un propósito, dirigida contra otro grupo que involucra la acción real o potencial de la fuerza letal>> (Citado en Solometo 2006). La guerra esta “organizada” y “propulsada” en el sentido que es premeditada y planificada por la comunidad y sus guerreros. En palabras de Kelly (2000:4; citado en Solometo 2006), las muertes que pueden resultar de la guerra en sociedades segmentadas no son incidentales o inesperadas, sino que se proveen de antemano y se consideran “moralmente apropiadas y justificadas por circunstancias o eventos anteriores”, a diferencia de sociedades no segmentadas como cazadoras recolectoras, en los cuales es común el homicidio individual, pena capital, pero no la violencia grupal organizada hacia otros grupos. Estas sociedades segmentarias (que suelen ser agrícolas o pastoriles), como las jefaturas o cacicazgos, muestran un principio que Kelly llama “sustituibilidad social”. El cual sostiene que un asesinato de cualquier miembro de otro segmento se considera un delito de grupo y puede vengarse matando a cualquier miembro del segmento del asesino. Por lo tanto, las incursiones comienzan como acción social de grupo contra grupo y, pueden escalar a una guerra a medida que las sociedades crecen en escala y complejidad (Flannery et al 2003), muy similar al conflicto intergrupalo descrito por las crónicas en el occidente colombiano.

Quizás el aspecto más importante de Ferguson y otras definiciones de guerra es que es una actividad social llevada a cabo por grupos contra otros grupos. Por ello, la guerra excluye la violencia aislada, así como las acciones llevadas a cabo explícitamente contra las personas como la pena capital. La guerra abarca entonces la mayoría de los comportamientos descritos como enemistades o “venganza de sangre”, el intercambio medido de muerte en represalia de grupos,

y tácticas como emboscadas y redadas asesinas; así como, prácticas más familiares que involucran invasiones a gran escala y batallas organizadas. Dado que la guerra es librada solo por grupos, es necesario que los arqueólogos reconozcan que la evidencia de muerte violenta por sí sola (como la evidencia esquelética o heridas fatales) es evidencia arqueológica insuficiente para indicar la existencia de guerra. Para que la guerra esté presente debemos demostrar que los grupos actuaban defendiéndose o atacando de forma conjunta.

En parte, comprender las decisiones humanas sobre la guerra depende de lo que se entienda por “guerra”. Si usamos una definición moderna del término se entendería como una violencia organizada y regulada por decisiones gubernamentales, involucrando maniobras de combate entre dos o más ejércitos. Sin embargo, al usar esta definición de forma homogénea, se sobreentiende que la guerra no existe entonces para sociedades con una complejidad y modelos sociales diferentes a las estatales (Bamforth y Clark 20018).

Por lo tanto, en las sociedades complejas es conveniente abordar la guerra con una visión en donde la violencia letal-grupal está regulada y sancionada por una unidad social o autoridad política reconocida (caciques-chamanes - líderes guerreros) que existió en un determinado tiempo y espacio, y donde el conflicto puede tomar variadas formas (venganzas de sangre, disputa territorial, sacrificios humanos de índole ritual, entre otros).

La evidencia de conflicto en la arqueología

Aunque los indicadores de conflicto en el registro arqueológico son variados, los más recurrentes en contextos arqueológicos (sin contar las estructuras defensivas) son los traumas en restos óseos, armas y representaciones iconográficas (Keeley, 1996; LeBlanc, 2004; citado en Giraldo 2016). De todos modos, a pesar de ser los más utilizados en estudios prehispánicos, en muchos contextos estos indicadores pueden resultar ambiguos y cuestionables a la hora de interpretarse. A

continuación, se describe brevemente algunos de los problemas relacionados con estos indicadores de guerra o conflicto en el registro arqueológico.

Traumas en restos óseos

La presencia de individuos con fracturas o traumas en el registro arqueológico es considerada en muchos contextos como evidencia directa de guerra. Concretamente, el hallazgo en el valle del Cauca de individuos encontrados en tumbas colectivas sin ajuar y dispuestos con poco cuidado, según Giraldo (2016), podría sugerir un tratamiento deshonroso y/o un patrón parecido al enterramiento de prisioneros de guerra en las que se encuentra un gran número de sujetos con huellas físicas de una muerte violenta. Contrariamente, la ausencia de individuos masculinos jóvenes en un cementerio también puede indicar indirectamente la existencia de conflicto en determinada comunidad, debido a que los cuerpos de las víctimas muchas veces son abandonados en el campo de batalla por las mismas circunstancias de la guerra (ver Clark y Bamforth 2018). No obstante, un problema recurrente con este material orgánico se debe a que, en muchos contextos arqueológicos, la acidez de los suelos termina destruyendo cualquier evidencia osteológica y cuando existe una estructura ósea con traumas, no necesariamente están asociados al conflicto grupal, es decir, si son casos aislados que pueden reflejar violencia doméstica, homicidios, o accidentes, más no la guerra.

Armas e iconografía

Las armas en contextos mortuorios y la representación de guerreros, o en su defecto, las escenas de guerra plasmadas en la iconografía de una cultura muchas veces pueden revelar la existencia de guerra. No obstante, un problema en cuanto a las armas como evidencia de guerra o conflicto, descansa en la naturaleza de la materia en que fueron elaborados, por ejemplo, la madera es un material perecedero que difícilmente se conserva en el registro arqueológico. En todo caso, cuando

las armas están presentes en el registro arqueológico es difícil reconocer su uso, ya que muchas herramientas podrían también haber funcionado como armas (como las flechas o los propulsores encontrados en Popayán). De igual manera, las representaciones de conflicto en la cultura material (orfebrería, alfarería, escultura, arte rupestre, etc.) de un determinado grupo social son confusas o contradictorias, dado que la iconografía en muchos casos representa la cotidianidad de sus gentes, pero también puede ser el resultado de mimesis, es decir, la iconografía puede reflejar imitaciones externas de otras comunidades con las cuales haya tenido contacto, lo cual no implica que estas manifestaciones materiales sean el reflejo de las personas vivas que las crearon. Un ejemplo de esto podrían ser las estatuas ubicadas en las tumbas del alto Magdalena, las cuales podrían corresponder a representaciones de guerreros, aunque también pueden representar guardianes. Extrañamente, hasta el momento no existe evidencia de otro indicador que corrobore la existencia de guerreros o conflicto en las investigaciones regionales en el suroccidente colombiano adelantadas hasta el momento (Gnecco 2006), excepto por una estructura de la cual se hablara más adelante.

Fortificaciones como evidencia de conflicto en contextos prehispánicos

Si la característica primordial de la guerra es la acción grupal organizada y con el propósito de atacar un determinado grupo de individuos recurriendo a la fuerza letal, entonces es ineludible también comprenderla como “un periodo de hostilidad armada” (Meggitt 1977:10) entre grupos en estado de oposición entre sí. Este periodo de oposición puede implicar enfrentamientos reales (guerra propiamente dicha), pero también implica un estado de preparación para el ataque y la defensa. Por consiguiente, el combate real puede estar limitado en su distribución, mientras que la movilización de personas y recursos y otros preparativos para la guerra suelen estar más extendidos (Ferguson 1984). Por ello, es probable, como han señalado otros autores (Hass 1990; Wilcox y

Hass 1994; citado en Solometo 2006), que la evidencia de la movilización para la guerra sea más común en el registro arqueológico que la evidencia de violencia y destrucción. Por lo cual, podemos esperar distinguir en el paisaje más evidencia indirecta de guerra en forma de patrones de asentamientos fortificados y planos de sitios, que lugares quemados y cuerpos sin enterrar que constituyen evidencia directa.

En la mayoría de los casos, la “fuerza letal” de la definición de Ferguson (1984) mencionada anteriormente, incluye no solo el empleo de armas para matar, sino también la destrucción intencional o el robo de recursos, como la quema de alimentos almacenados, campos y hogares (Keeley 1996; Kelly 2000 citado en Solometo). Los grupos que dependen de los alimentos almacenados y de una temporada de cultivo anual, como los que viven en el noroeste de Estados Unidos (y quizás las jefaturas tardías que poblaron el valle de Pubenza), son particularmente vulnerables a la destrucción de recursos (a diferencia de muchas poblaciones de cazadores recolectores y horticultores tropicales que pueden recuperar rápidamente las pérdidas de alimentos). Los agricultores que dependen de una cosecha anual probablemente se enfrenten a la inanición si sus recursos almacenados son destruidos o robados (Solometo 2006). Estas tácticas obligan a las víctimas en primera instancia a construir sistemas defensivos para proteger su territorio y el control de los recursos adyacentes y, en última instancia, a dispersarse ya sea para buscar el apoyo económico de lazos filiales o para perseguir estrategias de subsistencia más amplias (como la búsqueda de comida y la caza), resultando en cualquiera de los casos en la disolución del grupo (Keeley 1996; Wiessner y Tumo 1998:121 citado en Solometo 2006).

Por otra parte, la información sobre la frecuencia, escala y tipo de guerra puede obtenerse investigando las características físicas de un sistema de fortificación. Erickson, (2006) incluso, señala que la construcción de una empalizada en la cual se utilizó gran cantidad de fuerza humana,

tiempo y recursos en la elaboración de la zanja y la fijación de sus postes, sugiere que la amenaza externa fue real y más contundente que en otros lugares donde las empalizadas evidencian el mínimo esfuerzo en sus construcciones. Lo anterior coincide con Vencl (1984), al señalar que las fortificaciones reflejan <<sobre todo la expresión materializada del miedo humano a ser atacado y perder la vida, la libertad o la propiedad>>. A su vez, el registro de adecuaciones defensivas en el paisaje refleja la capacidad destructiva de los ataques enemigos y en ocasiones brinda evidencia de las armas ofensivas en el momento en que se planificaron y construyeron estas fortificaciones.

Si bien es cierto que los arqueólogos generalmente toman de referencia la presencia de estructuras defensivas o de fortificaciones como evidencia para sugerir la existencia de conflicto crónico, del mismo modo se debe mencionar que la arqueología a lo largo de la historia ha demostrado que las personas han cavado zanjas y construido muros por razones distintas a la guerra (para más información ver Arkush y Stanish 2005). Como advertimos anteriormente, el registro de zanjas y bancos de tierra formando figuras cerradas, denominados “geoglifos”, “zanjas circundantes” o “enclosures” se han reportado en diversas partes del mundo, pero su función tiende a ser problemática (p. e. Roscoe, 2008; Biehl, 2011 citado en Giraldo 2016). En algunos sitios, las zanjas son identificadas sin bancos de tierra asociados en la parte interna del terraplén y, en otros los bancos de tierra vienen acompañados de hileras de postes (o sus huellas) en su parte superior. En cualquier caso, aunque el registro de algunos contextos arqueológicos permite inferir la existencia de guerra por hallazgos de evidencia fortuita (armas, representaciones de combate o de guerreros en la cultura material, traumas violentos en esqueletos humanos, casas quemadas, destruidas y/o abandonadas), el indicador más sólido de conflicto en asentamientos prehispánicos está directamente relacionado con adecuaciones defensivas en el paisaje. Sin desconocer, claro está, los indicadores antes mencionados que relacionados a este son importantes a la hora de proveer un correlato más amplio del conflicto.

¿Por qué la guerra es importante en el surgimiento de cacicazgos o jefaturas?

En la literatura arqueológica han surgido extensos debates sobre el tipo de conflicto en las sociedades prehistóricas y sus consecuencias (Carneiro 1970; Keeley 1996, Renfrew 1996; Ferguson 2000;). Entre sus implicaciones la guerra ha sido percibida como un factor clave para el cambio social (Carneiro, 1970, Earle 1987).

Por ejemplo, en Sudamérica los cacicazgos se asociaron al área cultural Circum-Caribe, como un estadio intermedio entre los estados centro-andinos y las bandas y tribus selváticas (Cabrero 2017). Steward y Faron (1959) usaron el concepto de cacicazgo para designar a pequeñas sociedades multicomunales con poder centralizado, concibiendo el cambio social y el desarrollo de patrones culturales como resultado de la variabilidad medioambiental, tecnológica y social (Díaz 2019). Más tarde y en la misma dirección evolucionista Service (1962) considera que los cacicazgos surgen por un aumento en la población regional, al requerir un centro para la coordinación de la redistribución de productos obtenidos de zonas distantes con diferencias medioambientales. Años más tarde, en un artículo posterior, Robert Carneiro⁴ (1991) definió cacicazgo como una unidad política autónoma que comprende un número de pueblos o comunidades bajo el permanente control de un jefe-guerrero supremo donde el poderío militar desempeña un rol importante en el control del territorio y regulación del poder.

Aunque es difícil demostrar que existe un solo factor para el origen de los cacicazgos, Earle (1991) en particular, después de estudiar varios casos de cacicazgos alrededor del mundo, concretamente los de Polinesia, Andes Centrales y Escandinavia, sugiere que el origen y subsistencia de estas

⁴ Esta Interpretación en gran parte se deriva de las inferencias obtenidas de los cacicazgos del valle del Cauca, luego de revisar las fuentes etnohistóricas recopiladas por Trimbom y a su vez surgen algunas opiniones contrarias que más adelante será necesario discutir.

sociedades se fundamenta mediante la triangulación de tres esferas sociales: poder militar, poder ideológico/religioso y poder económico. Estas fuentes de poder se entrelazan estrechamente para una circulación exitosa de los flujos de recursos (naturales y humanos). Así, el excedente generado debe transitar por lo que el autor llama un “cuello de botella” económico que permita la especialización de guerreros, los cuales son necesarios para la protección del jefe/cacique y la expansión del territorio. Los guerreros serían controlados y motivados por la adquisición de armas especiales, entrenamiento y una posibilidad de convertirse en jefe cuando se requiera un centro de poder menor que garantice el control del nuevo territorio conquistado. Así mismo, la financiación de eventos ceremoniales y la construcción de templos y de espacios rituales, reafirmaría el control de la esfera ideológica por las élites. Earle (1991) también señala que las élites cacicales que concentraron su poder en el control del aparato económico, ya sea en la acumulación de bienes de subsistencia o bienes de prestigio, tenían mayores probabilidades de éxito que aquellos que sustentaban el poder solo en aspectos militaristas o ideológicos. No obstante, es enfático en resaltar que los excedentes económicos de los cacicazgos exitosos eran usados para coordinar actividades militares (ataques a otros poblados, construcción de arquitectura defensiva) y para apoyar ceremonias que reforzaban la legitimidad de los gobernantes.

Aun cuando las causas y factores en el surgimiento de estas sociedades pueden variar dependiendo el contexto particular en el cual se gestan, lo anterior permite deducir que: **1)** la capacidad de los caciques o jefes a la hora de regular estas tres fuentes de poder determinaría o no el éxito de las jefaturas o cacicazgos y **2)** que la fuerza militar es indispensable en los procesos de expansión del poder, consolidación y control de este.

La complejidad social en el suroccidente colombiano

Desde que se iniciaron estudios arqueológicos en Colombia, el suroccidente del país se definió como una región crucial para comprender el desarrollo de las sociedades complejas. Reichel-Dolmatoff (1986), por ejemplo, consideraba que, por la ubicación estratégica a diversas fuentes de materia prima como las minas de oro y buenos suelos, los grupos que habitaron la región debieron caracterizarse por un desarrollo prehispánico transcendental. Este desarrollo se vería reflejado en la similitud estilística y tecnológica regional compartida en un periodo de 1500 años (500 a.C.-1000 d.C.) por las sociedades más representativas de la región. Las primeras explicaciones de estas semejanzas en la orfebrería y alfarería, según Plazas y Falchetti, (1983), podrían estar relacionadas con redes de intercambio en el suroccidente, pero también señalando un origen común para las sociedades localizadas en esta región de la geografía colombiana.

Para Gnecco (1996), la particularidad de estos objetos orfebres representaban la existencia de una ideología simbólica, donde el conocimiento esotérico y exótico restringido por parte de sus portadores (líderes-chamanes), limitaron el acceso de estos bienes suntuosos al resto de la población y cuya circulación se limitaba a unidades sociales equivalentes (Giraldo 2016). Más tarde Langebaek (2002), agregó que el cambio en la producción y consumo de bienes orfebres reflejado en el registro arqueológico después del 1000 d.C. estaba relacionado con cambios en las fuentes de poder. Es decir, la ideología religiosa, la cual sustentaba el control del poder cacical de estas sociedades en el Clásico regional, cambió a un sistema donde el control de los recursos económicos y coercitivos sería más importante para el desarrollo y expansión de estas comunidades, que los espacios y objetos simbólicos restringidos únicamente para gentes de élite (chamanes o caciques). Los últimos estudios en esta región proponen también una institucionalización del poder gradual, cuyo origen no estuvo relacionado a factores externos medioambientales ni con el éxito de líderes guerreros excepcionales, sino con la participación de

algunas familias durante largo tiempo en actividades ceremoniales tradicionales de importancia política y social (sin implicaciones económicas). Las élites entonces asumirían pronto un importante rol como agentes del mantenimiento de estructuras ceremoniales y/o ideológicas, en un proceso de larga duración que dio lugar a estructuras de jerarquía política, a causa de la asociación histórica de ciertas familias a posiciones centrales en la comunidad (González 2012).

No obstante, como vimos al comienzo de este capítulo, una hipótesis alternativa que trata de explicar el desarrollo de las sociedades que describen las crónicas tempranas situadas en el occidente colombiano, fue la teoría de la circunscripción elaborada por Carneiro en la segunda mitad del siglo XX. En resumen, Carneiro plantea que esta circunscripción geográfica donde el acceso a tierra cultivable era limitado, sumado a la presión demográfica, ocasionó que los diferentes grupos agrícolas que habitaban este ambiente compitieran por los suelos más productivos. Con el pasar del tiempo esta alternativa se hizo improductiva para proveer alimentos a tan densa población. En consecuencia, de este proceso se habrían originado continuos conflictos entre comunidades que terminaron en la subordinación de algunas de ellas a centros de poder políticos, dando origen a sociedades cacicales (Langebaek et al 2002). Sin embargo, como también advertimos anteriormente, esta teoría presenta adeptos y detractores. Por ejemplo, un punto que cuestionan algunos autores (además de la fiabilidad de las crónicas en las cuales fundamentó gran parte de su teoría) como Boserup y Cohen (citados por González, 2012: 2), es que existe evidencia de comunidades con un alto grado de complejidad donde las confrontaciones bélicas no fueron importantes en el surgimiento del poder, ni relevantes en sus procesos sociopolíticos.

De todos modos, el estudio arqueológico de las sociedades complejas (tanto estados como cacicazgos), tiene una larga historia de reconstrucciones descriptivas con intentos poco exitosos de explicación. Según González (2012) <<...el cuerpo teórico sobre el origen y desarrollo de la

complejidad social es relativamente extenso, pero el poder explicativo de las teorías existentes sobre el desarrollo de sociedades complejas a la luz de la evidencia empírica es, en general, bastante limitado>>, por lo que es necesario estudiar los procesos a largo plazo en diversos niveles de análisis (macrorregión, región, comunidad, residencia, estructuras), de forma que podamos comprender mejor las dinámicas de cambio; e incluir en la ecuación a los actores particulares como agentes del cambio dentro de modelos generales (González 2012). En ese sentido, no se entiende la subestimación de los arqueólogos locales por las estrategias coercitivas que estas sociedades complejas pudieron desarrollar en algunos contextos socio-ambientales. De hecho, como señala Giraldo (2016:192) <<...raramente son mencionadas, incluso para el último periodo de la secuencia de desarrollo prehispánico, cuando existe abundante evidencia etnohistórica sobre la relación de las élites con la guerra (Carneiro, 1991; Kelekna, 1998; Trimborn, 2005)>>.

Bajo esta premisa, sería interesante conocer si el origen del poder y diferenciación social establecido para el alto valle del río Magdalena, el cual se ha instaurado como modelo comparativo para el suroccidente colombiano, coincide o no con el resto de los cacicazgos de esta región. Ya que la incorporación de la evidencia de conflicto dentro de las interacciones sociales en otras áreas de la región (como el Valle de Pubenza) contribuiría y/o modificaría enormemente el conocimiento de los procesos humanos en el pasado, <<...y no solo respecto a la forma como se interpreta el desarrollo de jerarquías políticas, sino también a otros ámbitos de las dinámicas culturales como el patrón de asentamiento, movilidad, relaciones intergrupales, obtención de recursos, entre otros>> (Giraldo 2016: 93). Más aún, teniendo en cuenta los correlatos arqueológicos de las estructuras de tierra de Malagana que sitúan su construcción en el Periodo Bolo Temprano (400 a.C.-800 d.C.) y que al parecer tuvieron una función defensiva. De estas estructuras hablaremos en el siguiente apartado.

Antecedentes antropológicos y arqueológicos

Las referencias más generales sobre la intensidad de la antropofagia en el occidente colombiano se enmarcan en la descripción de episodios de guerra (Jaramillo 1995). En el caso de Trimborn⁵, influenciado por algunas corrientes evolucionistas de su época (1949), su análisis se direccionó a establecer que las sociedades que encontraron los europeos en el valle del Río Cauca estaban en una etapa anterior por donde ya habían transitado las altas culturas precolombinas (Inca y Azteca); por lo que estas comunidades ostentaban un desarrollo sofisticado, particularmente reflejado en la orfebrería y los inicios de una orden estatal (Langebaek, 2003: 135-136). No obstante, según el autor, aún existían indicadores típicos de una etapa trivial, representados en lascabezas trofeos y la práctica del canibalismo. En consecuencia, Trimborn entendió la relación entre el canibalismo y la guerra como un mecanismo de control demográfico inherente a la esfera ritual de la cosmogonía de sus pueblos, en la cual los guerreros consumían carne humana con el fin de “apropiarse de la fuerza” de sus enemigos muertos.

Para muchos, esta explicación no era muy convincente para comprender el fenómeno de la antropofagia practicada por estos grupos. Por tal razón, algunos autores abordaron estos dos temas: guerra y canibalismo a partir de algunas hipótesis pensadas desde el Materialismo Cultural. Arocha (1987) argumenta que la guerra resultaba de la competencia entre grupos por medioambientes preferidos y restringidos, y que el canibalismo funcionaba como mecanismo para enfrentar el problema de suministro de proteínas, derivado de una situación de presión demográfica sobre los recursos. Schorr (1968), apuntando a esa misma dirección, interpreta la guerra y el canibalismo como partes de un mecanismo nutricional para compensar los bajos niveles de proteína, tal vez

⁵Sin embargo, estas connotaciones rituales no establecían un vínculo claro entre el canibalismo y el prestigio social; es decir, aunque los jefes o caciques participaban en las prácticas antropófagas, no parecía haber una exclusividad de las elites, por el contrario, el grueso total de la población también lo hacía (Langebaek 2003).

resultado de sequías, plagas, inundaciones y otras variaciones ambientales.

Como vimos, las hipótesis de estos autores se ven simplificadas en los estudios realizados por Robert Carneiro en los años noventa, quien considera que la “guerra” permanente reportada en las crónicas es una forma de expansión típica de los “cacicazgos” por ocupar mejores suelos, producto de la presión demográfica, y coincide con Trimborn en que la captura de prisioneros y la práctica de rituales o ceremonias que implicaban la antropofagia, apunta a un sistema de patrones mágico-religiosos que fortalecía el poder de líderes guerreros para coordinar los constantes asedios, más que para suplir los bajos niveles de proteína. Aunque Trimborn contempló un interés por la secuencia evolutiva, insinuando tímidamente que las lites se desarrollaron debido a factores económicos donde la guerra pudo haber sido un indicador importante, sus esfuerzos no fueron más allá de estudiar el significado espiritual de costumbres (como el canibalismo y el trofeo de cabezas) por separado y no por las relaciones históricas que se pudieran establecer entre estas, y mucho menos por las condiciones y reglas que determinaban los cambios sociales. En ese sentido, Langebaek (2003) señala que, aunque la antropofagia o la caza de trofeos fuese poco importante en la mediación con los dioses, esto no quiere decir <<que no existiera una estrecha relación entre las realidades sagradas de la tribu y el poder de los caciques, sino que ese poder no se obtenía por medio de actividades ligadas con lo sagrado>> (Langebaek, 2003:136).

Por otro lado, si bien la relación causa y efecto de presión demográfica y conflicto fue en parte evaluada y discutida en el valle de Aburrá (Langebaek et al 2002) mediante un estudio comparativo entre los patrones de asentamiento de cinco periodos (Temprano, Ferrería, Pueblo viejo, Tardío, Reciente) como sugería Jaramillo (1995), aún no existe evidencia material en el suroccidente colombiano de estructuras defensivas que sustenten lo relatado en las crónicas.

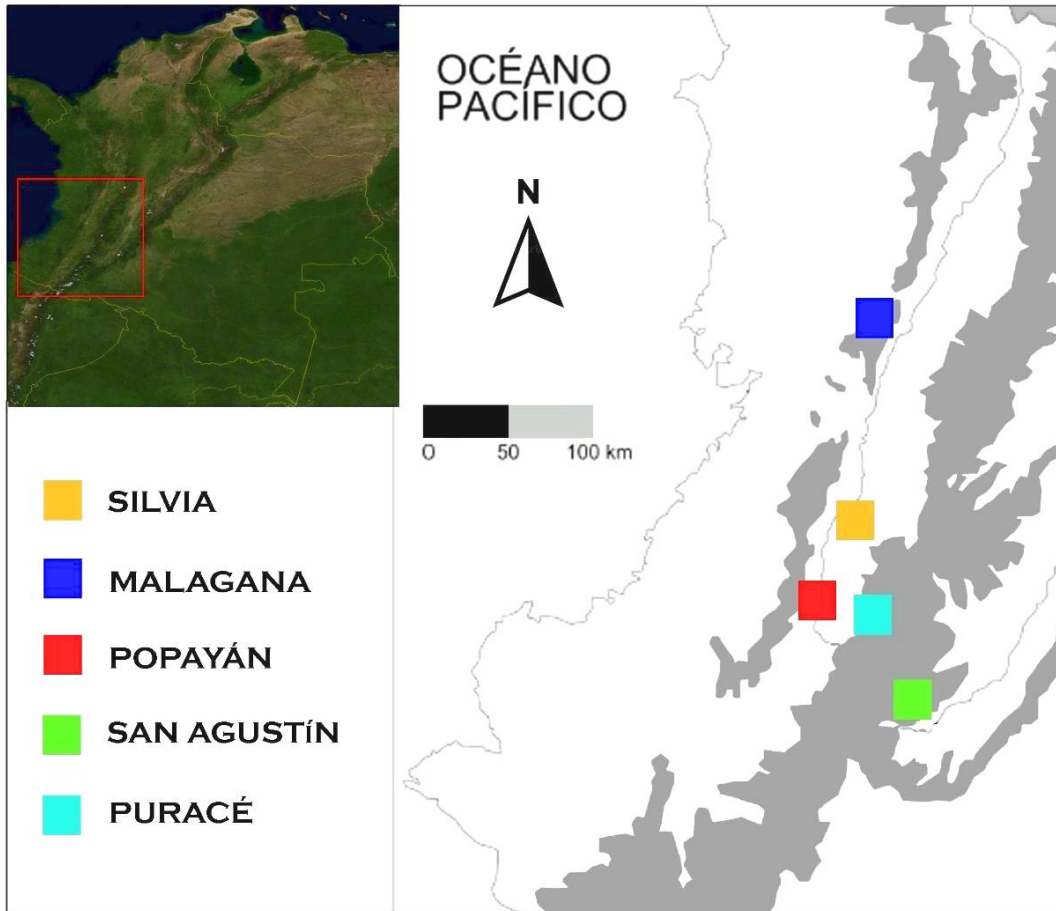
La poca información arqueológica sobre la existencia de conflicto en el suroccidente solo está

representada por el hallazgo de dos propulsores encontrados en las inmediaciones de Popayán (Trimborn 2005), aunque la función de estos artefactos también podría estar relacionados con las actividades de caza y no como armas; también por la presencia de traumas óseos en el registro arqueológico en algunos sitios del valle geográfico del río Cauca y con la existencia de posibles estructuras defensivas en el sitio de Malagana (Giraldo, 2016). Como advertimos, la evidencia material sigue siendo insignificante para una región donde las crónicas tempranas narran un constante conflicto intergrupar.

Curiosamente en el suroccidente colombiano existen otras investigaciones arqueológicas que se han topado con posible evidencia de estructuras defensivas pero que no ha sido motivo de interés para la mayoría de los arqueólogos. Un sitio ampliamente conocido son los camellones de Malagana, sitio ubicado en el departamento del Valle del Cauca. En un principio estas estructuras fueron interpretadas como estructuras defensivas; sin embargo, debido a las percepciones de los investigadores sobre cómo debe ser un conflicto en sociedades no estatales, la interpretación de estas estructuras se inclinó por una forma de protección contra los desbordes periódicos de las corrientes de agua cercanas y, a su vez, como canales de comunicación en épocas de inundaciones. En todo caso, recientes reinterpretaciones (Giraldo 2016) indican que estas estructuras podrían haber funcionado como mecanismos defensivos. Aunque la función de las zanjas de Malagana como estructuras defensivas en el registro arqueológico no es fácil de establecer, ya que estas estructuras han sufrido fuertes perturbaciones, Giraldo considera (aunque sin constatar la existencia de alguna empalizada asociada) que: <<...la sintaxis estructural de las construcciones de tierra de Malagana (banco interior y zanja exterior rodeando una comunidad) es más coherente que la hipótesis hidráulica y semejante a la de otras estructuras alrededor del mundo identificadas en registros arqueológicos, históricos y etnográficos como defensivas>> (Giraldo 2016:193).

Otro estudio que sirve como ejemplo es el trabajo monográfico de Urdaneta realizado en el área de Guambía, donde menciona lo siguiente: <<Durante los recorridos se ubicaron terrazas de vivienda, terrazas de cultivo, posibles aljibes, sitios de entierro y zanjas de uso no identificado>> (Urdaneta 1987: 158). Similar información arrojó una excavación desarrollada en la vereda La Estación, ubicada en el municipio de San Agustín, Huila (Drennan 2000) donde se describe el hallazgo de huellas de postes rodeando algunas unidades domésticas, las cuales podrían corresponder a una empalizada o un cerco. De todas maneras, la investigación no profundiza en el tema. En el 2012, en el trabajo titulado *Arqueología y vulcanismo en la región del Puracé*, se menciona el hallazgo de lo que podría ser un muro de tierra de aproximadamente 520 m de largo, de 2 a 3 m de ancho y de 1 a 1.5 m de alto en el sitio denominado Alto Alambío, ubicado en Coconuco, Cauca. Según el arqueólogo Diógenes Patiño, el muro pudo ser más alto y, además parece haber existido una empalizada, pero la erosión y las labores de pastoreo han deformado la estructura.

El caso de estudio de Patiño y Urdaneta, son hasta el momento los más cercanos al valle de Pubenza. No obstante, en todos los casos (sin contar las estructuras de tierra de Malagana por su alto grado de perturbación) las estructuras no fueron estudiadas a profundidad, por lo que no se puede aseverar categóricamente que eran estructuras defensivas, ni establecer un periodo en el cual fueron construidas, exceptuando las estructuras de tierra de Malagana que ubican su construcción en algún momento del Periodo Bolo Temprano (400 a.C.-800 d.C.).



Mapa 2 Ubicación de posibles estructuras defensivas en el Suroccidente Colombiano. Autoría personal.

Como podemos ver, la falta de evidencia de fortificaciones, como también la ausencia de armas (tal vez por el material perecedero con que fueron fabricadas) y las pocas evidencias de traumas en los restos humanos, han generado una apatía y negación en la arqueología local por estudiar el rol que desempeñó el conflicto en la estructura sociopolítica de estas sociedades. Este fenómeno es entendible en la medida que demostrar conflicto en sociedades pre-estatales es problemático, pues la materialidad de estas estructuras (cuando existen) a menudo carecen de contextos asociativos que la relacionen con la esfera bélica. Por el momento, no se conoce de otros estudios arqueológicos que hayan arrojado información de las estructuras defensivas descritas en las crónicas tempranas. Como consecuencia de este vacío de evidencia material, en algunos estudios

dichas estructuras se han interpretado cumpliendo otro tipo de función, preferiblemente como mecanismos de drenaje para la protección contra desbordes de corrientes de agua antes que para la guerra, como es el caso de Malagana (Giraldo 2016).

Casos como el de Malagana ejemplifican la dificultad para establecer la función defensiva de una estructura, pues pudo servir para otros objetivos (o tener funciones adicionales). Un ejemplo no colombiano son las zanjas en forma de anillos construidas por las sociedades que habitaron parte de la Amazonía boliviana. Estas adecuaciones antrópicas en el paisaje amazónico han llegado a ser interpretadas por algunos autores como un mecanismo hidráulico de drenaje (Erickson 2010), permitiendo el encause y desviación de los caudales en época de invierno, pero también para la intensificación de cultivos. A la vez estos terraplenes desempeñaron un papel importante en la protección y defensa de las aldeas frente a los continuos ataques y hostigamientos de pueblos cercanos. Como movimiento de tierras monumentales altamente visibles, las zanjas en forma de anillo pudieron haber defendido asentamientos y simultáneamente podrían haber delimitado fronteras, simbolizando el poderío de los líderes para coordinar la gran movilización de tierra (Erickson 2010). Si bien las características ambientales y geomorfológicas del Valle de Pubenza contrastan con el paisaje de la amazonía boliviana, la zanja identificada en el montículo de Molanga presenta gran similitud formal con las halladas en Baures-Bolivia. Como ya se mencionó, una de las características que refuerzan la función defensiva de estas estructuras o que ayudan a descartar dicho uso, es la ubicación particular entre el banco de tierra y la zanja relacionada. Saunaluoman (2012, 2013), por ejemplo, considera que la ubicación del banco de tierra en el lado exterior de las zanjas en la región de Acre, al oeste brasilero, no corresponde a lo esperado para una estructura defensiva, pues no proporcionaría mayores ventajas a los individuos ubicados dentro de las estructuras de tierra, en cambio funcionarían como sitios ceremoniales o religiosos. Las otras posibles funciones de la zanja de Molanga son **a)** como un mecanismo de drenaje; y **b)**

como un mecanismo de intensificación agrícola.

Como hemos mencionado Keeley y compañía (2007) señalan que la forma de las zanjas defensivas es una elección de ingeniería calculada diseñada para evitar la penetración de fuerzas enemigas, y que, al observar las secciones transversales de estas estructuras, un arqueólogo puede distinguir si la función fue defensiva o no. Por ejemplo, si la sección transversal de una zanja muestra una forma de V profunda (> 1 m) con paredes laterales en ángulo alto, la posibilidad de que estuviese destinada a la fortificación es muy alta; mientras que las zanjas con un perfil trapezoidal poco profundo (< 1 m) y con un ángulo bajo en sus paredes laterales, están casi inequívocamente relacionadas con mecanismo hidráulicos (Keeley et al. 2007: 58).

Si en realidad la zanja en Molanga corresponde a una adecuación antrópica usada como mecanismo defensivo en algún momento de la historia, se esperaba encontrar en la fase de campo que la zanja tuviese un perfil en forma de V o U de más de un metro de profundidad; acompañada de huellas de postes hacia la parte más alta de la pendiente interna de la misma (y tal vez desechos de material prehispánico derivados de acontecimientos violentos *in situ*), como sugiere Keeley (2007). Si por el contrario la zanja funcionó como un mecanismo hidráulico o hizo parte de un sistema de riego a gran escala, destinado a la intensificación agrícola, la forma geométrica de la zanja no debería corresponder a un perfil en V o U, sino rectangular o lineal (trapezoidal). Estas alternativas funcionales de las zanjas fueron evaluadas en el presente proyecto.

En el valle de Pubenza, el Morro de Tulcán y Molanga son hasta el momento las únicas geoformas monticulares confirmadas por estudios arqueológicos que han sufrido adecuaciones antrópicas. A pesar de ello, la tradición oral y los documentos etnohistóricos, mencionan la existencia de otros montículos en la zona. Torres (2011), por ejemplo, menciona otros montículos similares para el mismo valle: El Azafate, El Caracol, El Arenal y El Broncazo. No obstante, estos han sido

destruidos, invadidos y/o perturbados por la ampliación que viene presentando la ciudad, por lo que no sabemos si estos montículos también contaban con zanjas periféricas.

Aunque la colina de Molanga fue estudiada de manera parcial por el arqueólogo Miguel Méndez (1996), hace más de dos décadas, el muestreo solo fue llevado a cabo en el flanco norte de Molanga, y debido a la gran cantidad de desechos de talla y artefactos líticos recuperados concluyó que el sitio fue ocupado en un periodo temprano por cazadores recolectores. A diferencia de la investigación desarrollada por Méndez, la reciente evidencia recogida por Díaz (2019) (huellas de postes asociadas a volantes de huso, cerámica de uso doméstico y cerámica decorada en la cima de Molanga) conduce a que una de las funciones más importantes del sitio arqueológico de Molanga fue el de residencia, posiblemente de élite, donde también se practicaron algunas festividades y/o rituales religiosos. Los resultados de la datación de la muestra de carbón (nivel 6 del corte 2) recolectada por Díaz en su investigación arrojó una fecha temprana (1870 – 1770 cal AP).

En cuanto a la organización social de los pubenenses, las fuentes etnohistóricas hablan de una sociedad estratificada liderada por guerreros, aunque la información etnohistórica y la evidencia arqueológica de las condiciones de vida (demografía, patrones de asentamiento, explotación de recursos, prácticas de subsistencia, redes de intercambio) de estas unidades políticas, es muy reducida (Giraldo 2016) y cuando existe es contradictoria. Por tal razón, la definición de cacicazgo para esta parte del suroccidente es especulativa. Según los pocos estudios que se han desarrollado hasta la fecha, la comunidad que floreció en el valle de Pubenza no era una sociedad ni igualitaria ni estatal, pero sí contaba con un liderazgo, que bien pudo ser institucionalizado o no (Díaz 2019). El presente proyecto y futuras investigaciones arqueológicas de escala intracomunal y regional contribuirán a responder este interrogante.

Antecedentes etnohistóricos de conflicto en el Valle de Pubenza

Es importante aclarar que, aunque en el Valle del Cauca (como en otras regiones del mundo), la guerra ininterrumpida posiblemente fue una característica primordial, también podrían haber existido treguas transitorias y relaciones amistosas, necesarias para el intercambio comercial y el desarrollo de los cacicazgos. Estas alianzas probablemente se constituyeron por una conciencia común de solidaridad histórica, fundamentada principalmente por la lengua y su cosmogonía las cuales son vitales en términos defensivos y para la planificación de ataques (Trimborn 2005: 281), lo que sugiere que, en efecto, estos grupos políticos no eran tan “barbaros” como se creía; por el contrario, dichas alianzas y relaciones comerciales demuestran un alto grado de complejidad y desarrollo. Trimborn incluso señala que el desarrollo de un extenso comercio en algunas zonas contribuyó al mantenimiento de la paz y que probablemente el intercambio de productos de tribu a tribu solo se suspendía en caso de complicaciones bélicas contra otras tribus enemigas que lo afectaran directamente. Estos enfrentamientos al parecer eran el resultado de la expansión de señoríos a la hora de poseer nuevos territorios y rutas comerciales. Como hemos mencionado, para este autor se trataba de una guerra totalitaria llevada a cabo por todos los medios coercitivos, militares y extralimitares (Llanos 1981). De todos modos, las fuentes etnohistóricas sobre los cacicazgos de Popayán no insinúan un ambiente de guerra crónico, a la llegada de los primeros europeos como sucedía en otros lugares del valle del Río Cauca. Según Llanos <<...solo se puede identificar ciertas rivalidades entre los indígenas Gunaca y el cacicazgo de Abirama, y entre los guambianos y los paeces>> (1981:73). Es posible que la ausencia de estos enfrentamientos se deba a un proceso de expansión consolidado; es decir, el Valle de Pubenza (lo que hoy es Popayán y sus inmediaciones) ya no estaba compuesto por pequeños señoríos políticos independientes en el momento en que las huestes de Benálcazar hicieron contacto. Al parecer todo indica que gran parte

del territorio estaba dirigido por el caique Payán y controlado coercitivamente por su hermano el cacique Calambaz, que ya había sometido a los cacicazgos menores (Llanos 1981). En consecuencia, Benálcazar y sus hombres encontraron un Cacicazgo o Señorío, conformado por un centro poblacional coercitivo, el cual subordinaba la obtención de recursos y excedentes de los señoríos secundarios y periféricos.

Luego de revisar detalladamente el apartado de Trimborn respecto a la guerra de los grupos políticos ubicados en el Valle del Cauca, en su muy conocida obra: *Señorío y Barbarie en el Valle del Cauca*, se puede advertir que en Popayán como en otras regiones del occidente colombiano, los cronistas dejaron registro sobre armas, tácticas de guerra y fuentes defensivos que es necesario recapitular rápidamente.

Armas

Tanto en Popayán (Castellanos 1852: 458-459, citado Trimborn 2005) como en otros sectores del occidente colombiano, los cronistas coinciden en el manejo por parte de estos grupos indígenas de un arma conocida con el nombre de “macana”. Respecto a esta, existen testimonios diferentes en su forma y accionar. Por ejemplo, Friederici (1926: 56, citado en Trimborn 2005: 301) la describe como una maza larga en forma de espada con gran resistencia, elaborada en madera, frecuentemente manejada con ambas manos. Otra descripción posiblemente más exacta, proviene de un documento (citado en Trimborn 2005) del año 1866 de autoría anónima, titulado *Varias noticias*: <<Unos palos de palma negra, muy duros, largos de braza y media, que llaman macanas, ancho de cuatro dedos con dos filos á un cabo y á otro y juegan a dos manos estas macanas, como nosotros el montante>> (p.489).

Las crónicas también mencionan el uso de algunas armas arrojadas. Una de estas armas arrojadas corresponde a la lanza punzante: <<...usan de unas astas largas como picas para pelear

á pie como piqueros, de esta madera de palma, sin hierros, pero hechas en ellas unas puntas agudas tostadas al fuego, con que ofenden mucho>> (*Varias noticias* 1868: 489, citado en Trimborn 2005).

En segundo lugar, se describe el dardo de madera envenenado como un arma dispersa a lo largo y ancho del Valle del Cauca. Al parecer estos dardos eran elaborados de palma y al igual que las macanas eran puestos al fuego para darles mayor resistencia (Trimborn 2005: 307). Según las crónicas los dardos eran utilizados en emboscadas y se lanzaban desde sitios elevados, incluso Castellanos señala que en la fortaleza de Popayán los pubenenses usaron lanzas y dardos para defenderla.

Además del dardo, en lugares como Popayán se utilizó el atlatl o propulsor, a la cual los españoles lo llamaron estólica. Esta arma estaba compuesta por una corta vara de madera (que funcionaba como mango de agarre) y un proyectil. El mango de madera tenía en el extremo opuesto una oquedad donde se encajaba el proyectil que se iba a lanzar. Para usarse, había que sujetar el mango por un extremo con la mano más ágil y encajar el extremo sin puta del proyectil (lanza de madera) en la oquedad del mango y lanzarlo lo más fuerte posible. En los siguientes términos describió Sardella (1864, citado en Trimborn 2005: 310) esta arma: <<Es un arma de las más peligrosas que en aquestas partes se halla; y se tira la vara encajada en un palo de dos palmas, que casi quiere significar aquello como trancaylo, y con aquel palo que encaja la rrojan, que va más recia que con flecha >> (p.314-315); de hecho, Trimborn, menciona el hallazgo de un propulsor en las inmediaciones de Popayán, por el Antropólogo francés Paul Rivet.

Comparado con el variado repertorio descrito en las crónicas en cuanto a armas se refiere, existe un vacío en las fuentes etnohistóricas con relación a la indumentaria defensiva utilizada por los grupos indígenas que habitaron el Valle del Cauca. Aunque se describe el uso piezas ornamentales

como coronas, petos y brazaletes por parte de algunos caciques en Popayán (Trimborn 2005: 319), estos posiblemente tenían una función más estética que utilitaria. Sin embargo, Castellanos (1852, citado en Trimborn 2005: 319) también menciona la existencia de escudos oblongos (paveses) usados en la región de Popayán. El hallazgo en La Marquesa, hacienda al norte de Timbío de dos figurinas cerámicas de hombres sentados en bancos con escudos, asociadas a un contexto mortuario parece corroborar esta información. Estas piezas se encuentran en París, y fueron encontradas por g.uaqueros en la década de 1930 (Giraldo 2021, conversación personal).

En cuanto a las estrategias o tácticas de guerra, todos los grupos situados en el valle del Cauca tenían centinelas y mensajeros. Estos individuos se ubicaban en sitios elevados cerca a los caminos para vigilar la fuerza, posición y movimientos del enemigo. De hecho, fueron los centinelas los que advirtieron la aproximación de Belalcázar al fuerte de Popayán (Castellanos 1852: 458, citado en Trimborn 2005: 340). Otra táctica muy mencionada por Trimborn, era el ataque rápido y letal de cuadrillas de guerreros contra individuos enemigos, no obstante, para el caso de Popayán no se describe ningún ataque de este tipo.

Otro punto importante en el ejercicio de la guerra mencionado por Trimborn, es la organización y coordinación de los ataques. Según algunos cronistas, el mando militar por lo general correspondía a los caciques. Concretamente, para el caso de Popayán: <<Calambaz, hermano del rey, fue cacique regional, y a la vez, caudillo militar (Fernández de Piedrahita 1688:109), teniendo “jefes” a sus órdenes>> (Trimborn 2005: 339). Llama mucho la atención que, de todos los cacicazgos, solo en el de Popayán, el jefe o cacique “supremo” no fuese a la guerra. Tal vez esto sustente la idea que, en efecto, “el cacicazgo de Popayán era de los más desarrollados y estaba transitando a un estado incipiente” donde empezaban a surgir instituciones encargadas de concentrarse en ciertos aspectos sociales como un jefe regional encargado de instaurar reglas políticas y extendiendo

estructuras coercitivas de poder que regulaban y restringían el comportamiento social-político en el territorio.

Empalizadas

Sin lugar a duda, las empalizadas desempeñaron un papel fundamental en las confortaciones bélicas mencionadas por los cronistas. Lo mencionado sobre arquitectura defensiva en las crónicas de Robledo (1539) y Cieza (1553), entre otros, coinciden con el patrón y la espacialidad de estas estructuras. Por lo general se ubicaban en sitios elevados, restringiendo el acceso y protegiendo las viviendas (chozas) que se encontraban en estas zonas. Así describe Castellanos (1852, citado en Trimborn 2005) el fuerte de Nogobarco (Antioquia):

Vieron la fabricada fortaleza
Encima de una loma que tenía
De longitud hasta doscientos pasos,
Pero la latitud la mitad menos:
La cual por todas partes ocupaba
El fuerte y edificio de madera,
Y por cualquier parte la subida
Para llegar á él era ladera
Aspera de subir y trabajosa. (p. 559)

Con esta descripción concuerda Robledo (1865, p. 401- 402, citado en Trimborn 2005), al referirse a explanadas fortificadas:

<<Tienen las casas hechas de seis en seis juntas y una placeta adelante dellas, muy llana, hecha á mano, en la cual tienen hincadas unas cañas gruesas, de las que en aquella tierra

hay, que son tan gruesas como dos muslos y muy altas, y tan largo cuanto dura la plaza; van a estas hincadas por su orden, un palmo ó dos una de otra, é ansi ponen más de veinte rengleras dellas, quetá hecho un monte>> (p. 346).

Similar testimonio indicó Cieza (1553 p.372, citado en Trimborn 2005) al hablar de los edificios donde residían los caciques de Pozo: << las puertas dellas hay grandes palizadas y fortalezas hechas de las cañas gordas, y en medio destas fuerzas había muy grandes tablados entoldados de esteras, las cañas tan espesas, que ningún español de los de á caballo podía entrar por ellas>> (p.346-347). Según Trimborn (2005) También parecen haber existido empalizadas de guadua entre Anserma y Picara con “órganos automáticos” que formaban parte de las empalizadas.

Respecto al valle de Pubenza, Castellanos (1552) hace referencia a un imponente fuerte. En su crónica habla de una estructura que defendía la parte meridional a cuatros leguas de distancia del poblado, el cual podría ser el fuerte de Mastales situado en el municipio de Timbío, conocido por la batalla que libraron los pubenenes a la llegada de las fuerzas españolas comandadas por el teniente Juan de Ampudia.

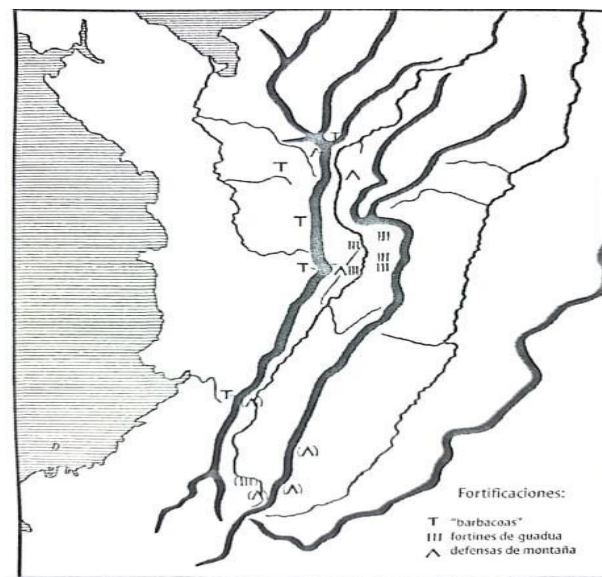
“Era la fuerza de este principado,
Que Popayán tenía por segura,
Un espacio fuerte rodeado
De guadubas nativas y espesura,
De cerca, que tenía cada lado
Sobre cincuenta pasos en anchura:
La cual cerca, de más de ser tan gruesa,
Era soberanamente muy espesa”. (p.349)

Es importante resaltar que, según la tradición oral, en el Valle de Pubenza existían cuatro fuertes

ubicados en zonas estratégicas que protegían el poblado. De todas formas, hasta el momento no existe cultura material que constate lo narrado por los cronistas, debido a la falta de investigaciones arqueológicas que indaguen por las sociedades que habitaron la zona.

El antropólogo Héctor Llanos (1981), sugiere que donde hoy se encuentra la ciudad de Popayán se situaba el centro del principal cacicazgo de la región, controlado por el Cacique Payán (Llanos, 1981:41). Esta información es muy importante, ya que, arqueológicamente hablando Molanga podría coincidir con las descripciones de unos de los fuertes mencionados anteriormente. Incluso, Cubillos (1958) opina lo siguiente del paisaje del valle de El Ejido o llano de Fucha, donde hoy en día se ubica el barrio de Moscopán (a escasos 200 metros de Molanga).

<<Puede pensarse sin equivocación que en tiempos prehispánicos existió allí una gran superficie acuática de poco fondo... En este pequeño valle pantanoso por el N.W y al desembocar en la planicie de Popayán se aprecia algunas elevaciones naturales a modo de islotes como la loma de Cartagena y una que se presume artificial, pero sin comprobación científica de que lo sea, la llamada loma de Azafata>> Cubillos 1958:11; citado en Llanos, 1981: 42).



Mapa 3: Ubicación de estructuras defensivas en la cuenca del río Cauca a la llegada de los españoles. (Fuente: Trimborn,

Aunque no exista demasiada evidencia arqueológica respecto a la organización social de las sociedades indígenas que poblaron el Valle de Pubenza; el laborioso estudio y análisis adelantado por algunos arqueólogos y antropólogos sobre las descripciones dejadas en las crónicas permite especular que los pueblos indígenas de Popayán estaban en una etapa de expansión. Las construcciones y adecuaciones monumentales como El Morro de Tulcán y Molanga, sumado al hallazgo de enterramientos con bienes suntuosos (Lehman, 1953) conducen a que, en efecto, existió una concentración del poder político, generando ciertos privilegios y una diferenciación social de estos grupos (Jerarquía política).

El trabajo etnohistórico del antropólogo Héctor Llanos (1981), titulado *Los cacicazgos de Popayán a la llegada de los Conquistadores*, proporciona un acercamiento a los posibles procesos consuetudinarios y a la composición social de estos grupos. El autor menciona que, con el nombre de “pubenenses” los españoles distinguieron a los indígenas que habitaron las zonas altas alrededor de lo que hoy es la ciudad de Popayán y territorios vecinos, equivalentes a la extensión de los que hoy son los municipios de Cajibío, Totoró, Silvia, Piendamó, Puracé, Sotaró, Timbío y el Tambo (Llanos 1981: 35). Según Anuncibay (1866; 491), las viviendas de estos pueblos estaban fabricadas de madera con techos de paja, ubicadas en colinas o zonas altas del paisaje, por lo general de forma ovoidal o redondas; aunque Cubillos (1958, citado en Llanos 1981:46) encontró en la hacienda Pubenza, unidades residenciales de planta rectangular.

Si bien es difícil proponer un número para referirse a la población total, Llanos valiéndose de un documento tributario del año 1564 señala que la población total de la jefatura en su momento más esplendoroso (contando los grupos periféricos) oscilaba entre 50 y 60 mil indígenas: <<...hasta lástima es que habiéndose repartido en esta ciudad de Popayán más de sesenta mil indios no haya agora más de hasta ocho o nueve mil...>> (A.G.I, Quito 16; citado en Llanos 1981: 29).

Respecto a las labores económicas o de subsistencia, se cree que la organización social de estos cacicazgos estaba orientada <<...no solo hacía la conservación de un abastecimiento estable de alimentos, sino también hacía la adquisición de excedentes que sostuviesen la diferenciación social existente, así como el poder político, la especialización y el desarrollo de las guerras y del comercio>> (Reichel, 1977: 26; citado en Llanos, 1981:47).

Es relevante señalar que la adquisición de excedentes mencionada pudo derivarse de actividades comunitarias o de labores diferenciadas (especialización), aunque si la guerra fue un detonante de la complejidad social, la tenencia de esclavos y servidumbre pudo ser un factor importante para apoyar la adquisición y redistribución de excedentes como sugiere Carneiro (1991) y Earle (1997). Desafortunadamente el avance de la arqueología local aún es prematuro para dilucidar una respuesta a esta cuestión.

CAPÍTULO 2. LOCALIZACIÓN DEL ÁREA DE ESTUDIO Y CARACTERÍSTICAS GENERALES DEL SITIO

El sitio denominado Molanga (coordenadas planas E010533737 – N00761056) se encuentra ubicado en el municipio Popayán, departamento del Cauca, a una altitud de 1.738 msnm, con una temperatura media de 19° C. Localizado al suroccidente de Colombia, limita al Norte con el departamento del Valle del Cauca, al Sur con el departamento de Nariño y Putumayo, al Oriente con el departamento del Huila y el Tolima y al occidente con el océano pacífico.

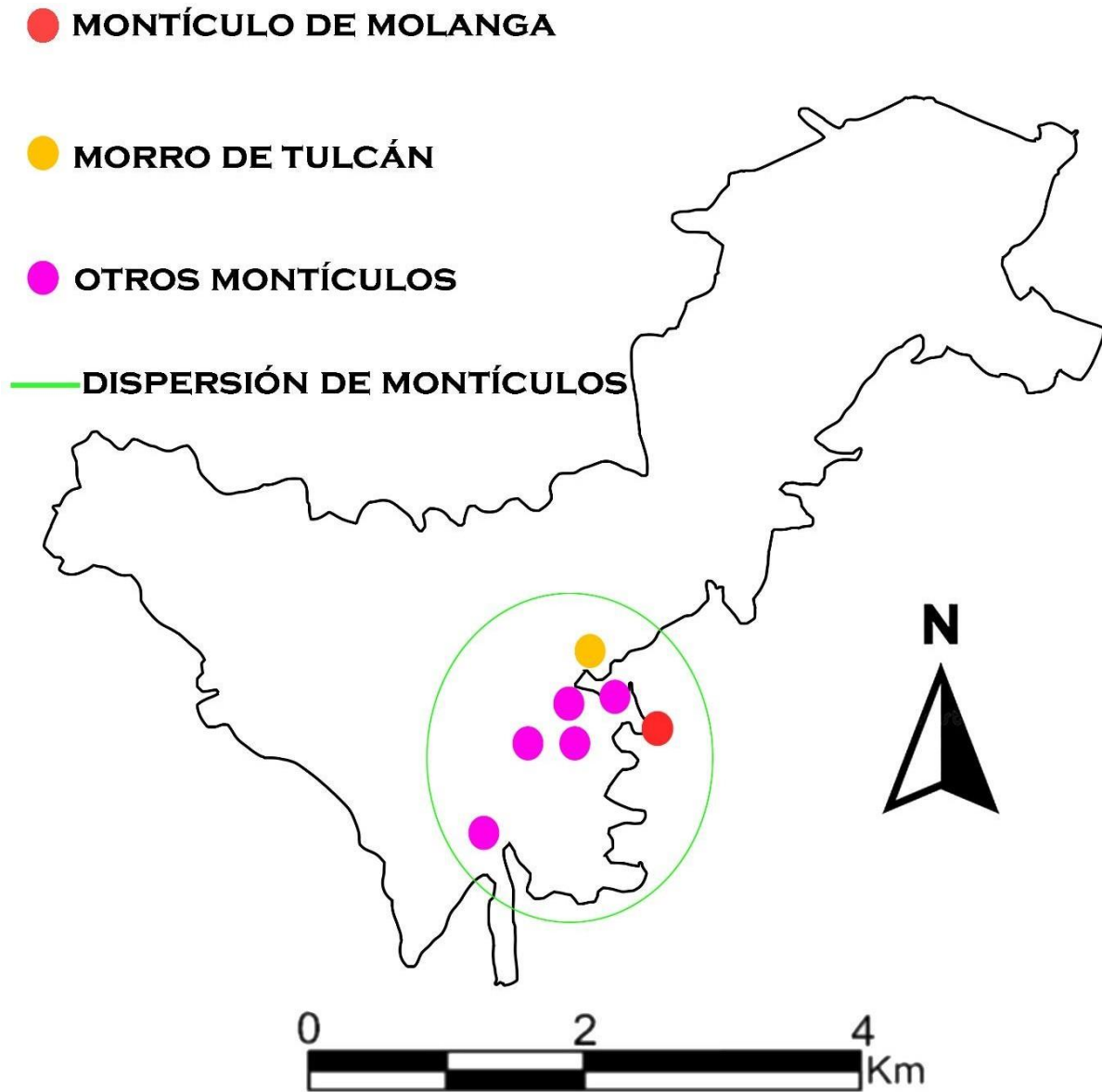
Popayán, ciudad capital del departamento, limita al oriente con los municipios de Totoró, Puracé y el departamento del Huila; al occidente con los municipios de El Tambo y Timbío; al norte con Cajibío y Totoró y al sur con los municipios de Sotaró y Puracé.

El relieve dominante del Valle de Pubenza donde se ubica Popayán, debido a su proximidad con la cadena volcánica de Los Coconucos, está conformado por lomas y colinas de pendientes que van desde ligeramente inclinadas a fuertemente inclinadas, donde los procesos erosiónales han originado un complejo de colinas con cimas agudas y sub-redondeadas convirtiendo a Molanga y en general a todo el valle de Pubenza en una zona óptima para el desarrollo de sociedades agro-alfareras (Llanos, 1981).



-  MUNICIPIO DE POPAYÁN
-  CASCO URBANO

Mapa 4: Ubicación de Popayán. Autoría personal.



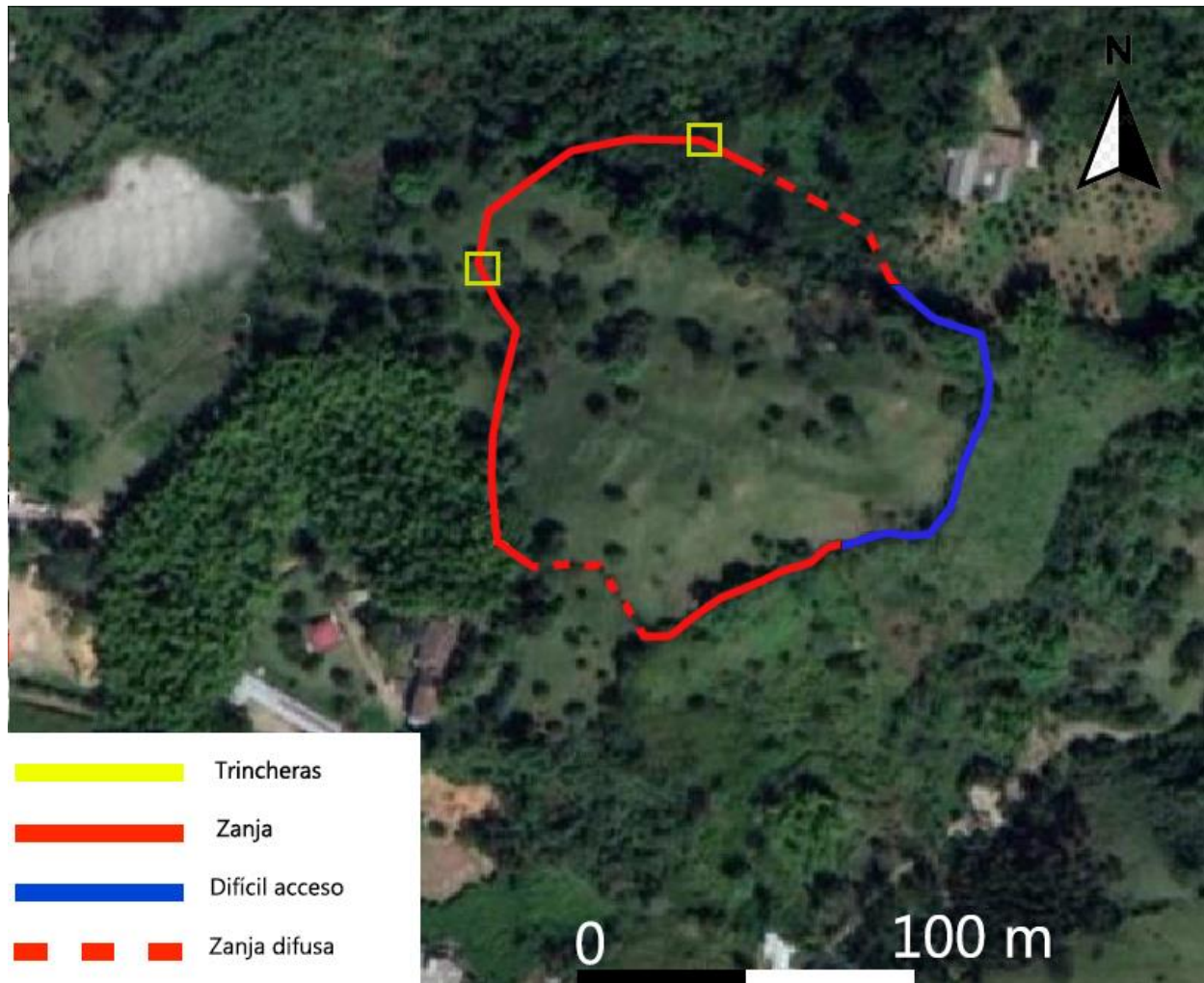
Mapa 5: Ubicación de las colinas de Molanga y Morro de Tulcán (Fuente: Mateo Díaz, 2019).

El montículo de Molanga se ubica a 1 kilómetro de distancia al sur oriente del Morro de Tulcán (Mapa 2). No obstante, este se encuentra más cubierto de vegetación por lo que a simple vista se confunde con una montaña más. Al norte de Molanga, se eleva el cerro de la M o de Las Tres Cruces, hacia el sur, desde su cima se alcanzan a divisar otros montículos, aterrazamientos y tambos ubicados en las montañas circundantes y parte de la zona urbana que se ha extendido hasta

estos sitios. Al occidente de Molanga, se encuentra la ciudad de Popayán y al oriente empieza a elevarse el flanco occidental de la cordillera Central (Díaz, 2019). La geomorfología del lugar presenta adecuaciones antrópicas en el costado este de su cima, formando un montículo irregular con pendientes leves y moderadas de aristas redondeadas (similar a El Morro de Tulcán), las caras de mayor área son las que señalan hacia el Oriente y al Occidente. Hacia el Noreste, al finalizar la inclinación de cada una de estas caras, el sitio toma contacto con el resto de las formaciones montañosas que conforman la cordillera Central colombiana.



Fotografía 1: Flanco occidental de Molanga, Cortesía de Mateo Díaz.



Mapa 6: Ubicación de la zanja de Molanga y los puntos donde se realizarán las trincheras. Autoría personal.

El área de la base del montículo oscila aproximadamente entre 4,5 a 5 hectáreas y su altura máxima desde el suelo plano del Valle de Pubenza es de 53 metros (Díaz 2019). El sitio además cuenta con aterrazamientos escalonados, que junto a su topografía microondulada y su altura hacen de Molanga un lugar privilegiado para la observación y/o vigilancia de parte del valle. Según el mapa topográfico realizado en el trabajo de Díaz, se puede inferir que el acceso al montículo se encuentra en la cara norte y, a la vez, se conecta con el cerro de Las Tres Cruces. Un camino rodea el montículo hasta salir a la cara este y se bifurca y pasa por las terrazas principales de la cara este y la cima. La zanja se ubica en la periferia de la base del montículo y posee unas medidas

aproximadas de 2 m de profundidad por 4 a 3 metros de ancho (estas medidas varían a lo largo de la zanja). Su extensión forma un transepto de aproximadamente de 230 metros. Con el fin de establecer la función de la zanja circundante del sitio se proyectó la realización de dos excavaciones en forma de trinchera. Las dos excavaciones se realizaron en el flanco noroccidental en las siguientes coordenadas planas: Trinchera 1 (o T1 de ahora en adelante) E269242.56-N322578.03 y Trinchera 2 (o T2 de ahora en adelante) E362289.08-N322582.63.



Fotografía 2: Zanja en el sector noroccidental de Molanga. Autoría personal.

El sector noroccidental donde se realizó la T1 corresponde al predio del Señor Roberto Paz. Esta zona presenta una alta vegetación en donde se puede apreciar la proliferación de un bosque secundario conformado por arbustos, árboles de tamaño regular y gran cantidad de guadua (*Guadua angustifolia*), albergando variados ecosistemas. Además, la zanja que en este sector se

extiende de occidente a oriente se sitúa en un terreno cenagoso, por lo que el grado de humedad es alto. Al parecer tiempo atrás esta zona del montículo pudo haber sufrido algún tipo de poda o mantenimiento antrópico.



Fotografía 3: Terreno cenagoso junto al costado de la zanja en el sector noroccidental. Autoría personal.

La T2 se ubicó en el flanco occidental del montículo el cual se hace parte de la finca Las Lomitas, propiedad del señor Jorge Martínez. Esta finca está destinada al cuidado y entrenamiento de equinos, por lo que se encuentra totalmente cubierta de césped de unos 8 cm de alto, junto a algunos árboles frutales que demarcan parte de la zanja. Esto permite una óptima visión de la zanja que se encuentra orientada de sur a norte en este flanco del montículo.



Fotografía 4: Zanja en el sector occidental de Molanga. Autoría personal.

Es importante señalar que en la investigación que se hizo en el Archivo Histórico de Popayán no se encontraron documentos históricos de que la zanja haya funcionado en algún momento como delimitación de linderos o como barrera para ganado, por el contrario, según los testimonios del Señor Jorge Martínez, propietario del terreno y vecinos aledaños, señalan la existencia de la zanja desde mucho antes de su llegada (principios del siglo XX), aunque es posible que dicha estructura pudo ser reutilizada en tiempos prehispánicos y/o modernos para diferentes objetivos.

Estratigrafía

Aunque el nivel de limo y humedad donde se realizó la T1 aumente debido al terreno descrito anteriormente, los comportamientos pedológicos de las áreas intervenidas como era de esperarse presentan casi que las mismas características físicas de la estratigrafía registrada por Díaz en su prospección (2020). Sin embargo, la estratigrafía en la T2 presentó anomalías pedológicas,

resultado de perturbación antrópica. A continuación, se describen los suelos encontrados en la excavación de las dos trincheras.

Estrato 1: capa húmica, es un suelo limo arcilloso de color café oscuro (10YR 3/3 dark brown. Color tomado de la Munsell Soil Color Charts). De consistencia media con un espesor variable entre 60 a 70 cm de profundidad, con un promedio de 50 cm de espesor, el suelo se encuentra perturbado biológicamente por insectos como gusanos, lombrices y presenta una alta actividad radicular a causa de la presencia césped natural y árboles. En este estrato se localiza la mayoría del material arqueológico.

Estrato 2: Un estrato arcilloso limoso de color amarillo marrón (10YR 6/8 brownish yellow. Color tomado de la Munsell Soil Color Charts). De consistencia entre media y firme. Aunque su compactibilidad aumentó en cada nivel. En este horizonte no se registró materia cultural.

Nota: La excavación desarrollada en la T2 arrojó la misma estratigrafía descrita para la T1, no obstante, la capa natural actual presenta un espesor no mayor a 20 cm, luego de este estrato se encuentra depositado un suelo conformado, al parecer, por la capa húmica existente en la época que se construyó la zanja (paleosuelo) y el suelo estéril (E2), por lo que este suelo presenta un color pardo claro con intrusiones ferruginosas y oscuras.

CAPÍTULO 3. TRABAJO DE CAMPO

En la propuesta de investigación seleccioné tres áreas de excavación sobre las caras norte, sur y oeste de Molanga. Esta selección se realizó teniendo en cuenta las diferencias de accesibilidad al sitio. Por esta razón se descartó hacer una intervención en la cara oriental del montículo, considerando que en caso de un eventual asedio los ataques provendrían del costado noroccidental y suroccidental, puesto que el grado de inclinación es mucho menor. Si en efecto el montículo contó en algún período prehispánico con un sistema defensivo, era más propicio de encontrar remanentes de dicha fortificación en alguna de estos flancos.

Sin embargo, de las tres trincheras convenidas para la fase de excavación, solo se realizó la trinchera uno (T1) y dos (T2) por dos razones:

1) Porque la información arqueológica (forma del perfil de la zanja en V/U y huellas de postes de la estructura) obtenida en las dos intervenciones fue suficiente para responder las dos preguntas formuladas en el proyecto.

2) Porque el presupuesto y tiempo que se tenía contemplado para la realización de la T3 fue utilizado para la ampliación de la T2.

A continuación, se describe la metodología de la excavación, como se ilustrará en la Figura 13, se ubicaron tres unidades de excavación en línea recta sobre el límite interno de la zanja y los tres restantes (E5, E6, E7) atravesaron la zanja desde el cuadrante E4 hasta la margen externa de la misma, dando como resultado una trinchera de 6m² para la T1 y de 7m² en el caso de la T2, debido que la longitud de la zanja en esta parte del montículo fue de 4 m.

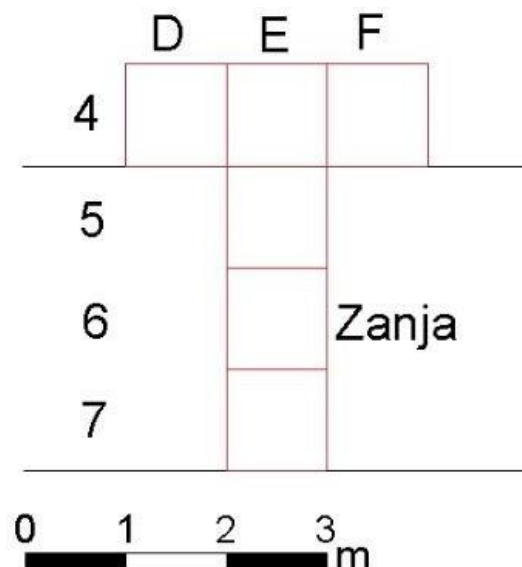


Ilustración 1: Forma y diseño de las trincheras. Autoría personal.

La excavación de las trincheras se realizó siguiendo la estratigrafía natural. Se excavó cada estrato natural por niveles de 10 cm para tener un mejor registro y control del material encontrado. Todos los materiales (cerámica y lítico) fueron almacenados en bolsas plásticas de acuerdo con su procedencia y en aluminio cuando se trató de material orgánico (posible hueso y carbón vegetal), dicho material puede suministrar datos importantes para la investigación y/o también para futuros proyectos arqueológicos. Por último, los rasgos del perfil de la zanja y las huellas de poste fueron registrados con fotografías y dibujos a escala (1:10). La T1 que se ubicó en el costado norte constó de 19 niveles (190 cm). La T2 ubicada en la cara occidental constó de siete metros cuadrados y no de seis como se había planificado en un principio. Esto y teniendo en cuenta que durante las excavaciones se hallaron huellas de poste que podían corresponder al remanente de una empalizada, decidí hacer una ampliación en el sector oriental de la trinchera con el fin de conocer mejor sus características y dimensiones, dando como resultado una trinchera de 10 metros cuadrados; 220 cm de profundidad (22 niveles) en la parte interna de la zanja y 90 cm (8 niveles)

en el rasgo de la empalizada (huellas de poste). Luego de la excavación total de las trincheras, se procedió a realizar los dibujos de perfil, necesario para tener una descripción minuciosa de la estratigrafía del lugar. Por último, se realizó el dibujo de planta con el cual se obtuvo el registro de la espacialidad y dimensiones de las huellas de poste. Para lograr tomar las medidas del dibujo de perfil en la T2, fue necesario retirar una franja del suelo estéril atravesando los dos costados situados junto al rasgo (V) interno de la zanja. La investigación transcultural y comparativa de Keeley y compañía (año) sobre la forma de las zanjas (V/U) y estructuras defensivas fue vital en el reconocimiento geométrico y formal en la excavación de la zanja de Molanga.

“V” Section (*Fossa Fastigata*)

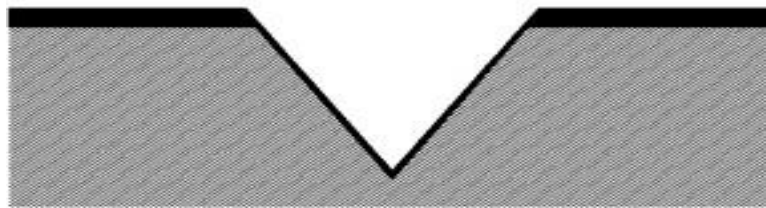


Ilustración 2: Diseño de Zanjas en V para uso defensivo (Fuente: Keeley et al 2007).

“U” Section (Semi-circular)



Ilustración 3: Diseño de Zanjas en U para uso defensivo (Fuente: Keeley et al 2007).

Excavación de la T1

En el siguiente apartado describo las actividades de excavación de la T1 desde el descapote hasta alcanzar el estrato estéril culturalmente, mostrando las características del sitio por cada uno de los niveles artificiales.

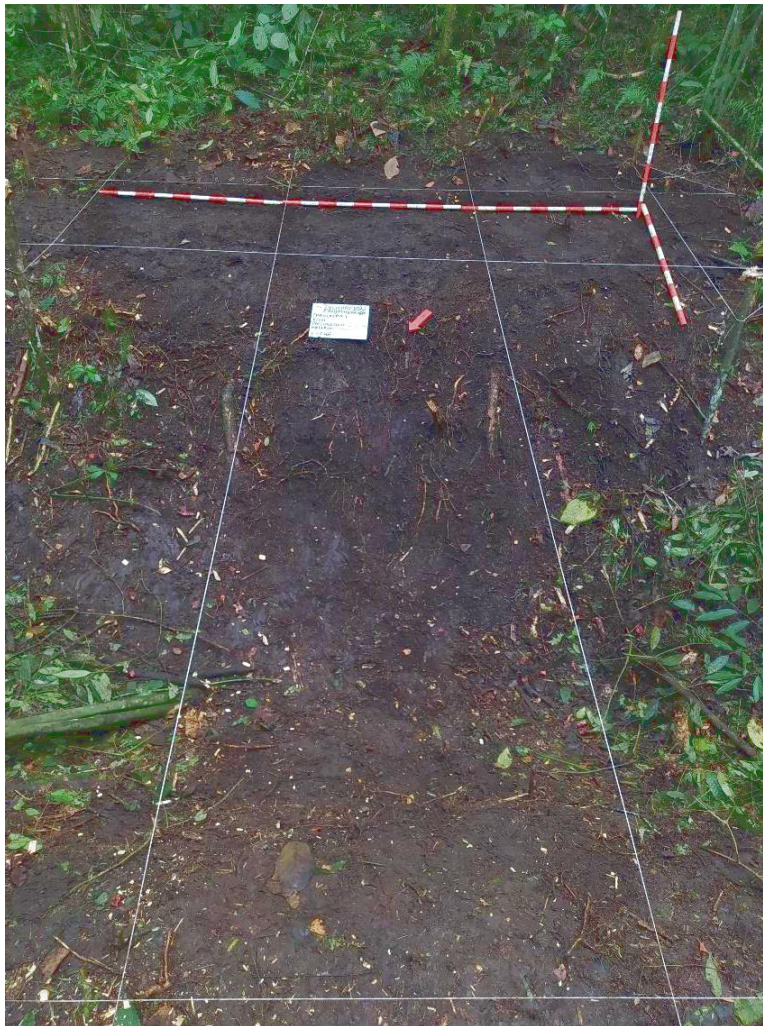
La primera labor en la fase excavación, fue limpiar y descapotar el terreno que se iba a intervenir para la limitación de la trinchera y los cuadrantes de esta. Para lo último, se utilizó un decámetro, para tomar las medidas, así como estacas, clavos (3 pulgadas) y piola blanca. Se montó la cuadrícula orientada hacia el sur (ya que la zanja en esta parte del montículo se extiende de oeste a este) y se designaron los cuadrantes con letras D, E y F para el eje X y los números 4, 5, 6, 7 para el eje Y, como se puede apreciar en las siguientes fotografías.



Fotografía 5: limpieza del sitio. Autoría personal.

Nivel 1 (0-10 cm)

El punto datum de control para iniciar la excavación se situó en la esquina superior izquierda del cuadrante F4. Este nivel corresponde a los primeros 10 cm de la capa húmica. En el cuadrante D4 se registró dos micro fragmentos de cerámica y una correílla de cuero para montura de equino. El comportamiento pedológico de este suelo presenta una textura limo arcillosa, de estructura granular, muy friable y medianamente húmedo. Naturalmente se evidencia una alta actividad radicular ya que la excavación se ubica en un bosque secundario, por lo que el nivel de bioperturbación también es alto.



Fotografía 6: Nivel 1, trinchera 1. Autoría personal.

Nivel 2 (10-20 cm)

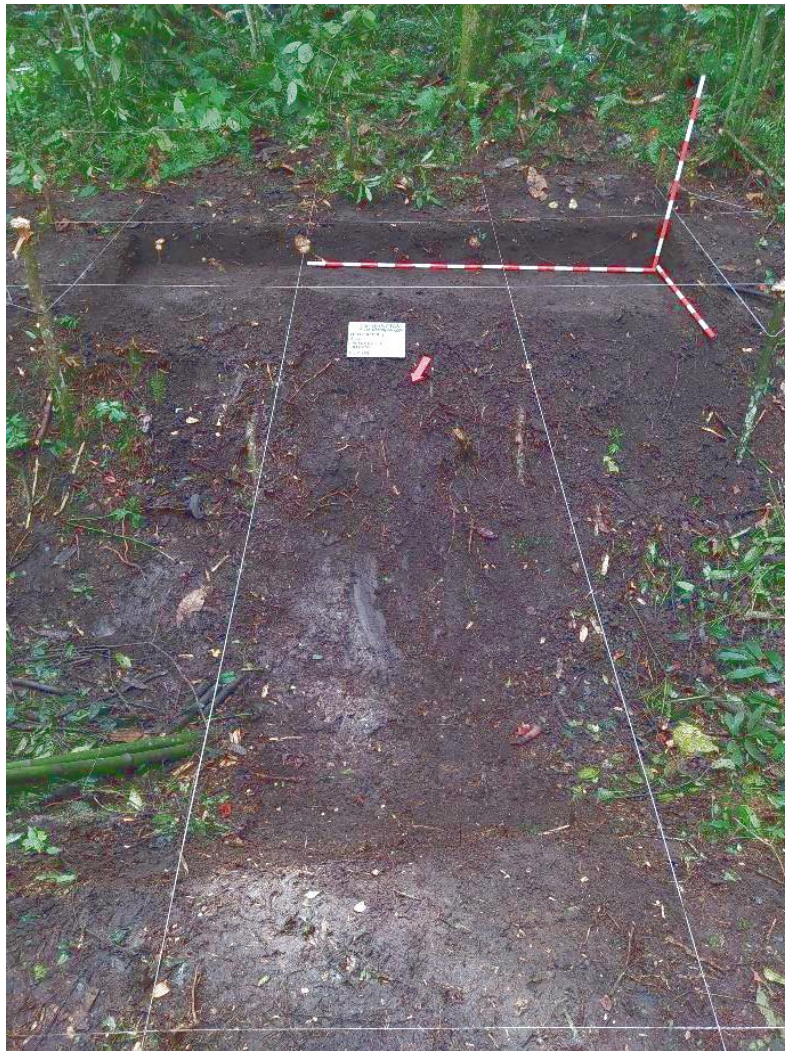
Se identificaron cuatro fragmentos líticos en el cuadrante F4, según parece trasladados al sitio o depositados por arrastre. Las características angulares de sus caras indican ser el resultado de residuos de talla. El comportamiento del suelo se mantiene.



Fotografía 7: Nivel 2, trinchera 1. Autoría personal.

Nivel 3 (20-30 cm)

En este nivel se registró seis fragmentos de cerámica en los cuadrantes D4 (2) y E4 (4), como también una posible lasca pequeña de primer orden⁶ en el cuadrante F4. Las características físicas del suelo se mantienen.



Fotografía 8: Nivel 3, trinchera 1. Autoría personal.

⁶ Lascas primarias o de primer orden: Son las que se obtuvieron directamente de un núcleo, nódulo o guijarro; presentan restos de corteza a lo largo de su cara dorsal (Peytrequín y Villalobos, 2011).

Nivel 4 (30-40 cm)

Se registraron 22 fragmentos de cerámica dispersos en los cuadrantes D4 (6), E4 (7) (y F4 (9), de los cuales sobresalen dos bordes. Uno presenta decoración incisa y punteada. También se recolectaron cinco lascas líticas en los cuadrantes F4 (1) y D4 (4), uno de ellos corresponde a un desecho de obsidiana. En este nivel la bioperturbación aumenta y la actividad radicular se mantiene.



Fotografía 9: Nivel 4, trinchera 1. Autoría personal.

Nivel 5 (40-50 cm)

Este nivel arrojó 27 fragmentos de cerámica, registrados en los cuadrantes D4 (3), E4 (6) y F4 (8) de los que sobresalen 2 bordes. De igual forma, se recolectó dos artefactos líticos en el cuadrante F4 y uno en el cuadrante E4. Posiblemente raspadores o lascas de primer orden, aunque también puede ser el resultado de residuos de talla. El comportamiento del suelo se mantiene, solo la compactación aumenta un poco.



Fotografía 10: Nivel 5, trinchera 1. Autoría personal.

Nivel 6 (50-60 cm)

La excavación de este nivel arrojó 14 fragmentos de cerámica distribuidos en los cuadrantes D4 (4), E4 (2), F4 (8) y E5 (2). Asimismo, se registraron en el cuadrante E4 y E5 dos lascas de primer orden (lascado primario) o el resultado de desecho de talla. En este nivel la coloración del suelo presenta betas ferruginosas, indicando la transición al segundo estrato. El nivel de compactibilidad aumenta y la actividad radicular disminuye.



Fotografía 11: Nivel 6, trinchera I. Autoría personal.

Nivel 7 (60-70 cm)

Se registraron dos fragmentos de cerámica en el cuadrante D4, dos en la unidad F4 y tres en la unidad E7. Es importante señalar que en este nivel se inició la excavación del costado externo de la zanja, donde se ubica el cuadrante E7. La estratigrafía en este nivel empieza a cambiar, es evidente la transición difusa del estrato 1 al 2 en el cuadrante F4 y parte del cuadrante E4.



Fotografía 12: Nivel 7, trinchera 1. Autoría personal.

Nivel 8 (70-80 cm)

Se registraron tres fragmentos de cerámica en el cuadrante F4, dos fragmentos en el cuadrante E5 y dos fragmentos en el cuadrante E7. De la misma manera se recolectó un residuo de talla en la unidad D4 y una lasca de primer orden o raspador en el cuadrante F4. En este nivel la transición de la capa húmica al estrato dos se registra en los cuadrantes D4, E4 Y F4.



Fotografía 13: Nivel 8, trinchera 1. Autoría personal.

Nivel 9 (80-90 cm)

En este nivel se registraron tres fragmentos de cerámica amorfa o arcilla cocida en la unidad E7 junto a tres desechos de talla. En la unidad E5 se recolectó una posible lasca de primer orden. EL estrato dos en este nivel se hace mucho más notorio en todos los cuadrantes intervenidos.



Fotografía 14: Nivel 9, trinchera 1. Autoría personal.

Nivel 10 (90-100 cm)

Se encontró lasca primaria o raspador junto a otro fragmento de arcilla cocida en el cuadrante E4, también se recolectó un micro fragmento de cerámica altamente erosionado en el cuadrante E7. La estratigrafía se mantiene conforme al nivel anterior. La actividad radicular disminuye y la compactación aumenta.



Fotografía 15: Nivel 10, trinchera 1. Autoría personal.

Nivel 11 (100-110 cm)

En este nivel no se registró material cultural. Importante mencionar que a esta profundidad de la excavación el suelo estéril no presenta alguna anomalía que pudiese sugerir la existencia de rasgos antrópicos o huellas de postes. La compactación de este estrato aumenta, su textura es arcillosa de coloración café amarillenta.



Fotografía 16: Nivel 11, trinchera 1. Autoría personal.

Nivel 12 (110-120 cm)

No se identificó material cultural. El comportamiento del suelo se mantiene. En el cuadrante F4 y D4 sobresalen algunas betas de color pardo oscuro, aunque estas parecen ser el resultado de bioperturbación o de la transición estratigráfica de los dos horizontes.



Fotografía 17: Nivel 12, trinchera 1. Autoría personal.

Nivel 13 (120-130 cm)

En este nivel se registraron seis fragmentos de cerámica en el cuadrante E7. El suelo estéril muestra algunas betas oscuras, aparentemente producto de actividad radicular. El estrato 1 aún se mantiene en los cuadrantes E5, E6 y E7, debido a la pendiente donde fue construida la zanja.



Fotografía 18: Nivel 13, trinchera 1. Autoría personal.

Nivel 14 (130-140 cm)

En este nivel se registró un núcleo y 12 fragmentos de cerámica en el cuadrante E7. Importante anotar que las betas oscuras descritas en los dos niveles anteriores disminuyen en su totalidad en las unidades D4, E4 y F4. Sin embargo, se puede observar 10 posibles rasgos de lo que podrían ser huellas de poste, no obstante, su coloración y forma es difusa para suponer que corresponde a huellas de postes o rasgos antrópicos, por lo cual se decide dejar la excavación hasta este punto en dichos cuadrantes, para concentrarse en los cuadrantes E5, E6 y E7, situados en la parte interna de la zanja; dejando para el final de la excavación la evaluación de estas anomalías.



Fotografía 19: Nivel 14, posibles rasgos trinchera 1. Autoría personal.

Nivel 15 (140-150 cm)

Se continúa con la excavación de las unidades E5, E6 y E7. Este nivel no arrojó material arqueológico. La estratigrafía se mantiene.



Fotografía 20: Nivel 15, trinchera 1. Autoría personal.

Nivel 16 (150-160 cm)

Se continúa con la excavación de las unidades E5, E6 y E7. Se registró un fragmento de cerámica en el cuadrante E6 y dos fragmentos en el cuadrante E7.

Curiosamente la estratigrafía cambia en el cuadrante E7, al parecer parte del suelo estéril extraído para la construcción de la zanja fue depositada en el costado externo que delimita la cavidad de la zanja.



Fotografía 21: Nivel 16, trinchera 1. Autoría personal.

Nivel 17 (160-170 cm)

Se continúa con la excavación de los cuadrantes E5, E6 y E7. No se registró material arqueológico. Desde este nivel se empieza a delimitar el rasgo interno de la zanja desde el cuadrante E6. El comportamiento pedológico del suelo se mantiene. Al terminar de excavar el cuadrante E7 se hizo notorio dos rasgos que por su forma redondeadas podían corresponder a huellas de postes.



Fotografía 22: Nivel 17, trinchera 1. Autoría personal.

Nivel 18 (170-180 cm)

Se continúa con la excavación del rasgo interno de la zanja situado en el cuadrante E6 y E7. En este nivel los dos rasgos identificados en el nivel anterior, por su forma circular parecían corresponder a dos huellas de poste. En el rasgo derecho se recolectaron dos fragmentos de cerámica de tamaño considerable, posiblemente de uso doméstico, pues los fragmentos presentan hollín externo. Aunque de ser así, la posición de estas huellas al costado externo del terraplén no coinciden con el lugar donde comúnmente se ubican los postes en las zanjas defensivas. Aunque las zanjas construidas para riego o recorridos de agua normalmente no suelen estar acompañadas de empalizadas.



Fotografía 23: Nivel 18, trinchera 1. Autoría personal.

Nivel 19 (180-190 cm)

En este nivel se terminó la excavación del rasgo interno de la zanja, su altura es de 50 cm y el rasgo es circular o en forma de U. Las dos huellas tienen un diámetro de 20 cm. Se procedió a excavar los dos rasgos en negativo (dentro de las huellas) con el propósito de conocer la profundidad de estas. La huella del costado izquierdo tuvo una profundidad de 20 cm desde el nivel 19 y la huella del costado izquierdo 30 cm (fotografía 26). El comportamiento del suelo que componen los rasgos presenta una textura limo-arcillosa y estructura granular, medianamente compactas. En la huella del margen derecho se recolectó un fragmento de cerámica y en la segunda se registraron tres fragmentos de cerámica.



Fotografía 24: Nivel 19, trinchera 1. Autoría personal.



Fotografía 25: Huellas de poste, vista de plata. Autoría personal.



Fotografía 26: Vista de perfil de las huellas. Autoría personal.



Fotografía 27: Forma del rasgo interno de la zanja. Autoría personal.

Luego de terminar completamente la excavación de la T1, se procedió a excavar dos ventanas de 40 x 40 cm en el cuadrante de D4 y F4. Con el fin de conocer las posibles huellas o rasgos mencionados en el nivel 14, se excavó 20 cm más y no se encontró alguna anomalía que sugiera la existencia de rasgos o huellas de postes; las betas oscuras correspondían a la transición de los estratos y por actividad biológica. La finalización de la excavación culminó con el dibujo estratigráfico (Ilustración 4) y el dibujo de planta de la trinchera (Ilustración 5).



Fotografía 28: Resultado final de la excavación, trincheras 1. Autoría personal.

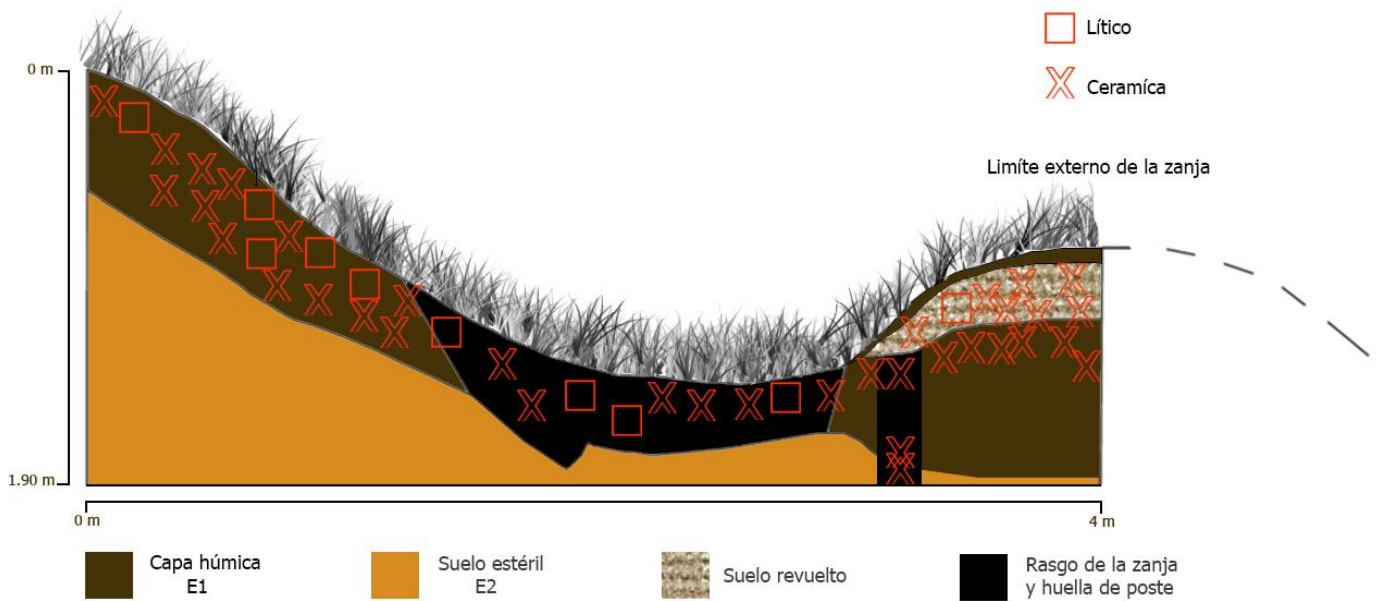


Ilustración 4: Dibujo estratigráfico, perfil occidental, trincheras 1. Autoría personal.

Dibujo de planta

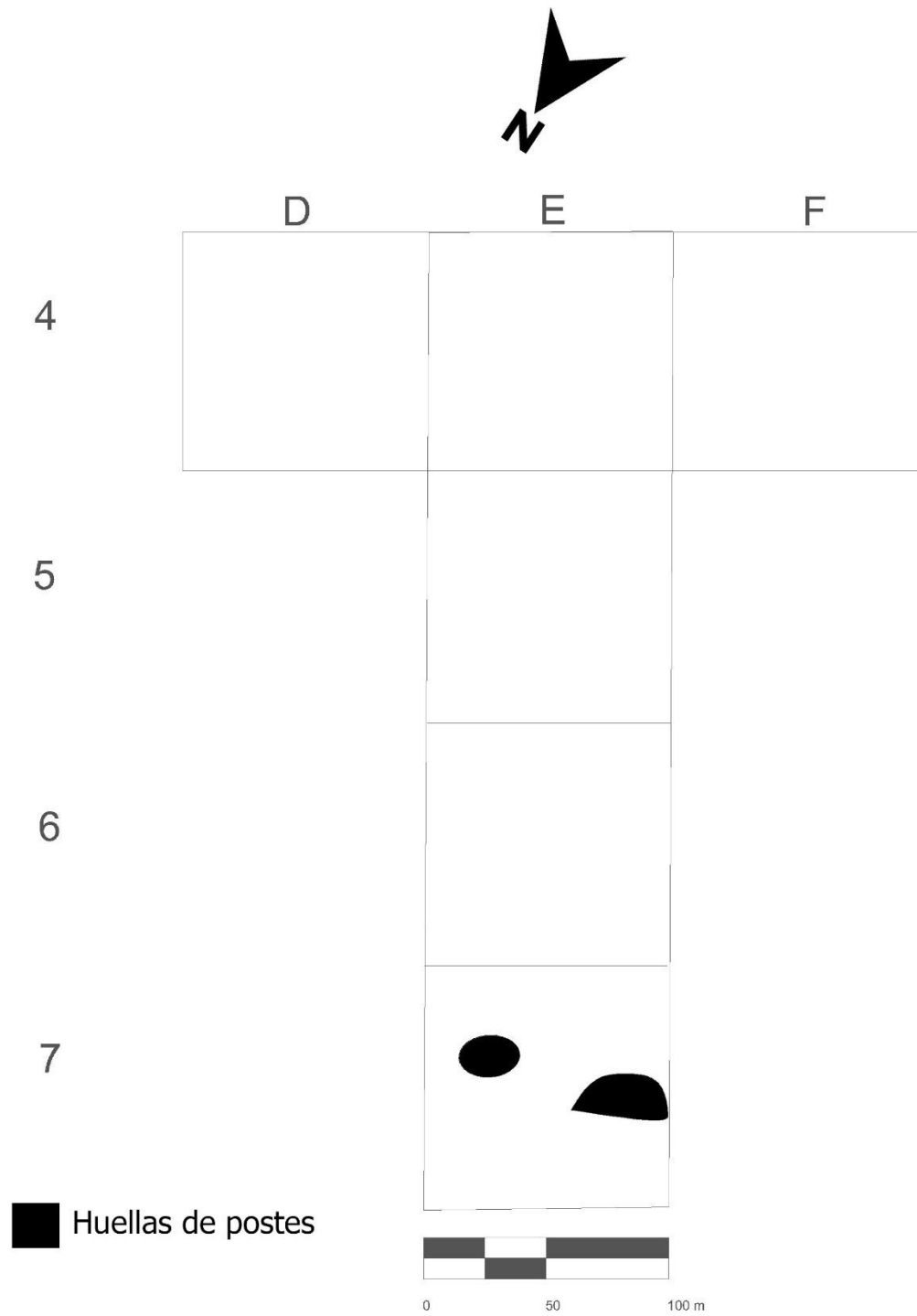


Ilustración 5: Dibujo de planta, Nivel 19, trinchera 1. Autoría personal.

Excavación de la trinchera 2

Las tareas de excavación de la trinchera 2 siguieron los mismos pasos metodológicos de la trinchera 1: limpiar y descapotar el terreno que se iba a intervenir para la limitación de la trinchera y los cuadrantes. Se utilizaron las mismas herramientas mencionadas en la T1 (decámetro, estacas, clavos (3 pulgadas) y piola blanca). Se estableció la cuadrícula orientada hacia el este (ya que la zanja en esta parte del montículo se extiende de Sur a Norte) y se designaron los cuadrantes con letras D, E y F para el eje X y los números 4, 5, 6,7 y 8 para el eje Y.



Fotografía 29: Descapote, trinchera 2. Autoría personal.

Nivel 1 (0-10 cm)

Conforme en la T1, la intervención arqueológica empezó con la excavación de las dos márgenes de la zanja (borde interno y externo), en este caso situando el punto 0 en la esquina izquierda del cuadrante D4. La excavación de este nivel abarcó los cuadrantes D4, E4, F4 y E8, el cuadrante D4 se registró un fragmento de cerámica (cuerpo). Es importante anotar que, desde el principio, el suelo (capa húmica) presentó betas amarillas, con alta densidad de cuarzo natural, cristalino y una raíz de gran tamaño en el cuadrante F4.



Fotografía 30: Nivel 1, trinchera 2. Autoría personal.

Nivel 2 (10-20 cm)

En este nivel se continuó con la excavación de los cuadrantes D4, E4, F4 y E8 y se registró un micro fragmento de cerámica (cuerpo) en el cuadrante E4. El Comportamiento del suelo en este nivel se mantuvo conforme al anterior. La densidad del cuarzo natural aumenta.



Fotografía 31: Nivel 2, trinchera 2. Autoría personal.

Nivel 3 (20-30 cm)

Se continuó con la excavación de los cuadrantes D4, E4, F4 y E8. Se registró dos micro fragmentos de cerámica (cuerpo) en el cuadrante D4. El Comportamiento del suelo en este nivel se mantiene y la densidad del cuarzo disminuye.



Fotografía 32: Nivel 3, trinchera 2. Autoría personal.

Nivel 4 (30-40 cm)

Se da continuidad a la excavación de los cuadrantes D4, E4, F4 y E8 y se inició parte del cuadrante E5. Se registraron dos fragmentos de cerámica (cuerpo y borde) y ocho cuarzos lechosos (desechos) de tamaño pequeño en el cuadrante D4. La coloración del suelo en este nivel empieza a cambiar a un color pardo amarillento, indicando la transición estratigráfica de horizontes (1-2)



Fotografía 33: Nivel 4; trinchera 2. Autoría personal.

Nivel 5 (40-50 cm)

En este nivel se registró siete artefactos líticos (cuarzo lechoso) dispersos en el cuadrante D4 y F4, de los que sobre sale un núcleo. Este horizonte además mostró las primeras anomalías pedológicas, dado que la compactación del suelo varía en algunos lugares y se distingue betas oscuras y ferruginosas. Lo más importante de este nivel fue la evidencia de las primeras huellas de poste, una en la esquina superior izquierda del cuadrante D4 y la segunda junto al perfil norte del cuadrante E4. Se continuó con la excavación de los cuadrantes D4, E4, F4, E8 y E5



Fotografía 34: Nivel 5, trinchera 2. Autoría personal.

Nivel 6 (50-60 cm)

Debido que en el nivel anterior se identificaron dos posibles huellas de poste, el nivel seis se excavó de tal forma que se rodeara las huellas con el propósito de conocer las dimensiones de estas, sin embargo, el límite de estas luego de terminar el nivel era difuso. La excavación de este nivel no arrojó material cultural, pero si evidenció la anomalía estratigráfica (suelo revuelto) en todos los cuadrantes de la excavación. Importante destacar que en el cuadrante E4 junto a la huella de poste, sobresalía una mancha de color amarillo grisáceo de tamaño considerable y en el cuadrante E8 al parecer se empezaba a marcar un posible rasgo.



Fotografía 35: Nivel 6, trinchera 2. Autoría personal.

Nivel 7 (60-70 cm)

Al llegar al nivel siete se identifican otras dos anomalías que a simple vista parecían ser huellas de poste, aunque su límite era igual de difuso a las dos anteriores. Es importante resaltar que se recolectó un micro-fragmento y un fragmento de cerámica (cuerpo) sobre las anomalías ubicadas en el cuadrante E4 y otro fragmento de cerámica (cuerpo) en la unidad E5. En este punto de la excavación, discutía dos posibles hipótesis para explicar la anomalía estratigráfica; la primera, era que estas anomalías se debía al resultado de la bioperturbación causada por un animal o las raíces de los árboles situados unos metros más arriba; la segunda consideraba que era el resultado de tierra puesta en forma de adobes para la construcción del terraplén; ya que las características físicas (coloración, textura) de este suelo se asemejaba a los adobes excavados por Díaz (2019) en la cima del montículo. Por lo anterior se decidió dejar para el final la ampliación del costado oriental de la trinchera (con el fin de identificar el límite de la anomalía y descartar o confirmar la existencia de una empalizada, o adobes escalonados) y concentrarse en los cuadrantes restantes de la T2 (E5, E6, E7, E8) que arrojaría información importante sobre la forma del perfil de la zanja.



Fotografía 36: Nivel 7, anomalía estratigráfica y huellas de poste. Autoría personal.

Nivel 8 (70-80 cm)

Este nivel abarcó los cuadrantes E5 y E8 y no se registró material arqueológico. La excavación del cuadrante E5 sugiere que el suelo con anomalías estratigráficas fue depositado de forma escalonada. Pues al llegar a los 80 cm, sobresale un suelo estéril de color anaranjado con alta densidad de cuarzo lechoso y un alto grado de plasticidad. El posible rasgo en el cuadrante E8 que se había mencionado en el nivel seis se descartó dado que solo era el resultado de humedad.



Fotografía 37: Nivel 8, trinchera 2. Autoría personal.

Nivel 9 (80-90 cm)

Se excavaron los cuadrantes E5 y E8, de los cuales ninguno arrojó material arqueológico. El comportamiento del suelo en los cuadrantes se mantiene.



Fotografía 38: Nivel 9, trinchera 2. Autoría personal.

Nivel 10 (90-100 cm)

En este nivel se excavaron los cuadrantes, E5, E8 y parte del cuadrante E7. No se registró material arqueológico. No hay cambios en las características de los suelos.



Fotografía 39: Nivel 10, trinchera 2. Autoría personal.

Nivel 11 (100-110 cm)

Se continuó con la excavación de los cuadrantes E5, E7 y E8. No se registró material cultural.

Las características fisiológicas de la estratigrafía se mantienen.



Fotografía 40: Nivel 11, trinchera 2. Autoría personal.

Nivel 12 (110-120)

Al llegar al nivel 12 se excavó la totalidad de los cuadrantes (E5, E6, E7, E8) que formaban la línea vertical que atraviesa la zanja, alcanzando un rasgo en la parte interna de la misma, producto de la acumulación de sedimentos. No se registró material arqueológico.



Fotografía 41: Nivel 12, trinchera 2. Autoría personal.

Nivel 13 (120-130 cm)

En este nivel, se inició la excavación del rasgo. Ya que el propósito de la intervención en esta zona de la trinchera era conocer la forma original de la zanja en el momento de su construcción. Por lo anterior, se decidió, excavar solo el rasgo comprendido en los cuadrantes E6 y E7, debido a que los cuadrantes E5 y E8 se ubican sobre el suelo estéril. Se registraron 3 fragmentos amorfos de arcilla cocida en el cuadrante E7



Fotografía 42: Nivel 13, trinchera 2. Autoría personal.

Nivel 14 (130-140 cm)

Se continúa con la excavación del rasgo interno. En este nivel se encontró un fragmento de cerámica (influencia indígena) en el cuadrante E6 y un fragmento de cerámica vidriada (borde) en el cuadrante E7. También se observan algunos residuos de arcilla cocida. Es importante anotar que el material encontrado en los primeros niveles del rasgo puede ser el resultado de sedimento de arrastre que al pasar el tiempo se fue depositando en la zona interna de la zanja. El material moderno (puntillas, alambre de cerco y residuos de quema) identificado en este nivel parece confirmarlo.



Fotografía 43: Nivel 14, trinchera 2. Autoría personal.

Nivel 15 (140-150 cm)

Para este nivel el comportamiento físico del suelo se mantiene, aunque el tamaño del rasgo empieza a disminuir en cada nivel (140 cm). Se registraron 11 fragmentos de material orgánico (posiblemente hueso) dispersos entre el cuadrante E6 (9) y E7 (2).



Fotografía 44: Nivel 15, trinchera 2. Autoría personal.

Nivel 16 (150-160 cm)

Se continuó con la excavación del rasgo, en este nivel el residuo de quema empieza a disminuir y con ello la coloración del suelo se torna más claro. Se encontró un fragmento de cerámica vidriado (borde) en el cuadrante E7



Fotografía 45: Nivel 16, trinchera 2. Autoría personal.

Nivel 17 (160-170 cm)

A esta profundidad el material arqueológico disminuye al igual que el rasgo. Se registró solo un fragmento de cerámica vidriado (posible borde o cuello)



Fotografía 46: Nivel 16, trinchera 2. Autoría personal.

Nivel 18 (170-180 cm)

En este nivel las características físicas del suelo cambian. El suelo presenta mayor compactación a los niveles anteriores y los residuos de quema disminuyen casi en su totalidad. No se registró material cultural. A esta profundidad, el rasgo abarca la mitad de los dos cuadrantes y no la totalidad de ellos.



Fotografía 47: Nivel 18, trinchera 2. Autoría personal.

Nivel 19 (180-190)

El comportamiento físico del suelo se mantiene y el rasgo disminuye en longitud (80cm). Sin material cultural.



Fotografía 48: Nivel 19, trinchera 2. Autoría personal.

Nivel 20 (190-200 cm)

Las características físicas del suelo se mantienen conforme al nivel anterior. En este nivel la longitud del rasgo disminuye dos centímetros. No se registró material arqueológico.



Fotografía 49: Nivel 20, trinchera 2. Autoría personal.

Nivel 21 (200-210 cm)

Se continúa con la excavación del rasgo. El rasgo se concentra hasta el cuadrante E6 y su longitud disminuye a 50 cm en longitud. No se registró material cultural.



Fotografía 50: Nivel 21, trinchera 2. Autoría personal.

Nivel 22 (210-220 cm)

En este nivel se terminó la excavación del rasgo. La excavación final de este arrojó un perfil en forma de V. No se registró material cultural. Es importante resaltar que en este nivel se recolectó una muestra de carbón. En caso tal de que la procedencia del carbón sea vegetal, servirá para la datación de la zanja.



Fotografía 51: Nivel 22, trinchera 2. Autoría personal.



Fotografía 52: Forma del perfil de la zanja luego de terminar la excavación del rasgo. Autoría personal.

Ampliación trinchera 2

La ampliación se realizó en el sector oriental, continuo a la línea horizontal de la trinchera dos. Esta ampliación comprendió los cuadrantes D3, E3 y F3 (1X3 m) y se realizó con el fin de conocer el límite de la anomalía estratigráfica observada en los cuadrantes D4, E4 y F4, contemplando que estas anomalías puede ser el resultado de tierra puesta para la cimentación del terraplén donde se situaría la empalizada o el resultado de una posible estructura escalonada construida con adobes.

A continuación, se describe la información arqueológica obtenida en la ampliación.

Nivel 1 (0-10 cm)

Este nivel arrojó dos líticos en los cuadrantes F3 (uno) y E3 (uno) y cinco fragmentos de cerámica en los cuadrantes F3 (dos fragmentos) y E3 (tres fragmentos), todos los fragmentos son cuerpo. Este nivel corresponde a la capa húmica y presenta las mismas características pedológicas descritas en la trinchera 2.



Fotografía 53: Nivel 1, ampliación. Autoría personal.

Nivel 2 (10-20 cm)

Las características fisiológicas del suelo se mantienen conforme al nivel anterior. En este nivel se obtuvieron dos micros fragmentos de cerámica altamente erosionados en el cuadrante E3.



Fotografía 54: Nivel 2, ampliación. Autoría personal.

Nivel 3 (20-30 cm)

Se continúa con la excavación. El suelo sigue presentando las mismas características físicas, se encontró dos micro-fragmentos de cerámica en el cuadrante F3 y un artefacto lítico en el cuadrante E3.



Fotografía 55: Nivel 3, ampliación. Autoría personal.

Nivel 4 (30-40 cm)

El comportamiento fisiológico del suelo en este nivel se mantiene y no se registró material cultural. Desde este nivel se empieza a notar la transición estratigráfica del estrato uno (capa húmica) al suelo que presenta las anomalías observadas en el sector oriental de la trinchera 2.



Fotografía 56: Nivel 4, ampliación. Autoría personal.

Nivel 5 (40-50 cm)

En este nivel se puede observar mejor las vetas ferruginosas y cafés oscuras indicando la presencia de dos suelos mezclados. No se presentó material cultural.



Fotografía 57: Nivel 5, ampliación. Autoría personal.

Nivel 6 (50-60 cm)

Al llegar a este nivel se empieza a notar la continuidad de la tierra puesta sobre el estrato estéril. Y en el cuadrante E3 sobresale las primeras huellas de la estructura. Así mismo se puede ver el límite del rasgo en el perfil norte de la anomalía estratigráfica, correspondiente a tierra depositada de forma escalonada. No se registró material cultural.



Fotografía 58: Nivel 6, ampliación. Autoría personal.

Nivel 7 (60-70 cm)

En este nivel la excavación de la ampliación se niveló con los cuadrantes D4, E4 y E5. No se registró material cultural. Las tres anomalías estratigráficas (rasgos) aun no daban pista de qué podrían ser, aunque el rasgo situado en el cuadrante E3 de tonalidad oscura al parecer correspondía a una huella de poste.



Fotografía 59: Nivel 7, ampliación. Autoría personal.

Nivel 8 (70-80 cm)

Luego de bajar el nivel 7 y constatar el límite del horizonte 2 (anomalía estratigráfica) y considerando que no se registró material arqueológico desde el nivel tres, sumado al mal tiempo; se decidió bajar 20 cm del rasgo con el propósito de llegar hasta el suelo estéril y descartar o confirmar la existencia de huellas de poste. En efecto, al llegar a los 90 cm, se empezaron a marcar rasgos de color café oscuro con un diámetro de entre 4 y 12 cm. Seguidamente y con mucho cuidado se procedió a excavar (10 cm) las huellas en positivo (alrededor de ellas) con el propósito de seguir identificado más huellas. Lamentablemente, y debido al alto grado de humedad y la fragilidad de las huellas, se decidió dejar hasta ese punto la excavación. En total, se logró identificar 77 rasgos de huellas de poste. El perfil norte de la ampliación donde se ubica el cuadrante D3 se puede observar claramente el rasgo de la tierra depositada (anomalía) para la cimentación de los postes.



Fotografía 60: limpieza y excavación de las huellas de poste, ampliación, nivel 8. Foto: Roberth Males.



Fotografía 61: segundo día de la limpieza y excavación de las huellas. Foto: Roberth Males.



Fotografía 62: Perfil norte de la T2 y ampliación. Autoría personal

Nota: en la excavación que se hizo sobre el rasgo donde se encontraron las huellas se identificó material orgánico en el cuadrante E3. Inicialmente se decidió excavarlo en positivo para conocer si se traba de restos faunísticos, humanos o raíces; sin embargo y debido al mal estado del tiempo y contemplado que dicha estructura podría tener amplias dimensiones lo cual implicaría un gasto de tiempo considerable que no se disponía, se decidió recolectar una muestra para su estudio pertinente en laboratorio y se volvió a tapar.



Fotografía 63: Hallazgo del material orgánico. Autoría personal.



Fotografía 64: Primer plano del hallazgo orgánico. Autoría personal.



Fotografía 65: Nivel 8, ampliación. Autoría personal (Huellas de poste).



Fotografía 66: Resultado final de la excavación en la parte interna de la zanja.

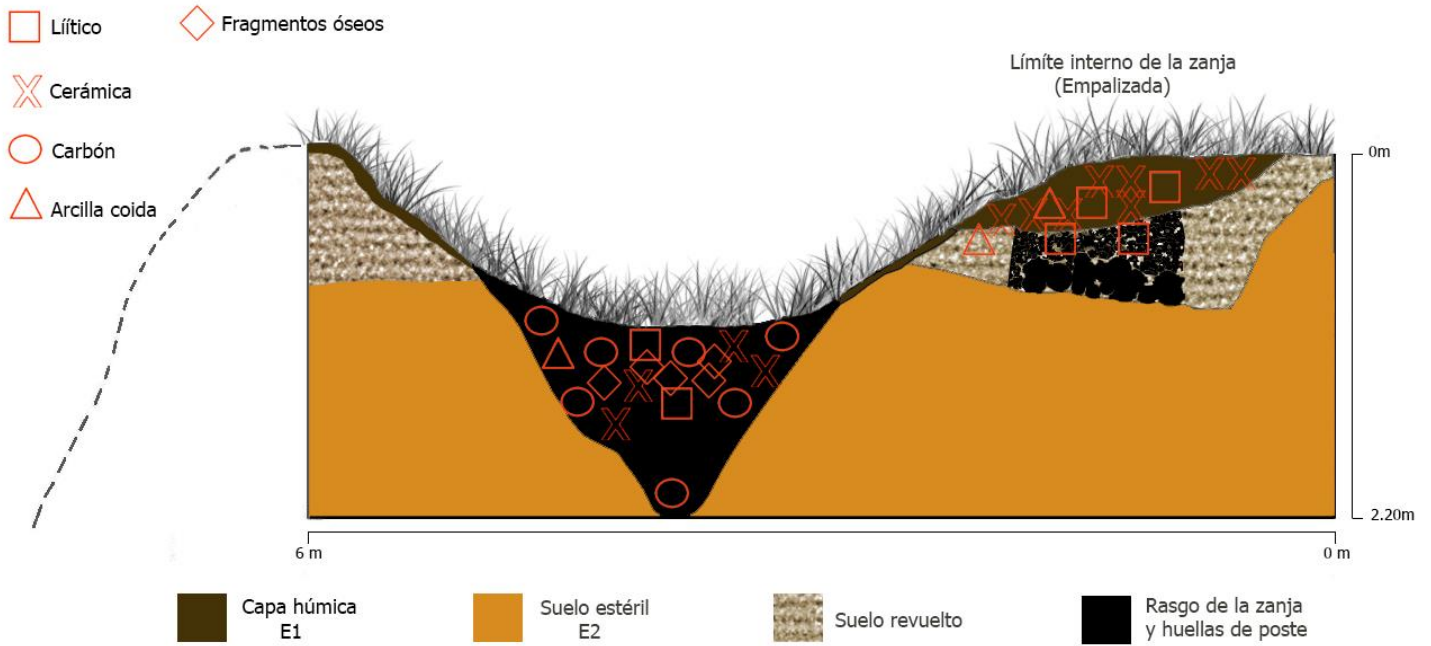


Ilustración 6: Dibujo estratigráfico, perfil sur, trinchera 2. Autoría personal

Dibujo de planta

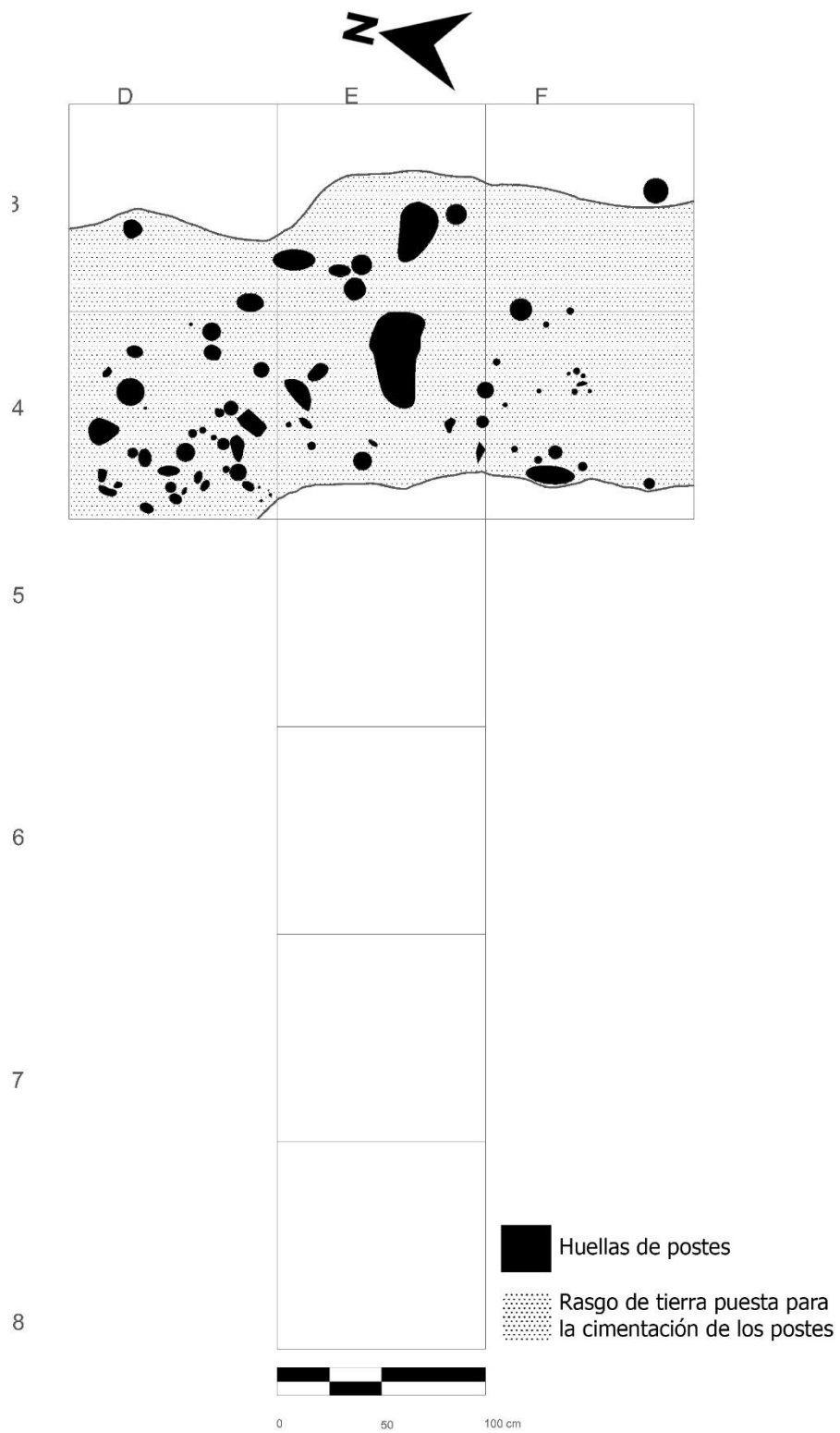


Ilustración 7: Dibujo de planta, Nivel 22, trinchera 2. Autoría personal.

Ampliación

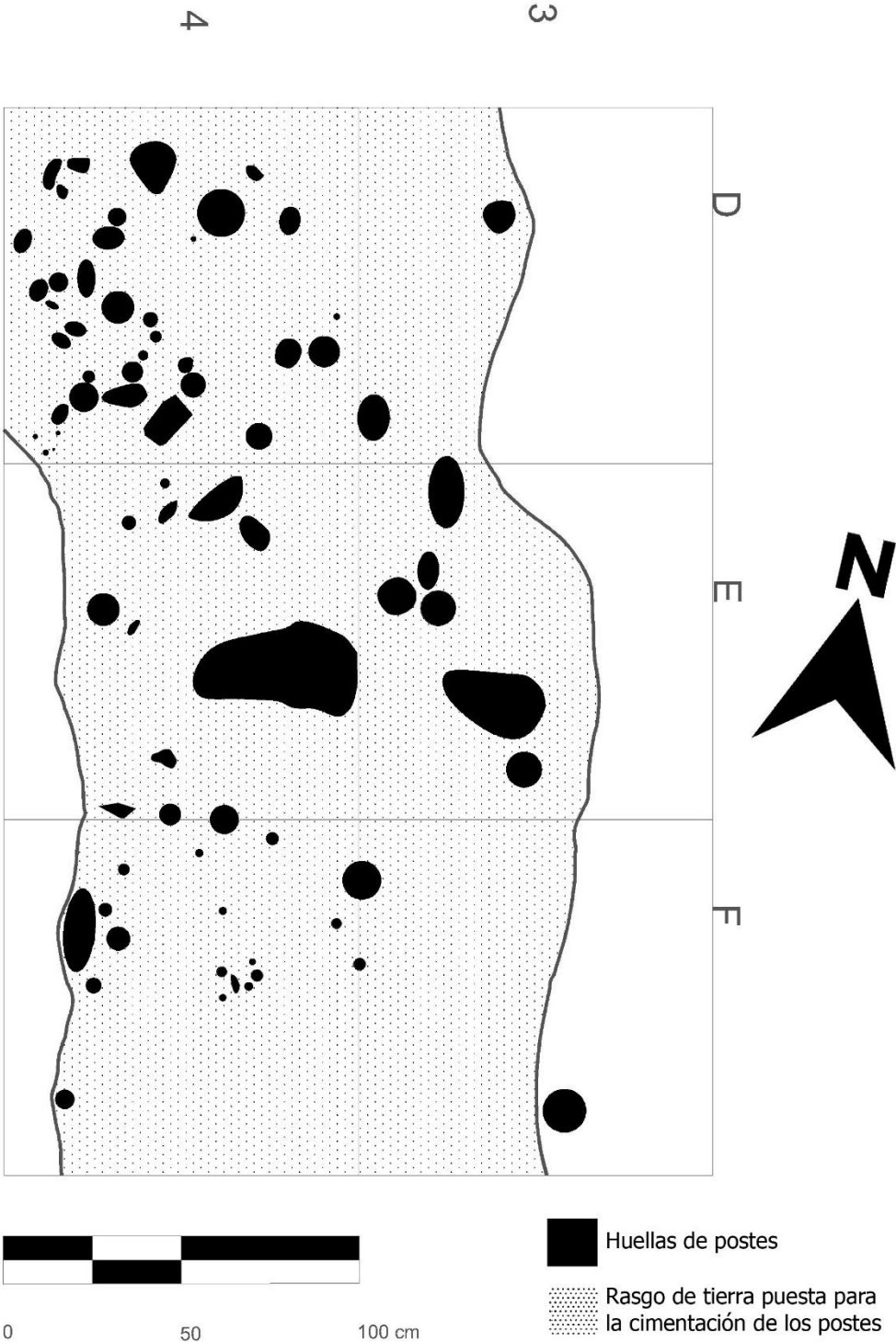


Ilustración 8: Dibujo de planta, trinchera 2, ampliación. Autoría personal.

Material cerámico y lítico

En total se recolectaron 61 fragmentos de cerámica y 27 artefactos líticos. En el apartado de anexos, se encuentran las tablas 1, 2 y 3 donde se organiza por nivel y cuadrantes, el material arqueológico recolectado en la excavación de la T1 y T2 incluyendo los rasgos de la zanja, huellas de poste, material óseo y muestras de carbón.

CAPÍTULO 4. LABORATORIO Y ANÁLISIS DE MATERIAL

La fase de laboratorio tuvo una duración de dos meses, tiempo en el que se desarrollaron las actividades de lavado y limpieza del material cultural recolectado en la fase de campo, permitiendo así, la identificación de fragmentos que, por sus atributos (tamaño, forma, función y decoración) contribuyeran a la consolidación de información diagnóstica y también al descarte de fragmentos que por su tamaño o erosión no contribuían a la tipología diseñada para la clasificación del material. Seguidamente se continuó con la clasificación del material cerámico, solo se catalogaron los fragmentos de cerámica de más de 3 cm, el material que no cumplió con esta mínima medida fue descartado, ya que, no aporta información relevante para la clasificación. En el caso del material lítico, solo se tuvo en cuenta artefactos que fueron el resultado de transformación antrópica, donde se evidenció tratamiento en la superficie por lascado y abrasión. El peso total del material cerámico recolectado fue de 720 g, el peso del material descartado fue de 300 g. En cuanto al material lítico, el total del material excavado fue de 1408 g, el peso descartado fue de 60 g. Toda la información obtenida se introdujo en una base digital de Microsoft Excel, lo cual facilitó el análisis cuantitativo del material arqueológico.

Luego de esta labor, se continuó con la fotografía y dibujo técnico del material diagnóstico, para lo cual se utilizaron las siguientes herramientas: Cámara Nikon D3200, trípode, escala 1.10, pie de rey, regla, hojas cuadriculadas y tabla de medidas Vacel. Por último, se guardó el material en cajas debidamente rotuladas y se depositó en el laboratorio de arqueología del Museo de Historia Natural de la Universidad del Cauca, esperando que este sirva para futuras investigaciones.

Metodología de laboratorio

Teniendo en cuenta que el material recolectado pueda servir para futuras investigaciones y con el propósito de facilitar la comparación y análisis de mismo, la clasificación de los materiales cerámicos y líticos se realizó siguiendo los atributos tipológicos ya establecidos por Díaz, los cuales buscan establecer el tipo de actividades para lo que estuvo destinado el sitio durante el periodo prehispánico.

Material cerámico

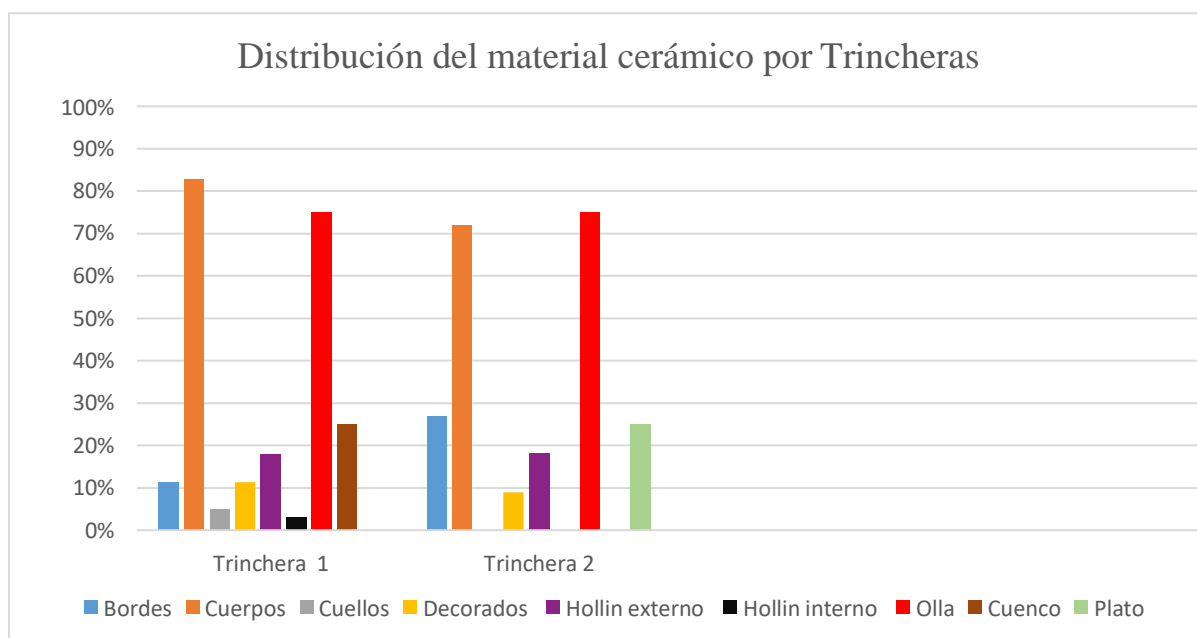
Tabla 1: Porcentajes y cifras totales de la clasificación cerámica, trinchera 1 y 2. Autoría personal.

Trinchera	Cuellos		Cuerpos		Bordes		Decorados		Hollín externo		Hollín interno		Fragmentos Totales
T1	3	4,9%	51	83,6%	7	11,4%	7	11,4%	11	18%	2	3,27%	61
T2	0	0	8	72,7%	3	27,2%	1	9 %	2	18,1%	0	0	11
Total:	3	4,1%	59	81,8%	10	13,8%	8	11,1%	13	18%	2	2,77%	72

Tabla 2: Porcentajes y cifras totales de bordes de vasijas, trinchera 1 y 2. Autoría personal.

Trinchera	Olla		Diámetro promedio	Cuenco		Diámetro promedio	Plato		Diámetro promedio	Fragmentos totales
1	3	75%	9,6 cm	1	25%	8cm	0	0	0 cm	4
2	3	75%	15 cm	0	0	0 cm	1	25%	13 cm	4
Total:	6	75%	12,3 cm	1	12,5%	8 cm	1	12,5%	12	8

Tabla 3: Porcentaje compendio cerámico por trincheras. Autoría personal.



Al comparar el material de las dos trincheras, siguiendo un orden de atributos por cada corte, la distribución de los materiales recolectados muestra que los fragmentos cuerpo fueron los de mayor porcentaje con relación a los demás, aunque no se encuentran de forma proporcional, siendo la T1 la de mayor aparición. La decoración y los engobes son poco frecuentes y cuando están, la decoración principalmente se encuentra representada por punteados e incisiones. El tipo de vasijas que se logró identificar analizando los bordes recolectados en las dos trincheras fue de seis ollas, un cuenco y un borde vidriado correspondiente a un plato. Los fragmentos con hollín interno y externo fueron de baja aparición. Coincidiendo con las descripciones del material registrado por Díaz dentro del montículo de Molanga, la cocción de la cerámica recolectada en la zanja también indica que se realizó en un ambiente oxidante, empleando la técnica de alisado en su superficie. Los desgrasantes comunes son mica, cuarzo y obsidiana de granulometría fina. Los tres fragmentos de cerámica vidriada encontrados en la T2, corroboran que el lugar también estuvo en uso en algún periodo colonial como ocurrió en el sitio del Morro de Tulcán, donde Cubillos también identificó material asociado a esta época. La baja densidad de material cerámico (copas, cuencos) dentro de

la zanja sugiere que la estructura no fue un canalizador de aspectos rituales como si lo fueron algunas zanjas reportadas por Erickson et al. (2008) en Bolivia, las cuales hallaron poca evidencia de basura doméstica, en cambio sí se encontraron objetos comúnmente usados en rituales o en festividades (figurinas cerámicas, vasijas muy decoradas y piedras de cuarzo), por lo que los autores sugieren que en esos casos el uso de las estructuras fue para encerrar espacios ceremoniales (Erickson et al., 2008: 87-89 citado en Giraldo 2016: 185).

En términos generales los atributos de la cerámica recolectada en la zanja coinciden con la tipología de la cerámica registrada por Díaz dentro del montículo, por lo que es muy factible que la presencia del material, tanto cerámico como lítico sea producto de arrastre o rodamiento debido al alto grado de la pendiente de la geoforma monticular.

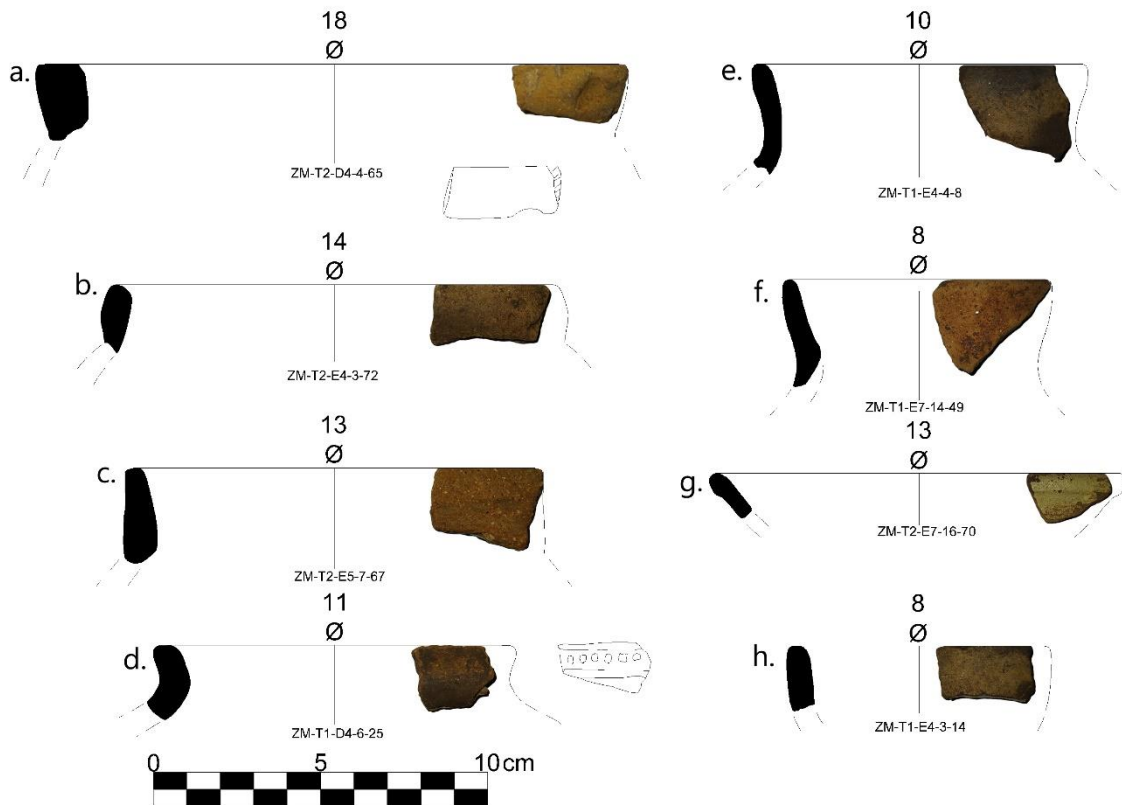


Ilustración 9: Forma de bordes y vasijas. Zanja Molanga. Autoría personal.

A: Olla de boca circular ancha (restringida), borde evertido, labio convexo o redondeado, decorado por impresión dactilar.

B: Olla de boca circular ancha (no restringida), borde evertido, labio convexo o redondeado.

C: Olla de boca circular ancha (no restringida), borde recto, labio convexo o redondeado, decorado por impresión angular

D: Olla de boca circular ancha (no restringida), borde evertido, labio convexo o redondeado, decorado con punteado e incisiones.

E: Olla de boca circular angosta (restringida), borde evertido, labio convexo o redondeado

F: Olla de boca circular angosta (restringida), borde evertido, labio convexo o redondeado

G: Plato de boca circular ancha (no restringido), borde evertido, labio biselado exterior, decorada con vidriado verde oliva.

H: Cuenco de boca circular ancha (no restringido), borde evertido, labio recto o aplanado



Fotografía 68: Decoración angular. Autoría personal



Fotografía 67: Decoración incisa y punteada. Autoría personal.



Fotografía 70: Decoración dactilar. Autoría personal.



Fotografía 69: Decoración pintura. Engobe naranja. Autoría personal.



Fotografía 72: Decoración punteada sobre labio. Autoría personal.



Fotografía 71: Decoración pintura vidriada, verde oliva. Autoría personal.

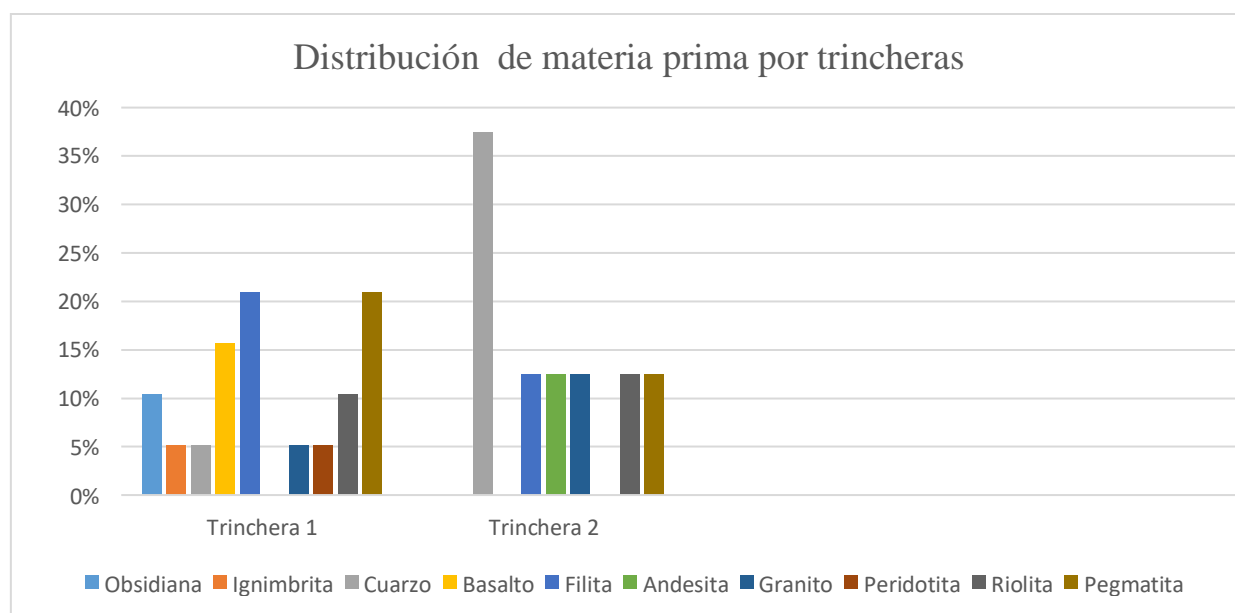
Material lítico

Tabla 4: Porcentajes y cifras totales de la clasificación lítica, trinchera. Autoría personal.

Trinchera	Materia Prima	%		Resultado de:				Desechos		Núcleos		Lascas		Total, fragmentos	
				Lascado	Abrasión										
Trinchera 1	Obsidiana	2	10,5%	2	100%	0	0%	1	50%	0	0%	1	50%	19	70%
	Ignimbrita	1	5,2%	1	100%	0	0%	0	0%	0	0%	1	100%		
	Cuarzo	1	5,2%	1	100 %	0	0%	1	100 %	0	0%	0	0%		
	Basalto	3	15,7%	3	100%	0	0%	2	75%	1	25%	0	0%		
	Filita	4	21%	4	100%	0	0%	2	50%	2	50%	0	0%		
	Granito	1	5,2%	1	100%	0	0%	0	0%	1	100%	0	0%		
	Peridotita	1	5,2%	1	100%	0	0%	1	100%	0	0%	0	0%		
	Riolita	2	10,5%	2	100%	0	0%	0	0%	0	0%	2	100%		
	Pegmatita	4	21%	4	100%	0	0%	3	75%	0	0%	1	25%		
Trinchera 2	Cuarzo	3	37,5%	3	100 %	0	0%	1	33.3%	1	33.3%	1	33.3%	8	30%
	Filita	1	12,5%	1	100%	0	0%	0	0%	1	100 %	0	0%		
	Andesita	1	12,5%	1	0%	0	0%	1	100 %	0	0%	0	0%		
	Granito	1	12,5%	1	100%	0	0%	0	0%	1	100 %	0	0%		
	Riolita	1	12,5%	1	100%	1	100%	0	0%	0	0%	1	100 %		
	Pegmatita	1	12,5%	1	100%	0	0%	0	0%	0	0%	1	100 %		
	Obsidiana	2	7,4%	2	100%	0	0%	1	50%	0	0%	1	50%		
	Ignimbrita	1	3,7%	1	100%	0	0%	0	0%	0	0%	1	100 %		
	Cuarzo	4	14,8%	4	100%	0	0%	1	20%	1	20%	2	60%		
	Basalto	3	11,1%	3	100%	0	0%	0	0%	2	67%	1	33 %		

Total, trincheras	Filita	5	18,5%	5	100%	0	0%	2	40%	3	60%	0	0%	27	100%
	Andesita	1	3,7%	1	100%	0	0%	1	100%	0	0%	0	0%		
	Granito	2	7,4%	2	100%	0	0%	0	0%	2	100%	0	0%		
	Peridotita	1	3,7%	1	100%	0	0%	1	100%	0	0%	0	0%		
	Riolita	3	11%	2	66%	1	33%	0	0%	0	0%	3	100%		
	Pegmatita	5	18,5%	5	100%	0	0%	3	60%	1	20%	1	20%		

Tabla 5: Porcentaje compendio lítico por trucheras y materia prima. Autoría personal.



Respecto al material lítico, es posible que la T1 coincida con las apreciaciones de Méndez, cuando señala que las zonas bajas del sector noroccidental de Molanga donde él realizó el muestreo al parecer fue ocupado en un periodo temprano por cazadores recolectores. Aunque también puede deberse a la existencia de un taller lítico de una ocupación más tardía, dado que en la T2 se encontró una muestra considerable de desechos de talla (44,4%), núcleos (25,9%) y algunas lascas(29.6%).



Fotografía 74: Lasca de segundo orden elaborada en obsidiana. Autoría personal.



Fotografía 73: Lasca de segundo orden en basalto. Autoría personal.



Fotografía 76: Desecho de talla y núcleo de cuarzo. Autoría personal.



Fotografía 75: Núcleo de Filita. Autoría personal.

Material orgánico

Es importante anotar que, aunque se haya identificado 11 fragmentos óseos localizados sobre un rasgo de combustión (T2, nivel 15), estos están asociado a desechos modernos (como plástico,

alambre de púas y puntillas), por lo que es posible que los residuos de quema sean recientes. De todas formas, es pertinente que estos fragmentos junto a la muestra orgánica asociada a las huellas de poste que se extrajo deban en un futuro, ser estudiadas por un especialista en osteología y/o restos faunísticos para tener información concisa de su procedencia.



Fotografía 77: Fragmentos de estructura ósea. Autoría personal.

Al terminar la clasificación del material lítico y cerámico se procedió a realizar la labor más importante del proyecto: elaborar los esquemas digitales en el Software Autocad de los dibujos de perfil y de planta de las trincheras 1 y 2, facilitando el estudio de la forma, dimensiones y espacialidad de la estructura (zanja). Para el análisis comparativo de los rasgos de la zanja y las huellas de postes encontradas en la T1 y T2 se empleó el esquema realizado por Keeley et al (2007),

en donde se aprecia la diferencia geométrica de la forma dependiendo su uso principal, de acuerdo con lo que los autores han observado en diferentes sitios arqueológicos alrededor del mundo.

Correlatos arqueológicos

El objetivo de esta investigación se concentró en evaluar la hipótesis que propone al sitio Molanga como un lugar fortificado, a través del estudio de la zanja y área asociada que rodea la base monticular. Si en efecto la zanja correspondía a una adecuación antrópica usada como mecanismo defensivo de una ocupación prehispánica, se esperaba encontrar que la zanja tuviese un perfil en forma de V o U, acompañada de huellas de postes hacia la cara interna de la misma (y tal vez desechos de material prehispánico derivados de acontecimientos violentos *in situ*). Si por el contrario la zanja funcionó como un mecanismo hidráulico o hizo parte de un sistema de riego a gran escala, destinado a la intensificación agrícola como han sido interpretadas otras zanjas en diferentes sitios prehispánicos; se esperaba encontrar que el rasgo del perfil interno de la zanja (forma de la zanja en el momento de su construcción) correspondiera a una forma rectangular o trapezoidal (Ver ilustración 10), y que además tuviera cierto grado de inclinación, garantizando el constate flujo del curso del agua..

Antes de entrar a analizar la morfología de la zanja de Molanga es importante aclarar que, por razones geométricas y mecánicas simples, las zanjas seccionadas en V son inadecuadas e ineficientes para otros fines concebibles. Por ejemplo, la circunferencia de sus lados en relación con su volumen representa mayor riesgo de erosión de las paredes cuando son recorridas por un flujo constante de agua que las zanjas rectangulares y trapezoidales. En contraste, su distancia longitudinal, profundidad, lados empinados y fondos estrechos son características más útiles para la defensa. Otro punto importante para tener en cuenta es que su mayor profundidad en relación

con el volumen (lados inclinados y fondos estrechos), las convierte en zanjas difíciles de cavar e inútiles para el recorrido de gua, en comparación con zanjas cuadradas o rectilíneas más fácil de construir, siendo mejores para drenar y para actividades de riego.

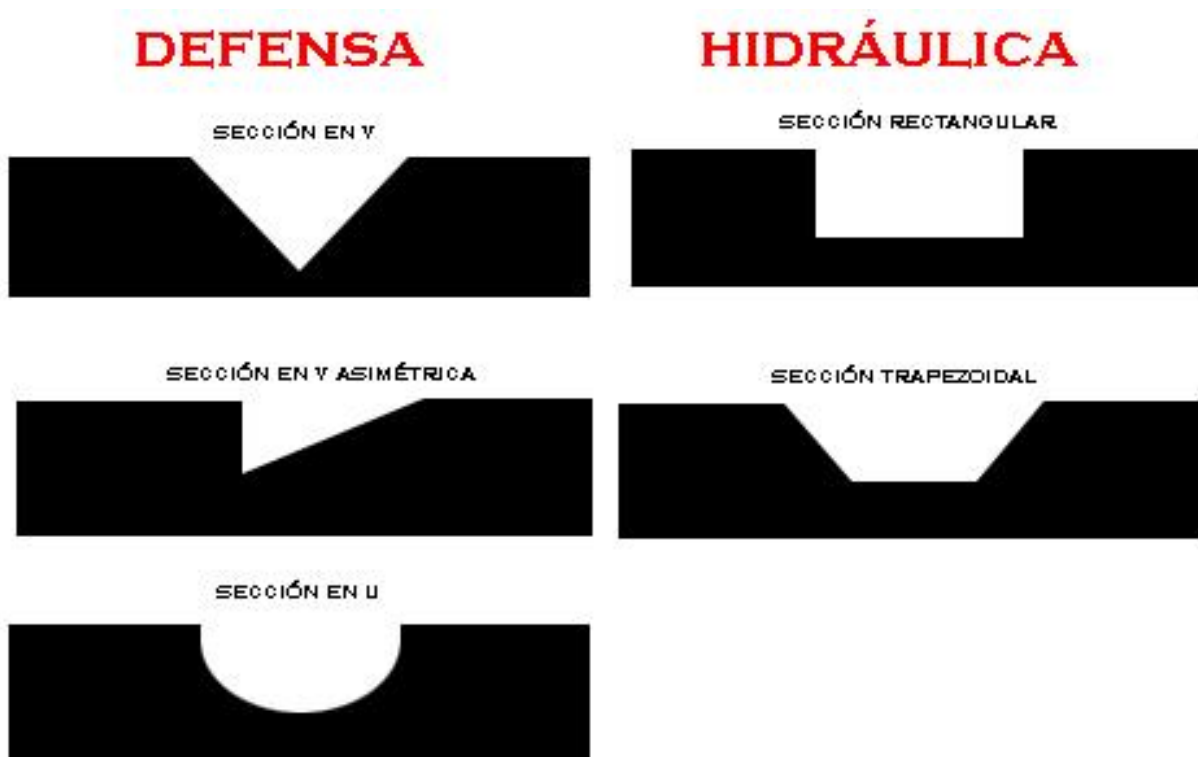
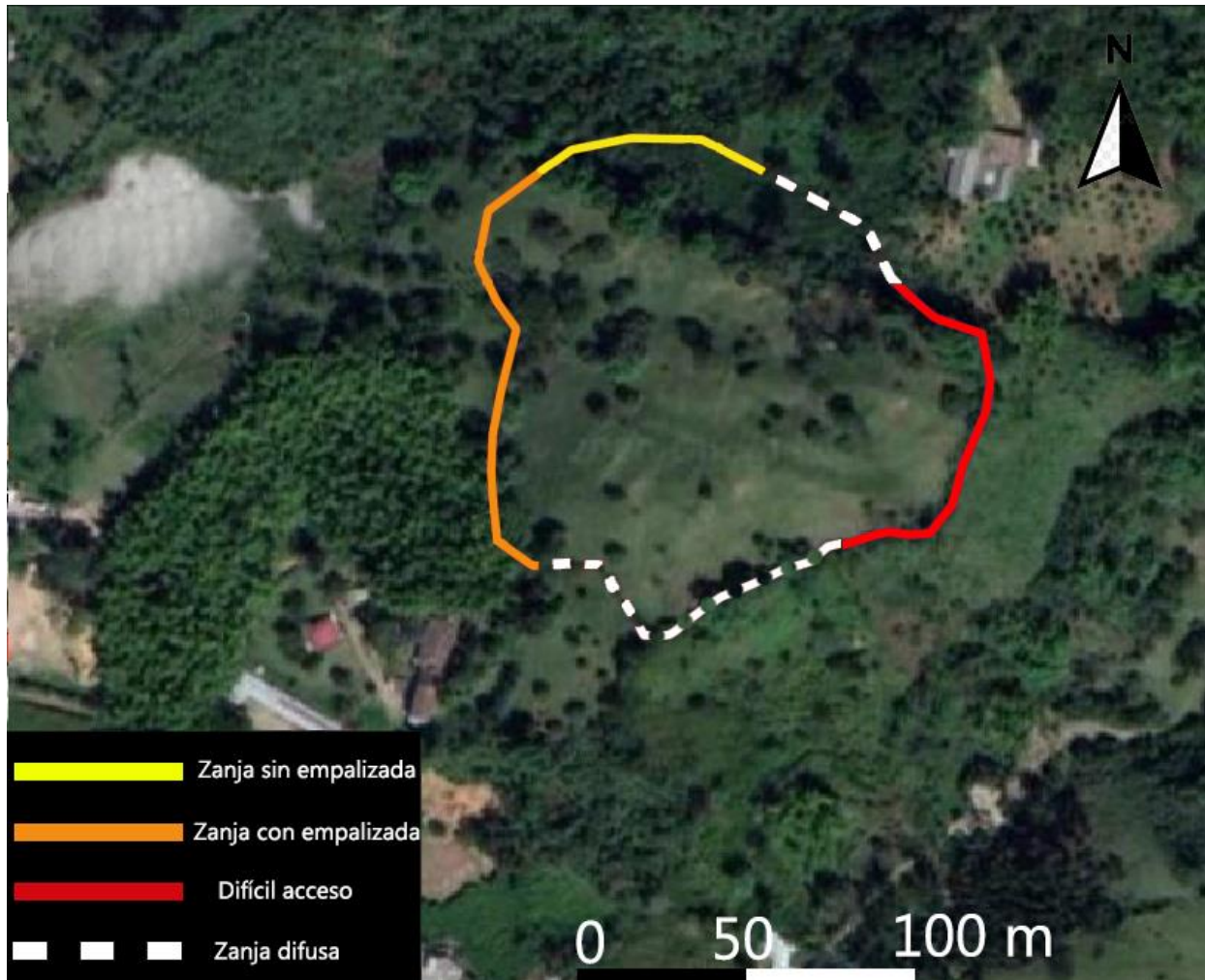


Ilustración 10: Diseño de Zanjas para diferentes funciones. Autoría persona (Basado en Keeley et al 2007).

Resultados de la evaluación de la forma y espacialidad de la zanja

Para el caso de la zanja de Molanga, (al menos en los dos lugares escogidos donde se desarrollaron las actividades de excavación), los dibujos de perfil y de planta levantados en campo, son consistentes con una función defensiva. Es posible que la estructura (empalizada) se haya extendido de forma curvilínea, siguiendo la morfología del montículo, desde su cara occidental hasta el sector norte. En total, la presencia de esta estructura cubriría un transecto de 230 m y el ancho de la zanja varía de 3 m (en los sectores más estrechos) a 5 m (en los sectores más pronunciados).



Mapa 7: Ubicación de la empalizada y zanja de malanga. Autoría personal

El flanco noroccidental muestra lo que posiblemente fue una construcción de una estructura defensiva, conformada por a) una zanja en forma de V/U, b) un terraplén interno elaborado con la tierra extraída de la zanja y c) huellas de poste de una empalizada sobre el terraplén interno de esta zanja (junto a la base del montículo). En el sector occidental donde se realizó la T2, el perfil de la zanja muestra un claro rasgo en forma de V de 1 m de altura y 2,20 m desde donde inicia la pendiente interna de la zanja, el ancho en su parte más alta es de 4 metros y donde termina es de 40 cm. Además, en las unidades de excavación D4, E4, F4, D3, E3 y F3, situadas en el límite periférico de la zanja (junto a la base del montículo), se identificaron 77 huellas de poste con un

diámetro que varían de 3 a 14 cm. Estas huellas están dispersas en un rasgo de 140 cm, correspondiente a tierra pisada, evidenciando que parte de la tierra extraída de la zanja se utilizó para la cimentación de una empalizada. Intuyo que la medida (140 cm) de este rasgo es proporcional al espesor de la empalizada cuando aún estaba en uso.

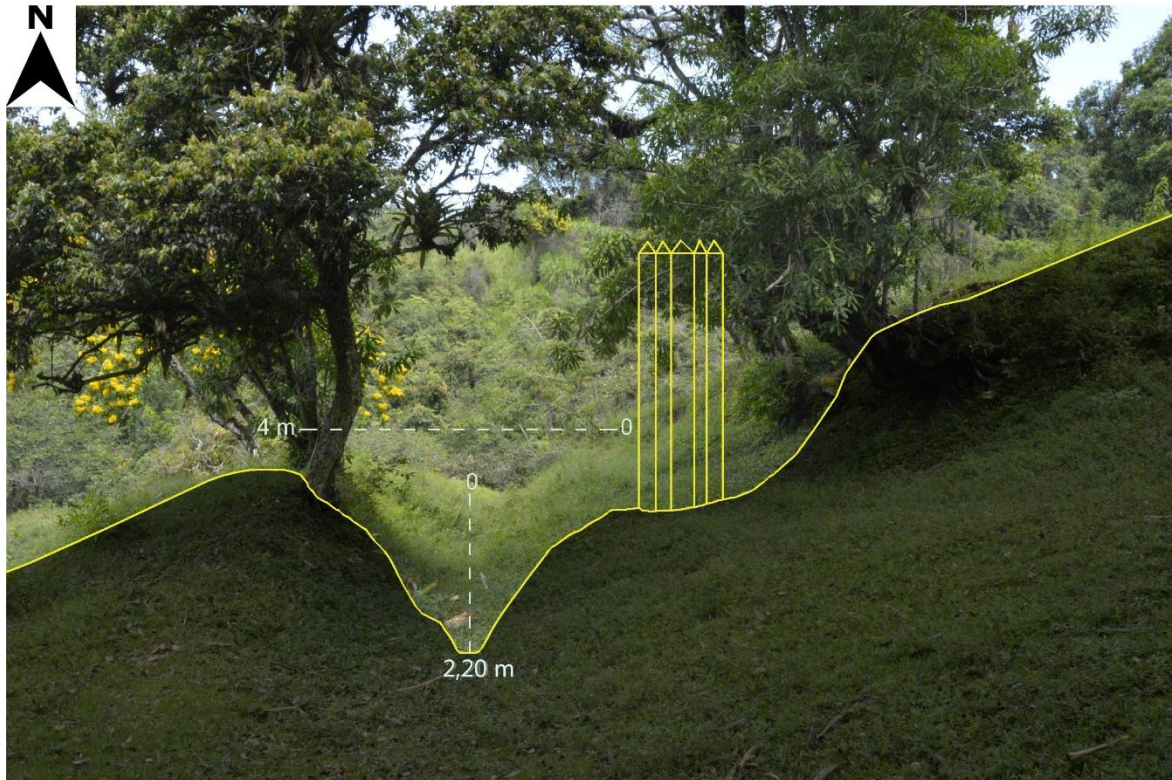


Ilustración 11: Diseño de la Zanja y empalizada de Molanga, flanco occidental. Autoría personal.

En Molanga, las características del terraplén no coinciden a lo referido por Kelly et al, ya que parte de la tierra excavada también se usó para incrementar la altura del sector externo de la zanja y no solo el interno, sin embargo, esto puede deberse a que el modelo está pensado para terrenos relativamente planos. Sin embargo, observando la morfología del sitio, esta adecuación sería necesaria para la nivelación de los dos costados que forman la zanja, lo que complicaría la retirada de los enemigos y, a la vez, convertiría a cualquier enemigo dentro de la zanja en un blanco

fácil para la fuerza que custodiaba la fortificación.

El sector norte de la zanja donde se excavó la T1, el perfil esboza un rasgo en forma de U de 50 cm y 1,90 m desde donde empieza la pendiente interna de la zanja, su longitud es de 3 m en el sector más alto y de 40 cm donde termina.



Ilustración 12: Diseño de la zanja de Molanga, flanco noroccidental. Autoría personal.

Extrañamente, en el sector noroccidental del montículo, la estructura no cuenta con huellas de poste en el límite interno de la zanja como señala Keeley et al (2007), por el contrario, se identificaron dos huellas de poste en el terraplén externo que delimita la zanja. Hasta el momento se desconoce si están relacionadas a la construcción de la estructura o ya estaban cuando se construyó la zanja. Es importante mencionar que, en estas huellas de 20 cm de diámetro se hallaron

natural. En ese sentido, es factible que la zanja en este sector de Molanga haya tenido en tiempos prehispánicos un fin subyacente a la defensa, similar a algunas de las zanjas estudiadas por Erickson y Keeley, las cuales se relacionaron con barreras simbólicas o psicológicas asociadas a la territorialidad. Esto también explicaría la poca fuerza humana requerida para su construcción en comparación con la estructura en el sector occidental donde la profundidad y longitud es mucho mayor que en esta zona, sin contar la construcción de la empalizada que, como advertimos, sería innecesaria en este lugar debido a la superficie cenagosa que rodea la zanja. Por lo que sería poco ventajosa una incursión enemiga por este sector.



Fotografía 78: Pendiente en el sector occidental de Molanga. Autoría personal.



Fotografía 79: Pendiente en el sector noroccidental de Molanga. Autoría personal.

Aunque existen descripciones etnohistóricas de empalizadas para el Valle de Pubenza, estas no contienen mucha información sobre su altura o elaboración. Sin embargo, Erickson (2010) señala que las descripciones de los testigos oculares de las empalizadas guaraníes (Brasil), indican que estas se ubicaron 1,67 m debajo del suelo y a 2,73 por encima de la superficie, dando como resultado una longitud total de 4,4 m.

Erickson también menciona que la materia prima utilizada para la construcción de estas empalizadas era sustraída de los árboles tropicales de la amazonia, los cuales tenían por lo general un diámetro de 25 a 30 cm y podrían llegar a medir de entre 30 a 45 m. Por lo tanto, un árbol individual podría proporcionar múltiples postes para la elaboración de una empalizada. No obstante, como se puede apreciar en el dibujo de planta de la T2, los diámetros de las huellas de

postes de la empalizada no superan los 14 cm y además la mayor cantidad de huellas de poste presentan diámetros que oscilan de 4 a 7 cm; lo cual conduce a que la materia prima para la elaboración de esta empalizada no consistió en troncos de gran tamaño.

Haciendo rápidamente una revisión periférica del medioambiente donde se encuentra ubicado el sitio arqueológico de Molanga, en los dos sectores donde se realizó la intervención arqueológica, pero sobre todo en el costado suroccidental, se encuentran agrupaciones de *Guadua angustifolia*, popularmente denominada guadua y descrita por los conquistadores como “Cañas gordas”, de hecho, como vimos en el capítulo 1, algunos incluso describen empalizadas construidas con esta especie botánica. Por consiguiente, es muy probable que los diámetros de las huellas registradas en la T2, corresponda a postes elaborados de *Guadua angustifolia*, aunque también pudieron utilizarse troncos de otros árboles para su fabricación.



Fotografía 80: Agrupaciones de *Guadua angustifolia* en el sector suroccidental de Molanga.

Bajo esta premisa y considerando que el diseño del perfil de la zanja en los dos cortes no corresponde a una forma trapezoidal o rectangular y que además no existe una inclinación prolongada que garantice el flujo de agua de forma constante, es poco probable que la función de la zanja haya estado asociada con actividades agrícolas o algún mecanismo hidráulico. Por el contrario, los dos cortes en la zanja mostraron perfiles en forma de U/V, además en la T2 se encontraron 77 huellas de postes dispuestas sobre la fracción más alta del terraplén interno, el cual fue elaborado con la tierra extraída de la zanja, características que son consistentes con el modelo de Keeley, establecido para evaluar zanjas defensivas. Sin embargo, esto no quiere decir que las sociedades tardías que poblaron estas colinas no hubiesen desarrollado sistemas o mecanismos de intensificación agrícola; si estos grupos estaban en un momento de expansión y en prontitud de transitar de sociedades cacicales/jefaturas a una sociedad estatal incipiente o proto-estado como sugieren algunos autores, es muy probable que hayan perfeccionado las labores de cultivo y en general la esfera económica.

Si la principal función del montículo de Molanga fue la de alojar a una clase social con cierto grado de poder como sugiere Díaz y que además se realizaba algún tipo de festividad o ritual, la confirmación de la zanja como un sistema defensivo sustenta la idea que propone a Molanga como lugar residencial y de actividades de una familia con un gran poder político dentro de la región. Pues la existencia de un sistema defensivo en este montículo (hasta el momento, ausentes en otros sitios arqueológicos del Valle de Pubenza), implica que la amenaza externa fue real y, por lo tanto, existió una preocupación por defender el sector más vulnerable de la colina (Laferty 1973:04, citado en Clark y Bamforth). Como vimos en el capítulo 2, el indicador más sólido de conflicto en asentamientos prehispánicos está directamente relacionado con adecuaciones defensivas en el paisaje.

Teniendo en cuenta lo anterior y observando el posicionamiento espacial del sitio (al norte de

Molanga se encuentra el cerro de Las Tres Cruces, al oriente empieza a elevarse la cordillera Central), es posible que Molanga, a diferencia de los demás montículos, por su ubicación estratégica y siendo un lugar residencial de una elite con almacenamiento de excedentes (en especial de alimentos), haya servido también como un reducto muy útil para la población en circunstancias de guerra. Por lo tanto, la interpretación de Cubillos (1959) que propone a los pubenenses como una sociedad pacífica no coincide con la información de estructuras defensivas expuesta en esta monografía ni con los correlatos arqueológicos del suroccidente colombiano.

Discusión

Los criterios abordados en este proyecto se desarrollaron con el propósito de evaluar la existencia de estructuras defensivas prehispánicas el Valle de Pubenza que, por consiguiente, conduzca a la confirmación del conflicto descrito en las crónicas tempranas. Sin duda, la información mencionada a lo largo de esta monografía conduce a que la amenaza de guerra o conflicto en esta zona del suroccidente estuvo presente.

Mi objetivo fue evaluar la función principal de esta estructura, indicando que los datos obtenidos en la zanja de Molanga son coherentes con la función defensiva. Aunque es importante tener en cuenta otros posibles usos, no es particularmente claro de qué manera esta zanja podría tener un uso agrícola, más allá de servir como desagüe de los excesos de agua debido a las lluvias estacionales. Sin embargo, en ejemplos de otras regiones del suroccidente de Colombia, como en Calima o en San Agustín, dichas zanjas de desagüe no rodean ninguna colina, sino que discurren verticalmente desde la cima de la colina hasta la base de la geoforma. Por otro lado, la hipótesis de que la zanja haya funcionado como un mecanismo hidráulico para el transporte de agua es mucho más inverosímil, ya que, en varios puntos la inclinación no es lineal, lo que ocasionaría un taponamiento y/o retroceso de la corriente de agua.

Ahora bien, otro alternativa o variable para lo cual pudo servir dicha zanja podría estar relacionada con tiempos más recientes. Para nadie es un secreto que la construcción de zanjas y cercos también han funcionado desde la colonia como mecanismos de demarcación de linderos y como barreras para ganado. De hecho, en Molanga existe también una zanja moderna, la cual delimita los dos previos, sin embargo, esta zanja posee características totalmente diferentes a la zanja estudiada. 1- Esta zanja se ubica perpendicularmente desde la parte más alta de la colina hasta su base, justo por donde se dividen los dos predios. 2- En esta zanja se puede observar un suelo altamente erosionado con menos actividad orgánica y biológica provocada por la excavación reciente de la zanja, a diferencia de la horizontal que se ubica en el flanco occidental, la cual cuenta con una capa húmica completamente consolidada, sugiriendo que esta es mucho más temprana. 3- Las huellas de postes excavadas en esta zanja no presentan un patrón lineal y sistemático como se esperaría encontrarse en las cercas modernas, ni tampoco con las dimensiones. Además, no es claro o razonable por qué construir una zanja junto a un cercado en una pendiente pronunciada ya que las dos cumplirían la misma función.

La función de la zanja defensiva como un uso ceremonial no fue tomada en cuenta debido a que el propósito de la monografía estaba encaminado a dilucidar su función en un sentido utilitario (funcional). Como ocurre con muchos problemas de investigación, el objetivo no es responder la pregunta de manera inequívoca, sino contribuir a la discusión del tema. Entiendo que la gente cavaba zanjas por más de una razón, incluso cuando las construían para defenderse, los perímetros de zanjas y empalizadas podían adquirir significados que iban más allá de la simple perspectiva de violencia. De hecho, como advertí anteriormente, la zanja en el sector norte es muy probable que haya tenido una función simbólica como barrera psicológica de territorialidad, subyacente a la protección de Molanga. Por el momento no sabemos si esta zanja se utilizó únicamente para la fortificación o si tuvo otros usos, ni tampoco si existieron connotaciones rituales o religiosas

asociados a esta; aunque la ausencia de vasijas como cuencos o copas en el registro arqueológico (recurrentemente utilizadas en espacios ceremoniales y/o rituales) parece indicar que la zanja no tuvo un uso prioritario en ese sentido. Por el contrario, los datos obtenidos (huellas de poste junto a la base del montículo y perfil de la zanja en V/U) en Molanga conducen a que su uso principal, fue la de defender e impedir el acceso al sitio en su punto más frágil. Si existieron o no prácticas religiosas o ceremoniales, estas podrían haber sido secundarias como sucede en otros sitios arqueológicos. Además, según la información obtenida por Díaz, el material arqueológico (cuencos y cerámica decorada) asociado a la esfera ritual-religiosa se localizó en la cima del montículo, lo que sugiere que fue la cima el espacio principal destinado a ceremonias y/o festividades de esta índole.

Earle (1997), por ejemplo, menciona que las fortalezas de las comunidades prehispánicas del valle de Mantaro (Andes centrales) no solo tenían una utilidad defensiva, sino que también funcionaban para fortalecer una identidad grupal, muy útil para los intereses de las élites. Por lo cual el uso ideológico de las fortalezas en Mantaro fue secundario debido a la intensidad del conflicto intergrupalo.

A pesar de todo, en los Andes, se discute vehementemente si las cabezas trofeo Nazca, o los restos humanos mutilados entre los Moche, constituyen casos de guerra real o sacrificio ritual de prisioneros (Ghezzi 2007), no muy lejano a lo que sucede con las descripciones de guerra y canibalismo en el Valle del Cauca. En todo caso, hasta la guerra occidental entre sociedades estatales tiene aspectos rituales y simbólicos, por lo que es necesario comprender que “La guerra”, como institución cultural, es multidimensional y no se puede reducir a categorías dicotómicas. Más bien, en sociedades tradicionales tiene aspectos seculares y rituales y existe una interconexión compleja entre ellos (ver Arkush 2005 para más información).

Entre los Incas, por ejemplo, se practicaba observaciones astronómicas, se consultaba oráculos y se sacrificaba animales antes de una batalla, para predecir el resultado o influir en el mismo. Según la ideología religiosa imperante, los dioses-ancestros, o huacas, intervenían directamente en los asuntos mundanos, incluyendo por supuesto el resultado de una batalla. Más aún, la guerra era a menudo percibida como una rivalidad ritualizada entre huacas, que medían su poder y competían por el favor de los fieles. De manera que amenudo el objetivo era derrotar y destruir o capturar la huaca de un líder o de un grupo étnico enemigo, demostrando públicamente poseer mayor fuerza y el favor de un dios más poderoso. Pero esta "guerra santa" andina, pese a que su motivación partía del plano ideológico, no estuvo divorciada de objetivos políticos y materiales. (Ghezzi 2007: 201).

CAPÍTULO 5. CONCLUSIÓN

Evaluando, en términos generales, la información presentada por Díaz (2019) y los resultados expuestos en esta investigación se puede concluir lo siguiente: 1) Molanga es el primer sitio arqueológico que cuenta con indicadores posiblemente defensivos en el Valle de Pubenza. 2) La evidencia apunta a que probablemente existió una amenaza de ataque en la región y en consecuencia la estructura tuvo como función principal la protección del flanco noroccidental del montículo de Molanga. 3) Molanga pudo desempeñar un papel preponderante en los procesos sociopolíticos de la región, ya que, converge la relación de las tres esferas sociales: la militar, la ideológica/religiosa y el poder económico, que fundamentan el poder en las sociedades cacicales según el esquema de Earle (1991). En este sentido, es pertinente considerar que existió una diferenciación social dentro de la comunidad que habitaba la zona. Es decir, los pubenenses organizaban festividades o ceremonias en sitios próximos a los lugares residenciales de las élites, estos sitios por lo general eran zonas altas de difícil acceso que proporcionaron una estrategia defensiva sobre el valle y además la facilidad de construir sistemas o mecanismos defensivos para la protección de posibles ataques enemigos.

Por otra parte, aunque los resultados de la datación de la muestra de carbón (nivel 6 del corte 2) recolectada por Díaz en su investigación, arrojó una fecha temprana (1870 – 1770 cal AP), aún no sabemos el periodo en que fue construida la zanja y/o empalizada. Mi presunción es que esta estructura fue elaborada en un periodo después 1000 d.C., lo que coincidiría con los modelos cacicales establecidos para el suroccidente colombiano. Estos modelos establecen que las bases del poder ideológico/religioso manifestado en obras monumentales cargadas con una alta connotación religiosa y simbólica en el Clásico Regional, después del 1000 d.C. cambiaron hacia un sistema donde el control de los recursos económicos y coercitivos sería más importante para

el desarrollo y expansión de estas comunidades. Si bien, se registraron dos fragmentos de cerámica asociados al rasgo de la tierra puesta para la cimentación de la empalizada en el nivel 8, los cuales podrían proporcionar una datación relativa, debido a que no se ha establecido una clara cronología del material cerámico en esta zona del suroccidente (para más información revisar a Giraldo 2016 y Díaz 2019), solo la datación de la muestra de carbón recolectada en la T2 proporcionaría una fecha absoluta para la estructura. No obstante, es preciso aclarar que, aunque esta muestra fue recolectada en el último nivel de la zanja, esta no garantiza que esté relacionada al primer evento que dio origen a la estructura. Es decir, es probable que la muestra haya sido depositada posterior a la construcción, más aún si tenemos en cuenta que las zanjas defensivas constantemente están sujetas a limpiezas periódicas.

Aunque el objetivo de la investigación no era calcular la energía y tiempo empleado para construcción de este mecanismo de fortificación, creemos que implicó gran cantidad de tiempo y fuerza humana para su elaboración y mantenimiento periódico. Otro punto importante que debe ser evaluado, es el estudio de las depresiones en la superficie de la cara oriental de Molanga. En caso tal, de que estas correspondan a tumbas, un análisis osteológico (si aún se preservan restos óseos) y del ajuar proporcionaría información sobre el tipo de muerte y estatus social de los individuos que habitaron el sitio.

De igual forma, la categorización de patrones de fortificación realizada por Arkush (2011), por ejemplo, podría ser una herramienta útil para analizar la forma de organización política que sugiere la estructura defensiva de Molanga para la zona. Un patrón defensivo en el que todos los asentamientos están fortificados es bastante común en sociedades tribales descentralizadas, en las que los objetivos de la guerra son muy variados: venganza, tomar prisioneros o trofeos humanos, entre otros (Arkush, 2011: 61 citado en Giraldo 2016: 190). En cambio, este patrón defensivo no

está presente en sociedades centralizadas, donde la conquista, subyugación y rivalidad entre élites son los propósitos primordiales de la guerra, como se supone era el cacicazgo tardío que ocupó el valle de Popayán. En estas sociedades, la capital del cacicazgo o las residencias de las élites son los asentamientos que presentan estructuras defensivas, mientras los demás asentamientos o aldeas pueden encontrarse sin ningún sistema de fortificación (Arkush, 2011: 61-3). Para el caso de Molanga, este tipo de patrón podría explicar la estructura defensiva en el sitio y la ausencia de otras estructuras similares en la zona. De todos modos, ese es un aspecto que debería evaluarse con evidencia empírica, mediante un análisis sistemático del paisaje del Valle de Pubenza y determinar si estos coinciden o no con el patrón defensivo observado en Molanga.

Es necesario que futuras investigaciones aborden estos aspectos con el fin de tener una visión más amplia de la incidencia de la guerra o conflicto en la organización social de estas jefaturas, contemplando que la incorporación del conflicto dentro de las interacciones sociales en el área contribuiría enormemente al conocimiento de las dinámicas sociales pretéritas y no solo respecto a la forma como se interpreta el desarrollo de jerarquías políticas, sino también a otros aspectos de las dinámicas socioculturales, tales como el patrón de asentamiento, movilidad, relaciones intergrupales, obtención de recursos y demás (Giraldo 2016).

Consideraciones finales

Si bien, hay varios indicadores que deben operar en conjunto para señalar la presencia de conflicto también es cierto que, en Popayán a diferencia de otros sitios, existe evidencia material que respalda tentativamente la hipótesis de conflicto (armas-escudos y fortificación). Además, las fortificaciones pueden reflejar una actitud de tensión ante la eventual presencia de confrontaciones, más aún si existe información etnohistórica que lo sustenta. Como advertimos, evidentemente su escala e intensidad no pueden totalmente ser evaluadas a través de este singular indicador. Pero si

puede marcar la pauta para emprender en el futuro una serie de estudios sistematizados que logren vislumbrar las dinámicas sociopolíticas en que estas sociedades del Valle de Pubenza se vieron involucradas durante su permanencia en el territorio.

Aun cuando algunos autores como Jaramillo (1995), ponen en duda la intensidad del conflicto intergrupal a causa de múltiples contradicciones halladas en las crónicas tempranas concernientes a la estructura social (dimensión demográfica, nivel de complejidad, patrón de asentamientos) de los grupos tardíos que habitaron el valle del Cauca, coincide en que los documentos españoles son a la vez <<una fuente importante de información y una fuente de problemas, la cual podemos utilizar con provecho si se diseñan estrategias de investigación apropiadas>> (Jaramillo, 1995: 75). En virtud de lo expuesto, con el presente estudio se pretende contribuir a la reconstrucción de los procesos sociales que acontecieron en la zona, como también aportar información básica que sirva para la protección y cuidado del patrimonio arqueológico de la región.

BIBLIOGRAFÍA

Anuncibay, Francisco. (1592). *Informe sobre la población indígena de la gobernación de Popayán y sobre la necesidad de importar negros para la explotación de sus minas*. Archivo histórico del Cauca.

Arkush, E. & Stanish, C. (2005). *Interpreting Conflict in the Ancient Andes*. *Current Anthropology*. 46(1): 3-28.

Arocha, J. (1987). *Clima, Hábitat, Proteínas, Guerras y Sociedades del Siglo XVI*. *Arqueología*, 3(1): 28-42.

Clark, A. & Bamforth, D. (2018). *Archaeological Perspectives on Warfare on the Great Plains*. University Press of Colorado.

Carneiro, R. (1970). *A theory of the Origin of the state*. *Science*, 169 (3947): 733-8

Carneiro, R. (1990). *Chieftdom-level Warfare as Exemplified in Fiji and the Cauca Valley*. En *The Anthropology of War*, editado por Jonathan Haas, pp. 190-211. Cambridge University Press. Cambridge.

Carneiro, R. (1991) *The Nature of the Chieftdom as revealed by Evidence from the Cauca Valley of Colombia*. En: *Profiles in Cultural Evolution: Papers from a Conference in Honor of Elman R. Service*: 167- 190, A. Terry Rarnbb and Kathleen Gillogly, eds. *Anthropological Papers*, Museum of Anthropology, University of Michigan.

Cubillos, J. (1959). *El Morro de Tulcán (Pirámide Prehispánica)*. *Arqueología de Popayán, Cauca, Colombia*. *Revista Colombiana de Antropología*. 8:216-357.

Drennan, R. (2000). *Las Sociedades prehispánicas del Alto Magdalena*. ICANH. Bogotá.

Díaz, M. (2019) *Arquitectura monumental prehispánica y complejidad social en el Valle de Pubenza, Popayán – Cauca*. Universidad del Cauca, Facultad de Ciencias Humanas y Sociales, Departamento de Antropología. Monografía de grado.

Earle, T. (1997). *How Chiefs Come to Power: The Political Economy in Prehistory*. Stanford University Press, Stanford.

Earle, T. (1987). *Chiefdoms in Archaeological and Ethnological Perspective*. Annuals Reviews Inc. Vol 16 pp. 279-308.

Earle, T. (1991). *The Evolution of Chiefdoms*. En *Chiefdoms: Power, Economy, and Ideology*. Pp.1-15. School of American Research. Cambridge University Press. Cambridge. Gran Bretaña.

Erickson, C. (2010) *The Transformation of Environment into Landscape: The historical ecology of monumentalearthwork construction in the Bolivian Amazon*. Diversity 2010, 2, 618-652(doi: 10.3390/d2040619).

Ferguson, R. (1984) *Introduction: Studying War. En: Warfare, Culture and Environment: 1-81*, ed. New York, Academic Press.

Ferguson, R. (2000). *The causes and origins of “primitive warfare”: on evolved motivations for war*. Anthropological Quaterly, 73 (3): 159-64.

Flannery, K. y Marcus, J. (2003) *The origin of war: New 14C dates from ancient Mexico*. Museum of Anthropology, University of Michigan, 1109 Geddes Avenue, Ann Arbor, MI 48109-1079 Contributed by Kent V. Flannery, July 18, 2003.

Giraldo, H. (2016). *Prospección Arqueológica en el Predio del Proyecto ‘Conjunto Residencial Caminos de Calibio’*. Synergy Project Management S.A.S. Popayán, Cauca. Informe Final

Giraldo, H. (2016). *Las Estructuras de Tierra del Sitio de Malagana, Suroccidente de Colombia*.

Boletín de Antropología. 31(52):175-96.

González, V. (2012). *Estructuración de la comunidad cacical arqueológica de Mesitas, San Agustín*. En *Reproducción Social y Creación de Desigualdades: Discusiones Desde La Arqueología y La Antropología Suramericanas*. pp. 143-160, Encuentro, Grupo Editor. Córdoba, Argentina.

Gnecco, C. (1996). *Relaciones de Intercambio y Bienes de Elite entre los Cacicazgos del Suroccidente de Colombia*. En *Caciques, Intercambio y Poder*. Editado por Carl Langebaek y Felipe Cárdenas, pp. 175-199. Universidad de los Andes. Bogotá.

Gnecco, C. (2006). “*Desarrollo prehispánico desigual en el suroccidente de Colombia*”. En: Gnecco, C. y Langebaek, C. (eds.), *Contra la tiranía tipológica en arqueología*. Universidad de los Andes, Bogotá, pp. 191-214.

Haas. J. (2001) *Warfare and the evolution of culture*". En *Archaeology at the millenium: A sourcebook*. 329-350. New York: Kluwer Academic/Plenum Press.

Jaramillo L. (1995). *Guerra y Canibalismo en el Valle del Rio Cauca en la Época de la Conquista Española*. *Revista Colombiana de Antropología*. 32: 43-84.

Keener, C. S. (1977). *Ethnohistorical Analysis of Iroquois Assault Tactics Used Against Fortified Settlements of the Northeast in the Seventeenth Century*. *Ethnohistory*. 46:77-807

Keeley, L. (1996). *War Before Civilization: The Myth of the Peaceful Savage*. Oxford University Press Nueva York.

Keeley, L. et al. (2007). “*Baffles and bastions: the universal features of fortifications.*” En: *Journal of Archaeological Research*, N.º 15, pp. 55-95.

Langebaek, C, Piazzini, E; Dever A; Espinoza I. (2002) *Arqueología y Guerra en el Valle de Aburrá: Estudio de Cambios Sociales en una región del Nor-occidente de Colombia*. IFEA-Uniandes. Bogotá.

Langebaek, C. (2003). *Arqueología Colombiana. Ciencia, pasado y exclusión*. Colciencias. ISBN: 958-8130-37-9.

LeBlanc, S. A. (1999). *Prehistoric warfare in the American Southwest*. Salt Lake City: University of Utah Press.

Lehmann, H. (1953). *Arqueología del Sur-oeste colombiano*. Extrait Journal de la Société des Americanista Nouvelle Série, Torno XLII, Paris.

Llanos, H. (1981). *Los cacicazgos de Popayán a la llegada de los conquistadores*. Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales. Banco de la Republica. Bogotá.

López, R. (1978). *Complejo Pubenense, Excavaciones en la hacienda la María*, Departamento de Antropología, Universidad del Cauca, Monografía de grado, Popayán.

Méndez, M. (1996). *El sitio de Molanga en la arqueología del municipio de Popayán*. Editorial López. Popayán.

Palka, J. (2001). *Ancient Maya Defensive Barricades, Warfare, and Site Abandonment*. *Latin American Antiquity*, 12(4), 427-430. Doi: 10.2307/972088

Patiño, D. (2015). *Arqueología y vulcanismo en la región del Puracé*. Universidad del Cauca, vicerrectoría de cultura y bienestar Editor: Universidad del Cauca ISBN: 978-9-58-732181-4

Pineda, R. (1987) *Malocas de Terror y Jaguares Españoles: Aspectos de la resistencia Indígena del Cauca ante la invasión Española del siglo XVI*. *Revista de Antropología*, 3(2): 87-114.

Redmond, E. (1994). *Tribal and Chiefly Warfare in South America. Memoirs of the Museum of Anthropology*, University of Michigan. Ann Arbor.

Redmond, E. (2002). *The Long and the Short of a War Leader's Arena. En The Archaeology of Tribal societies*, editado por W. Parkinson. Pp. 53-73. International Monographs in Prehistory. Ann Arbor.

Reichel-Dolmatoff, Gerardo. (1986). *Arqueología de Colombia, un texto introductorio*. Fundación Segunda Expedición Botánica, Bogotá.

Renfrew, C. (1996). *Peer polity interaction and SocioPolitical Change. En Contemporary Archaeology in Theory*, editado por Ian Hoober y Robert Preucel. Pp. 114-142. Blackwell Publisher, Oxford.

Posada W, Cadena V, González C, Arroyave E. (2019) *El sistema de canales y camellones prehispánico del golfo de Urabá, noroccidente de Colombia. Un reporte arqueológico y geográfico preliminar*. Departamento de antropología, Universidad de Antioquia, Medellín, Colombia

Rojas, S; Montejo, F. (2015). *Análisis espacial y patrones de asentamiento en el bajo río San Jorge (Caribe colombiano)*. Revista Colombiana de Antropología, vol. 51, núm. 2, julio- diciembre, 2015, pp. 339-363. Instituto Colombiano de Antropología e Historia Bogotá, Colombia.

Saunaluoma, S. (2012). *“Geometric Earthworks in the State of Acre, Brazil: Excavations at the Fazenda Atlântica and Quinauá Sites.”* En: Latin American Antiquity, N.º 23, pp. 565-583.

Schorr, T. S. (1965). *Cultural Ecological Aspects of Settlement Patterns and Land Use in the Cauca Valley, Colombia*. Doctoral Dissertation, Tulene University. Ann Arbor: University Microfilms International (1984).

Service, E. (1962). *Primitive Social Organization: An Evolutionary Perspective*. Random House Studies. New York.

Steward, J. H. y Louis C. 1959: *Native Peoples of South America*. McGraw-Hill Book Company. London.

Torres, H. (2011). *El Morro de Tulcán*. Hernán Torres [web log post] Recuperado de <http://hernantorres.com/category/cuadernos/el-canon-de-las-proporciones/el-morro-de-tulcan/>

Trimborn, H. (2005). *Señorío y barbarie en el Valle del Cauca. Estudio sobre la antigua civilización Quimbaya y grupos afines del oeste de Colombia*. Universidad del Valle. Cali.

Vargas, J. (2015). *La arqueología de la guerra y el surgimiento de sociedades complejas en los llanos del Orinoco*. Revista Colombiana de Antropología, Vol 51 N 2 Pp. 147-172

Vencl, SI (1984). "War and warfare in Archaeology." En: Journal of Anthropological Archaeology, N.º 3, pp. 116-132

Ghezzi, I. (2007) *La naturaleza de la guerra prehispanica temprana: La perspectiva desde Chankillo*. Andean Archaeology 111. N° 44,

Urdaneta, M. (1987) *INVESTIGACION ARQUEOLOGICA EN EL RESGUARDO INDIGENA DE GUAMBIA*. Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.

Meggitt, M. (1977). *Blood is their Argument: Warfare Among the Mae Enga Tribesmen of the New Guinea Highlands*. Pablo Alto, CA:

Peytrequín, J. y Villalobos, N. (2011). *Artefactos líticos lasqueados, picados y pulidos: descripción, clasificación y funcionalidad*. Arqueología de la Escuela de Antropología, Universidad de Costa Rica. San José, Costa Rica, 201

OBSERVACIONES

ANEXO 2 - Material recolectado en la Trincheras 1

	Nivel	Profundidad	Cuadrante con material arqueológico												Rasgos		
			D4		E4		E5		E6		E7		F4		Huellas De postes	Zanja	
			C	L	C	L	C	L	C	L	C	L	C	L			
T R I N C H E R A	1	0-10															
	2	10-20	1											2			
	3	20-30	2		1										1		
	4	30-40	2	4	5	1								2			
	5	40-50	1		3	1								6	1		
	6	50-60	2		1	1	2	1						4			
	7	60-70	1									2		2			
	8	70-80		1			1					2		3	1		

1	9	80-90						1			3	1				
	10	90-100	1	1	1	1					1					
	11	100-110									1					
	12	110-120														
	13	120-130									4	1				
	14	130-140									5	2				
	15	140-150														
	16	150-160									2					
	17	160-170													2 (E7)	1 (E6-E7)
	18	170-180									2				2 (E7)	1 (E6-E7)
19	180-190									4	1			2 (E7)	1 (E6-E7)	
Total			10	6	11	4	3	2	1	0	26	5	19	3		

Tabla 6: Material recolectado en la Trincheras 1.

ANEXO 3 - Material recolectado en la Trincheras 2

T R I N C H E	Nive l	Profundid ad	Cuadrante con material arqueológico												Rasgos, carbón, huellas de poste				
			D4		E4		E5		E6		E7		F4		H. P	R. Z	O	C	
			C	L	C	L	C	L	C	L	C	L	C	L					
	1	0-10																	

R	2	10-20																
	A	3	20-30			1												
		4	30-40	2														
		5	40-50		3						2							
		6	50-60															
		7	60-70			2				1								
		8	70-80															
		9	80-90										68					
		10	90-100															
		11	100-110															
	2	12	110-120															
		13	120-130															
		14	130-140							1								
		15	140-150								3					11		
		16	150-160							1								
		17	160-170							1								
		18	170-180															
		19	180-190															
		20	190-200															
		21	200-210															
		22	210-220															1
	Total			2	11	3	1			5	4		68			11		1

Tabla 7: Material recolectado en la Trinchera 2

ANEXO 4 - Material recolectado en la ampliación de la Trinchera 2

A M P L I A C I Ó N	Ni vel	Profundi dad	Rasgos, carbón, huellas de poste						Rasgos, carbón, huellas de poste				
			D3		E3		F3		H. P	R. Z	O	C	
			C	L	C	L	C	L					
	1	0-10			1	1		1					
	2	10-20											
	3	20-30				1			1				
	4	30-40											
	5	40-50											
	6	50-60											
	7	60-70											
	8	70-90							9				
Total					1	2		1	10				

Tabla 8: Material recolectado en la ampliación de la Trinchera 2.